





MARTÍN PLOT

EL KITSCH POLÍTICO

Acción política y radicalización ideológica  
en los Estados Unidos del cambio de siglo

© Prometeo libros, 2003

Av. Corrientes 1916 (C1045AAO), Buenos Aires

Tel.: (54-11) 4952-4486/8923 | Fax: (54-11) 4953-1165

e-mail: [info@prometeolibros.com](mailto:info@prometeolibros.com)

<http://www.prometeolibros.com>

ISBN: 950-9217-XX-X

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Diseño: CaRol-Go

Impreso en Argentina por **CaRol-Go** *Universo Gráfico*

Tucumán 1484 3º F | (C1050AAD) | Buenos Aires | Argentina

Telefax: (54-11) 4372-2067 | 4373-4491

e-mail: [carolgo@fibertel.com.ar](mailto:carolgo@fibertel.com.ar)

*El secreto del verdadero político consiste en no tratar de formar una imagen de sí y de su vida. Puesto que ha puesto una cierta distancia entre sí mismo y su éxito, no se complace sólo con ser fiel a sus intenciones ni acepta el juicio de los otros como definitivo.*

Merleau-Ponty (acerca del hombre político en Weber)



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	9
INTRODUCCIÓN .....	11
CAPÍTULO 1	
Esbozo del concepto de kitsch político .....	15
CAPÍTULO 2	
La campaña electoral del 2000: una descripción etnográfica .....	37
Contexto económico y político .....	37
El sistema electoral .....	40
Los partidos .....	43
Los candidatos .....	48
Los temas centrales de la campaña .....	54
Las etapas de la campaña .....	68
La lógica diaria de la campaña y la cobertura de los medios .....	72
Los <i>focus groups</i> y las encuestas .....	72
CAPÍTULO 3	
Un ejercicio interpretativo: el kitsch político en Estados Unidos .....	77
CAPÍTULO 4	
Kitsch político y política ideológica en el gobierno de Bush .....	111
NOTAS .....	133



## AGRADECIMIENTOS

Escribí este libro durante mis estudios de doctorado en la New School for Social Research de Nueva York. El apoyo de la universidad, del departamento de sociología de su Graduate Faculty of Political and Social Science y del Transregional Center for Democratic Studies han sido fundamentales. Así como lo fue la beca externa del CONICET, que me permitió comenzar mi investigación sobre acción política e indeterminación democrática en los Estados Unidos. La lista de amigos y colegas con los que he discutido mi trabajo es tan larga y de límites tan difusos que me sería imposible tratar de generarla. De todas maneras, espero que cada uno de ellos sepa leerse en mi reconocimiento a esas conversaciones y charlas. En particular, quiero agradecer a Isidoro Cheresky, Claudia Hilb, Hugo Vezzetti y Emilio De Ípola por haber aceptado formar mi comité de tesis en el IDAES, dónde presenté el cuerpo central de este texto. En Nueva York, la pasión política, las charlas de café y las discusiones teóricas compartidas con Andrew Arato, Jeffrey Goldfarb y Bernard Flynn hicieron que la ciudad fuera para mi tan política como Buenos Aires. Finalmente, quiero también agradecer la inspiración y ayuda de Alejandro Blanco, Pablo Goldberg, Toni Hertel, Dany Mundo, Heloisa Pait, Osvaldo Pedroso, Felisa Santos, Carlos Savransky, Ernesto Semán y, por supuesto, de Java, que me enseñó a reconocer aquello de lo que escribí, tiempo después, aquí.



## INTRODUCCIÓN

«El tiempo no es nada o es creación» dijo Cornelius Castoriadis hace unos años frente a un auditorio de físicos, matemáticos y otros científicos de las ciencias duras que se habían reunido en la Universidad de Stanford para pensar la cuestión del orden y el caos.<sup>1</sup> «Creación significa aquí», continuó, «creación auténtica, creación ontológica, creación de nuevas formas.» El orden social era para Castoriadis aquel dominio en el que nada puede ser pensado correctamente cuando nos vemos limitados a lo que él gustaba llamar la «ontología tradicional», porque esa ontología trabajó siempre, decía, «valiéndose de la hipercategoría fundamental de la *determinación* [y] la determinación lleva a negar el tiempo, lleva a la atemporalidad: si algo está verdaderamente determinado lo está desde siempre y para siempre».<sup>2</sup> Si lo social fuera de este orden, estudiar la política, la cultura o la economía sería siempre lo que muchas veces ha sido: un intento por encontrar en algún sitio, ya sea en la naturaleza humana o en alguna fuerza de carácter suprahumano, aquello que pudiese explicar lo que ocurre, que aparentemente es cambiante e imprevisible, pero que al estar determinado por una o más causas comunes puede finalmente ser reducido a una relación de causalidad más o menos compleja. Pero, como también gustaba decir Castoriadis, causas únicas no pueden generar efectos

variables. Cuando entendemos al orden social de la forma en la que Castoriadis sugería debemos entenderlo, cuando estamos dispuestos a asumir que la dinámica propia de las culturas lleva en sí ineludiblemente el elemento de la autoalteración, nos vemos entonces obligados a abordar los fenómenos de tal forma que nunca asumamos que aquellas correlaciones que observamos entre acontecimientos, procesos, prácticas y estructuras sociales son el resultado de la necesidad, entendida ésta en sentido fuerte, sino que debemos estudiarlos en su carácter de fenómeno de la realidad social, esto es, como fenómenos de autoinstitución.

Por supuesto que esta autoinstitución no debe ser confundida con arbitrariedad subjetiva, y esta observación vale tanto para los sujetos individuales como colectivos. Lo que la idea de autoinstitución implica es que el ser de lo social no es cerrado o «conjuntista-identitario» sino una constelación abierta y a la vez espesa: en palabras de Castoriadis, lo histórico-social es «magmático». ¿Pero cómo estudiar este ser magmático de lo social en su manifestación más pedestre, es decir, en las prácticas, tanto cotidianas como excepcionales, de actores individuales o colectivos? Toda teoría, tipología o etnografía de prácticas sociales –sean éstas políticas, artísticas, económicas o de otro orden –es de alguna manera un intento de respuesta a esta pregunta. El camino que yo he escogido para tratar de contribuir a pensar esta pregunta es la formulación de una tipología que permita interpretar más adecuadamente las prácticas que se desarrollan precisamente en esa dimensión de la vida de las sociedades democráticas<sup>3</sup> contemporáneas que parece tener como característica esencial la institucionalización de esta autoinstitución de lo social: la política. Me propongo entender aquí de qué manera los actores políticos contemporáneos se relacionan con la indeterminación en la que viven sus prácticas y cómo este relacionarse con ella

incide en las sociedades en las que actúan. Para ello me nutriré de una serie de ideas provenientes de distintos campos, pero sobre todo de un número limitado de pensadores que se han concentrado en la capacidad instituyente de la acción humana. Concretamente, elaboraré a lo largo del primer capítulo, y luego pondré en práctica en el tercero y el cuarto, una tipología que retomará ideas fundamentalmente de Hannah Arendt y Maurice Merleau-Ponty, pero también de una serie de otros pensadores que, en los campos de la política y la cultura, han afinado conceptos que echan luz sobre la dinámica implícita en –parafraseando nuevamente a Castoriadis– un orden, el social, en el que hay temporalidad, es decir, creación.

Como insistiremos junto con Merleau-Ponty más adelante, propondremos entender al orden de la cultura como un orden de *advenimiento*. Esta asunción implica que tanto la cultura política como las prácticas estéticas comparten una forma general, es decir, son isomórficas en su manera de actuar sobre sí mismas mediante la irrupción de lo nuevo o sin precedentes. Lo que intentaré sugerir a lo largo de este libro es que la práctica política que yo caracterizaré como «kitsch», práctica que parece estar consolidándose como hegemónica en las democracias contemporáneas, tiende a producir una «asfixia» o círculo vicioso en la dinámica de advenimiento que las culturas democráticas se supone deben proteger. En el primer capítulo, me limitaré a esbozar el concepto de «kitsch político» y la tipología de prácticas políticas en la que se inscribirá. En el capítulo segundo, cambiaré de registro y describiré –casi a la manera del etnógrafo que hace observación participante en una cultura que le es en principio ajena– las condiciones sociales, institucionales y políticas en las que se dieron las elecciones presidenciales estadounidenses del año 2000. El tercer capítulo consistirá en un ejercicio interpretativo de dicho proceso electo-

ral –y de los conflictivos acontecimientos que le siguieron: la disputa por el resultado en el estado de Florida– en los términos de la tipología propuesta, poniendo el acento en la práctica kitsch, tan característica de, lamentablemente, aquellos actores políticos que, se esperaba, más debieran contribuir con sus acciones a la calidad de la vida democrática. En el cuarto y último capítulo discutiré el cruce de política ideológica y kitsch político que ha caracterizado la forma en la que los Estados Unidos procesaron y siguen procesando el atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001. Este último capítulo, inevitablemente abierto en su desenlace, permitirá percibir en su verdadera dimensión los riesgos que sufre la vida democrática en una sociedad en la que la mayor parte de sus actores políticos ya no logran comprender –o simplemente han decidido liquidar– la naturaleza dinámica, frágil y plural de su régimen político.

**Nota:** El tercer capítulo fue publicado, en una versión más breve, por la revista *Constellations*. El cuarto capítulo es una versión corregida de tres artículos sucesivos publicados en *La ciudad futura*.

## CAPÍTULO 1

### ESBOZO DEL CONCEPTO DE KITSCH POLÍTICO

Presentaré ahora en detalle uno de los elementos de la tipología de prácticas políticas que desarrollaré en este trabajo. Esta tipología se caracteriza por asumir un claro sesgo arendtiano, definiendo *acción política democrática* en forma análoga a lo que Arendt definía simplemente como *acción*.<sup>4</sup> La tipología se completa mediante el desdoblamiento de la práctica política democrática en otros dos tipos de acción política que, como sugeriré, suelen ser comunes en el contexto de un régimen democrático —el *kitsch político* y la *política ideológica*. Ambas nociones se proponen describir dos manifestaciones fundamentalmente opuestas de lógica política, siendo que ambas surgen de la reducción de la acción política en un contexto democrático a una de sus dos principales características constitutivas. El concepto de kitsch político se propone iluminar aquel tipo de práctica política que tiende a reducir a un mínimo la creatividad implícita a toda política democrática, limitándose a sí misma a la manifestación de posiciones públicas que cumplan con la condición de haber sido suficientemente testeadas acerca de su potencial aceptación pública. El kitsch político implica, en breve, la hipóstasis de una de las características fundamentales de la idea de acción en Arendt: el hecho de que el sentido que la acción asume en el espacio político es determinado por la interpretación de los espectadores. El

concepto de política ideológica, por otro lado, pretende echar luz sobre una hipóstasis de sentido opuesto. De modo inverso a lo que ocurre con el kitsch político, la política ideológica es ese tipo de práctica que, si bien suele fundamentarse en claros e incluso innovadores principios, sin embargo rechaza de manera categórica las limitaciones que cualquier acción política democrática –o, nuevamente, la acción en Arendt– encuentra en el juicio público del resto de los co-ciudadanos. Como desarrollaré más adelante, este movimiento es una operación por la cual aquellos principios políticos devienen premisas ideológicas.

Como dije, la noción central de acción política democrática se inspira en la noción arendtiana de acción. De todas formas, la introducción en mi tipología de un concepto proveniente del campo estético –el de kitsch– está inspirada en un cruce teórico algo más múltiple. En primer lugar, desde el juicio a Eichmann llevado a cabo en Jerusalén, al que Arendt asistió con el propósito de desarrollar una serie de artículos sobre el mismo para la revista *The New Yorker*, el problema del juzgar político se convirtió en uno de los aspectos centrales de su pensamiento. En búsqueda de mejores formas para abordar la comprensión de dicha problemática, Arendt se volcó hacia la *Crítica del juicio* de Kant, encontrando allí inspiración suficiente para re-introducir –a través de la consideración de aquel «entusiasmo político de los espectadores» del que Kant habla en su ensayo «Respuesta a la pregunta de si el género humano se haya en constante progreso hacia mejor» y con el que se refería a la reacción del público europeo ante la Revolución Francesa– lo que ya era una dimensión implícita en la condición de pluralidad que caracterizaba a la acción en *La condición humana*: la relevancia del juzgar en el sentido asumido por las acciones políticas. Pero ocurre que las reflexiones de Arendt acerca de la forma compartida entre arte y política –o, más precisamente, el pensamiento de Kant acerca del

arte– no proveen el tipo de investigación que se requiere aquí para confrontar la práctica política que identifico como kitsch.

Atrapada en el mismo tipo de indeterminación fundada en la pluralidad humana que toda acción política democrática, la acción política kitsch trata de dominar esa indeterminación mediante la reducción de sí misma a un «contar narices» –para usar una imagen hecha famosa por Kant en *La crítica del juicio*– prudente y calculado, esto es, a limitarse a decir lo que la mayoría quiere escuchar. Para estar en mejores condiciones de comprender dicha práctica, me serviré del pensamiento estético y las reflexiones políticas de Maurice Merleau-Ponty para poder desarrollar los conceptos que me permitan describir, comprender y criticar mejor una práctica política que de otro modo suele quedar oscurecida por abordajes deudores de viejas dicotomías metafísicas o de algo más agiornados empirismos.

En su *Fenomenología de la percepción*, Merleau-Ponty, para poder ilustrar su idea «expresión», cita a Cézanne, quien cuenta una historia acerca de su relación con la pintura. Toda su vida él había tratado de pintar una imagen que Balzac describe en su *Piel de zapa* y que dice así: «un mantel blanco, como una capa de nieve que ha caído plácidamente y sobre la cual se levantaban simétricamente los platos coronados de pequeños panes dorados». Según cuenta Merleau-Ponty, Cézanne decía: «Toda mi juventud [...] he querido pintar eso, ese mantel de nieve fresca... Ahora sé que sólo hay que querer pintar aquello de que: ‘se levantaban simétricamente los platos’, y ‘los pequeños panes dorados’. Si pinto: ‘coronados’, estoy loco, ¿comprendes? Y si, realmente, equilibrio y matizo mis platos y mis panes como en la naturaleza, podréis estar seguros que las coronas, la nieve y todo el temblor estarán ahí». <sup>5</sup> Pintar coronados es arruinarlo todo. Pintar los panes y los platos «coronados» sería incluir en el acto de pintar lo que es ineludiblemente una capacidad de los espectadores: la

atribución de final del sentido de la obra. Sería buscar, pero de manera obsesiva y a través del autoengaño, la generación del efecto anhelado: el aplauso público. El concepto de expresión en Merleau-Ponty alude así al acto de *puesta en forma*, pero sin ninguna garantía de éxito seguro –porque siempre depende del mundo plural e indeterminado de los otros– aquello que todavía no es. Una puesta en forma estética que, como luego explicará Claude Lefort, es fenoménicamente indistinguible de la *puesta en escena* y la *puesta en sentido*. En definitiva, un hacer existir lo previamente inexistente, un comenzar lo nuevo, un introducir la novedad en la sucesión que implica como condiciones necesarias la creatividad, el riesgo y la incertidumbre por parte del actor.

Pero ocurre que incluso si el acto expresivo aparece en este sentido como enteramente subjetivo, éste en realidad obtiene su validez sólo de su aparición intersubjetiva y mundana. Su sentido no preexiste a tal aparición, otros lo constituyen en su interpretación abierta y plural. Siguiendo esta idea, el kitsch se convierte en un problema político cuando acciones ofrecidas a la mirada pública olvidan la lección que nos diera Cézanne y tratan de pintar «coronados» en vez de «pequeños panes dorados». Es decir, cuando el supuesto conocimiento riguroso de las expectativas públicas o sociales –surgido del asesoramiento de «imagen» o las encuestas de opinión pública, por ejemplo– se convierte en guía última para la acción. La política, una actividad que ontológicamente carece de reglas que garanticen el éxito de su empresa, finalmente cree haber encontrado esas mismas reglas en la anticipación del efecto de sus actos mediante la medición por anticipado de lo que sería su aceptación o rechazo público. Según Calinesco, un pensador proveniente de la teoría del arte, el kitsch debe ser visto como el producto de la intención de identificar una audiencia bien definida de consumidores medios, y aplicar recetas bien definidas de reglas y variantes comunicativas de mensajes alta-

mente previsible y estereotipados ya constituidos en «paquetes estéticos». <sup>6</sup> «Estilísticamente», agrega, «el kitsch puede ser definido también en términos de previsibilidad. El kitsch es, en palabras de Harold Rosenberg: a) arte que tiene reglas establecidas y, b), arte que tiene una audiencia previsible, efectos previsible y recompensas previsible». <sup>7</sup> Lo que ocurre es que tanto en arte como en política, la adopción de este tipo de recetas olvida que la previsibilidad de todo esto es precisamente lo que está en cuestión.

La política democrática, al igual que el arte, siempre tuvo que aceptar, de modo más o menos explícito, la permanente presencia de una incertidumbre que es irreductible. Lo que ocurre con la política contemporánea es que la visibilidad constante que acecha a las acciones públicas –que surge de la omnipresencia actual de la televisión y otros medios de comunicación– junto con la generalización, tanto en la Argentina y los Estados Unidos como en muchas otras naciones del mundo, de la aceptación de las reglas de juego democráticas como el único modo legítimo de resolver conflictos, ha cambiado radicalmente las condiciones de la política. Esto ha hecho que los actores políticos se hayan abocado desesperadamente a tratar de encontrar nuevos modos de evitar «sorpresas», autolimitando sus acciones para así poder garantizar –o al menos eso es lo que creen– que el público vea «coronados» donde ellos esperan que éste lo vea. Así es como la cultura política se ha vuelto hoy notoriamente kitsch.

¿Pero por qué necesitamos la noción de kitsch para describir este fenómeno? Porque de otro modo seguiríamos en la confusión en la que tanto gran parte de los estudios políticos como el periodismo especializado o el público en general se encuentra hoy: la de asumir que esa actitud es, por definición, la actitud de la política. Aceptar la situación en la cual «contar narices» antes de expresar un juicio público es lo que normalmente debemos esperar

de un actor político es simplemente una actitud generalizada en estos campos, particularmente en el periodismo político. Esto es así a tal punto que el ser capaz de imaginar el cálculo oculto detrás de cada aparición pública se ha convertido en el ejercicio dominante en la cobertura que de la vida política hacen los medios de comunicación. De este modo, esta estrategia de «develar» las razones –casi siempre de orden kitsch– por las cuales un actor político actúa de determinada manera, que se asume nunca es honesta e inspirada en principios y convicciones auténticas, se ha convertido en la única postura «inteligente» que es posible asumir en periodismo. Este cinismo periodístico ha incluso superado en gran parte al propio cinismo de la política kitsch, creando una situación equivalente a la que se daría si los críticos de arte esperaran de todo artista una actitud kitsch por el solo hecho de que una dimensión de lo kitsch –esperar el agrado del público– es una actitud común a toda práctica artística. El concepto de kitsch es importante porque nos permite nombrar una práctica que hipostatiza una de las características fundamentales de la política en condiciones democráticas –la búsqueda del consenso público– y la convierte en la esencia de la misma. Toma la parte por el todo, hace que un aspecto de la vida política haga las veces de sinécdoque representativa cuando en realidad no es más que una dimensión analítica de una práctica que, en condiciones democráticas, no puede nunca eludir la tensión acción/juicio que el kitsch pretende resolver. En breve, el concepto de kitsch es relevante para la política porque el arte y, consecuentemente, la teoría del arte, han identificado así este modo de tratar de combatir la incertidumbre que hoy es una lógica común de la vida política democrática.

Tanto la teoría del arte como la teoría política son campos de estudio del mundo común. En este sentido, lo que permitió a Hannah Arendt encontrar una teoría política en la estética kantiana fue precisamente el hecho

de que lo que es común e intersubjetivo en ambas dimensiones no proviene ni de una imposición estructural –tanto en arte como en política el actor crea y los espectadores juzgan de una forma indeterminada, ni de la posibilidad de acudir a reglas subjetivas trascendentales– dado que ni las reglas de la lógica ni los imperativos categóricos morales pueden dictarnos completamente cómo proceder en arte o en política. Más aún, lo que es común colectivamente en arte y política es mucho más auténticamente compartido –en contraposición a lo ya dado– que si proviniera de un mero despliegue de las leyes universales de la lógica o la imposición lineal de juicios determinantes. Mostrando simpatías equivalentes a aquellas mostradas por Arendt para con la idea de *mentalidad ampliada* de Kant,<sup>8</sup> para Merleau-Ponty una acción es política cuando ésta añade «a mis obligaciones de solitario la de comprender otras situaciones distintas de la mía, la de establecer un camino entre mi vida y la de los demás, es decir, la de expresarme. Por la acción de la cultura –concluye– yo me instalo en unas vidas que no son la mía».<sup>9</sup> Pero es obvio, como veremos ahora en más detalle, que para Merleau-Ponty una acción es política no cuando se reduce a la comprensión de las situaciones de los otros sino cuando acepta el desafío del paso que une la propia con aquéllas. Y, para mostrar una vez más la sensibilidad común entre Arendt y Merleau-Ponty, podemos ver cómo Arendt fraseaba la misma problemática: «Aunque yo tomo en cuenta a los otros cuando juzgo, esto no implica que conformo mi juicio a aquel de los otros, yo sigo hablando mi propia voz y no cuento narices para poder llegar a la conclusión de que lo que pienso es correcto. Pero de este modo es como mi juicio ya no puede seguir siendo sólo subjetivo».<sup>10</sup> La idea de «contar narices» como solución al tipo de incertidumbre implícita en la idea de *mentalidad ampliada* –que en realidad supone un esfuerzo de nuestra imaginación para poder dar cuenta en nuestro juicio de la perspectiva de los

otros— sería rechazada por Merleau-Ponty tanto como lo era por Kant y Arendt.

En arte y en política, entonces, lo común es, al mismo tiempo, indeterminado. ¿Y cómo resuelven los artistas y los actores políticos el hecho de que tienen que convertir en comunes sus creaciones y actos sin ninguna regla que pueda garantizarles el éxito de su empresa? No lo hacen. O, mejor aún, algunos creen poder hacerlo y tratan de anticipar el resultado de sus actos, ignorando la lección de Cézanne e introduciendo el efecto deseado de la acción en la acción misma. El kitsch, tanto en arte como en política, es precisamente esa forma que, aunque consciente de que el sentido de un acto no es inherente al mismo y de que el lograr la aceptación pública requiere de la indeterminada y plural interpretación de los espectadores, de todas maneras trata de convertir esa indeterminación fundada en el imprevisible juicio de los espectadores en la fuente de determinación de la que el arte y la política carecen. Es decir, dado que la indeterminación proviene de la pluralidad de perspectivas a la que ineludiblemente se ofrecerá la acción, la tarea reside en objetivar dicha pluralidad y, reducida ésta a encuesta de opinión pública, informe de *focus group* o a cualquier otro elemento de estrategia de marketing, convertir dicha objetivación en la regla para la acción de la cual la acción originalmente carece. En otras palabras, el efecto esperado de la acción —el agrado público— es «anticipado» técnicamente y luego reintroducido como guía para la acción misma. El kitsch es, desde el punto de vista del actor, esa forma de relacionarse con las cosas, los objetos o los actos que busca obsesivamente el efecto; esto es, aquel tipo de estrategia que trata de reemplazar la indeterminada búsqueda de consenso por la más prudente actividad de contar narices.

Para Merleau-Ponty, el artista es «quien abraza el espectáculo del que la mayoría de los hombres forman parte sin siquiera verlo y lo hace visible».<sup>11</sup> De todas

maneras, esta tarea de «hacer visible», una tarea que implica la puesta en forma de lo que no existe aún, es precisamente el tipo de experiencia que empuja a los artistas y los actores políticos a ese sentido de indeterminación que caracteriza sus prácticas. «El sentido de lo que el artista está a punto de decir no existe en ninguna parte –ni en las cosas, que por sí carecen de sentido, ni en el artista mismo, en la medida en que aún no se ha expresado. [...] Las dificultades de Cézanne son aquellas de la palabra originaria. Él se pensó impotente porque no era omnipotente».<sup>12</sup> La palabra originaria es en Merleau-Ponty ese acto instituyente que dice lo nunca antes dicho y actúa lo nunca antes actuado, un concepto claramente análogo al de acción arendtiano que inspira nuestra idea de práctica política democrática. Y el sentirse impotente-porque-no-omnipotente es precisamente la experiencia que empuja a los actores políticos contemporáneos a abandonar la asunción de actitudes creativas y responsables con respecto a los asuntos comunes en favor de lecturas empiristas de una opinión pública supuestamente ya constituida, y que es por ende cognoscible, que puede ser seguida sin riesgos, o, peor aún, mediante la asunción de actitudes que pretenden negar la pluralidad que limita la omnipotencia y tratan de convertirse en omnipotentes por todos los medios, pero ésta no es la práctica a la que nos estamos refiriendo en este trabajo sino aquel otro componente de la tipología que más arriba he llamado «política ideológica» y que en el último capítulo discutiré y ejemplificaré sintéticamente para el caso norteamericano.

Esta problemática que estoy delineando ha tomado otras formas en la tradición de la teoría política, sobre todo ha sido frecuente en los debates acerca de la representación política, donde concepciones delegativas o decisionistas se enfrentan en su afán por explicar el origen de la soberanía política. En este trabajo entiendo que, con independencia de los raros casos en los que el

mandato por parte del representado es explícito o en los lamentablemente más comunes en los que actitudes decisionistas son ejecutadas mediante el uso de la violencia, la acción política se caracteriza por tener en cuenta y, *al mismo tiempo*, instituir a los sujetos de la relación de representación. «Los demás juzgarán lo que yo he hecho porque yo he pintado en lo visible y hablado para quienes tienen oídos, pero ni el arte ni la política consisten en gustarles o halagarles», dice Merleau-Ponty al respecto.

Lo que ellos esperan del artista o del político es que él los arrastre hacia unos valores en los que ellos no tardarán en reconocer sus propios valores. El pintor o el político forma a los demás más que seguirlos, el público en quien pone los ojos no está dado, es el que su obra precisamente suscitará –los demás en los cuales piensa no son «los demás» empíricos...– son los demás que han llegado a ser tales que él pueda vivir con ellos. La historia [...] no es un poder ante el cual tenga que doblar la rodilla, es el intercambio perpetuo que se mantiene entre todas las palabras y todos los actos válidos, y en el que cada uno desde su lugar impugna y confirma al otro, y re-crea a todos los demás. La apelación al juicio de la historia no es la apelación al agrado del público... se confunde con la certeza interior de haber dicho lo que en las cosas esperaba ser dicho.<sup>13</sup>

En las *Aventuras de la dialéctica*, Merleau-Ponty continuó en clave estrictamente política con muchos de los desarrollos conceptuales que ya había expuesto en sus trabajos estéticos, y es allí donde nos brinda una de sus mejores reflexiones acerca de la tensión que habita la práctica política, práctica a la que él alude, desde una perspectiva retrospectiva y para referirse a ella como dinámica general de la cultura humana, en términos de «historia». A pesar de que la relación entre su teoría estética, su

comprensión de la política y su inconclusa elaboración de una ontología de la carne<sup>14</sup> es un trabajo que aún no se ha emprendido en su totalidad, igualmente puede afirmarse aquí que, en sus últimos textos publicados, sus referencias al campo político rompen decididamente con el marxismo y comienzan a dialogar más estrechamente con su propia filosofía de la indeterminación. En ese contexto, Merleau-Ponty afirma que la política

nunca puede ver el todo directamente, está siempre en la búsqueda de una síntesis incompleta [del cierre] de un ciclo de tiempo o [de la conformación] de un grupo de problemas. [La política] es una acción en proceso de autoinvención. Pero si la decisión que [el político] toma, que es justa en sí misma, mañana, debido a las consecuencias que ésta genera, comprometiera los valores que él reconoce, nadie lo absolverá por haber comprado su momentánea tranquilidad a ese precio. El político no entra en la historia por actuar de acuerdo con lo que en la circunstancia le pareció justo.<sup>15</sup>

Merleau-Ponty mismo sabe que él no ha desarrollado todavía suficientemente un pensamiento político que le permita dar todas las respuestas –y ni siquiera formular todas las preguntas– a los problemas que los debates con la teoría marxista, Sartre y acontecimientos tales como la guerra de corea o los juicios de Moscú le presentaban a sus convicciones pasadas. Pero eso no significa que no esté dispuesto a enfrentar la tarea mediante la búsqueda de una buena compañía intelectual –que, como la que antes encontró en Cézanne ahora encontrará en Max Weber– con la que sentirse cómodo en un terreno tan resbaladizo. Su primer capítulo de *Las aventuras de la dialéctica* es dedicado a Weber y una resonancia de su simpatía con su pensamiento puede percibirse ya en las primeras líneas del trabajo. Dado que Weber mismo había mostrado que no era necesario esperar a tener una teoría

completamente desarrollada para abocarse a la reflexión política, nosotros también, dirá Merleau-Ponty, «seríamos demasiado ambiguos si fuéramos a esperar a contar con principios perfectamente elaborados antes de hablar filosóficamente de política. En las encrucijadas de los acontecimientos podemos darnos cuenta de lo que no es aceptable para nosotros y ésta es la experiencia que, interpretada, se convierte en ambas, tesis y filosofía».<sup>16</sup>

De todas formas, Weber no le interesa a Merleau-Ponty sólo debido a la fascinación común que, junto con Cézanne, los tres comparten por el rechazo al empirismo sin negar la realidad; una fascinación que arrastró a los tres a la pintura, el pensamiento y la ciencia, incluso a pesar de que la inmensidad de la tarea muchas veces pareció superarlos. Lo que Merleau-Ponty también encontró en Weber fue una reflexión acerca del hombre político y sus prácticas que capturaba las inevitables incertidumbres de su condición. «Aquel que comete un error acerca de los medios traiciona los fines», hubiera dicho Weber para mostrar esas incertidumbres, porque la política siempre «oscila entre el mundo de la realidad y el de los valores, entre el juicio individual y la acción colectiva, entre el presente y el futuro».<sup>17</sup> Y si nosotros podemos coincidir en nuestro tiempo con la idea de que las democracias liberales son precisamente aquel tipo de régimen político cuya autoconcepción implica por definición la preservación de esas tensiones y la negación de su posible superación definitiva, entonces también podríamos coincidir con Merleau-Ponty en identificar a Weber como pionero del tipo de pensamiento político que requerimos para entender las democracias contemporáneas: «Con Max Weber [...] el liberalismo deja de creer en la eterna armonía, legitima a sus adversarios y se concibe a sí mismo como tarea. [...] A diferencia del liberalismo previo, éste no se considera ingenuamente la ley de las cosas, sino que persevera en convertirse en la misma a través de una historia que no está predestinada».<sup>18</sup>

Es en esta compañía que Merleau-Ponty desenvuelve lo que había sido parte de su programa desde sus primeros trabajos: un rechazo a las posiciones teóricas que él solía definir como empirismo e idealismo, por ser ambas consecuencia de la negación de la experiencia primordial e intersubjetiva, y de la reducción de ésta a, por un lado, una recolección atomista e insignificante de datos sensibles y, por el otro, a la organización constituyente y categorial de éstos en la mente. Lo que la percepción y la experiencia corporal inauguran en el pensamiento de Merleau-Ponty es un espacio de horizontes intersubjetivos compartidos que constituyen el todo en un contexto de pluralidad. La historia y la sociedad son «objetivas» porque hay «otra gente»,<sup>19</sup> no porque ellas puedan ser positiva y completamente conocidas. Del mismo modo, los productos de la pintura y las acciones de la política son «expresivos» porque surgen de estilos subjetivos instituyentes que operan en un espacio y un tiempo habitado por otros, no porque sean originados en supuestamente determinantes y preexistentes mundos internos.

De esta forma es como cualquier acto expresivo se enfrenta al hecho de la pluralidad humana, y es en esta situación existencial de incertidumbre acerca del sentido y los efectos de las propias acciones que toda política democrática se despliega. La historia o, lo que es lo mismo, la acción política desde el punto de vista de aquel que la juzga e interpreta,

no es un Dios externo o una razón oculta a la que sólo le resta que nosotros registremos sus conclusiones. La historia es el hecho metafísico de que la vida misma, la propia vida, se juega tanto adentro como afuera de nosotros, en nuestro presente y en nuestro pasado; y que el mundo es un sistema con múltiples puntos de acceso o, podría decirse, que tenemos compañía humana. [Dado] que en la densidad de la realidad social cada decisión produce consecuencias inesperadas y dado

que, más aún, los hombres responden a estas sorpresas mediante invenciones que transforman el problema mismo, es que no hay situación sin esperanza; pero tampoco hay decisión que termine con todo cambio de rumbo.<sup>20</sup>

Esta es la densidad resultante de la confluencia de la acción humana, su carácter indeterminado y múltiple, y la sedimentación de todo eso, que es lo que los empiristas llaman «realidad objetiva». Pero el problema no sólo concierne a los analistas políticos, éste también tiene sus manifestaciones performativas en la práctica misma de la política, como pretendo demostrar en este trabajo. No es que mediante la objetivación de lo que sabemos es denso, esto es, convertir la pluralidad en una cosa— sólo aquellos que estudian la vida política podrían errar el camino y no llegar a comprender en profundidad los fenómenos estudiados. Lo más preocupante es que los propios actores que tienen que lidiar con esta incertidumbre tienden a aceptar esta interpretación que niega la existencia misma del problema y, por lo tanto, terminan creyéndose capaces de escapar de él. Pero, como dice Clifford Geertz en otro contexto: «Hay muchas maneras de escapar de esto. [...] Pero *son* todos escapes».<sup>21</sup> Es entonces entendible que los actores políticos se fascinen con las soluciones que les ofrecen una salida a la ansiedad que caracteriza su práctica en contextos democráticos, que les aseguran que no tiene sentido arriesgarse actuando en la vida pública sin antes testear los posibles efectos de sus acciones cuando en realidad es siempre posible estar antes seguros de lo que el público quiere oír, o, en caso de preferir «fragmentar» primero el mercado, lo que los «targets» a los que se quiere llegar piensan acerca del asunto en cuestión. De todas formas, ésta no es ninguna solución. Lo que una práctica de este tipo hace es, o bien transferir la responsabilidad y el riesgo de introducir nuevas ideas en la vida política a otros actores u otras fuentes, o bien

degradar la calidad de la deliberación pública y el juzgar político como un todo, mediante el establecimiento de un círculo vicioso entre acción y juicio en el que la acción se reduce a ser un pre-juicio de la posible interpretación que se pueda dar de ella.

Hay un antecedente temprano en la modernidad democrática que nos advierte acerca de los peligros de esta lógica y que vale la pena mencionar aquí. Este antecedente expresa una sensibilidad tan claramente familiar a la que estamos identificando con Merleau-Ponty que no sería demasiado arriesgado hablar de ambos como miembros de una misma escuela de pensamiento político. Para Alexis de Tocqueville, la democracia era un proceso social de largo plazo que tendía a igualación de las condiciones y a la homogeneización de las conductas de los hombres, y su reflexión sobre dicha problemática se mostró capaz de entender profundamente los condicionamientos sociales en los que opera la política en ese contexto. De todas formas, Tocqueville estaba convencido de que el único peligro de una total desaparición de la acción y el cambio en la vida social sólo podía provenir del autoconvencimiento acerca de su inutilidad. «Los historiadores que viven en épocas democráticas», decía Tocqueville en el segundo volumen de *La democracia en América*.

no sólo niegan que los pocos tengan ningún poder de incidir en el destino de un pueblo, sino que privan a los pueblos mismos del poder de modificar su propia condición y los sujeta, o bien a una Providencia inflexible, o bien a algún otro tipo de necesidad ciega. [...] En sus mentes no es suficiente mostrar que los acontecimientos han ocurrido: ellos pretenden demostrar que los acontecimientos no podrían haber ocurrido de otra manera. [...] Si esta doctrina de la necesidad, que es tan atractiva para aquellos que escriben historia en épocas democráticas, pasa de los autores a sus lectores

hasta infectar a toda la masa de la comunidad y toma posesión de la mentalidad pública, pronto paralizará la actividad de la sociedad moderna.<sup>22</sup>

«Después de todo», dice Merleau-Ponty en coincidencia con la sensibilidad tocquevilleana, «lo que hace a la política importante [...] es la cualidad humana que permite a los líderes animar el aparato político y convertir sus actos más personales en asunto de todos. [...] Para tener éxito en esto, uno debe poseer la capacidad de la que habla Weber, la capacidad de vivir la historia. En política, la verdad probablemente sea este arte de inventar lo que más adelante aparecerá como habiendo sido requerido por su tiempo».<sup>23</sup> Como podemos ver, muchos son los pensadores que ya nos acompañan –Kant, Tocqueville, Weber, Arendt, Merleau-Ponty, Lefort, Castoriadis– en el intento de identificar la política democrática con un tipo de práctica que vive de la tensión ineludible entre la institución de la novedad surgida de la acción ofrecida a la pluralidad de la interpretación pública, y esta propia interpretación, que puede encontrarse o no en una comunidad de sentido con la intencionalidad actuante del actor. Esta definición de la política es la que nos permite ver la transformación que implica el tipo de práctica que surge de la hipertrofia de una de sus dimensiones constitutivas: la búsqueda de la aceptación pública. Pero antes de concentrarnos completamente en la tarea de describir las características concretas que el kitsch político asume en su versión estadounidense –como haremos en los capítulos tres y cuatro– debemos primero enriquecer un poco más nuestra familiaridad con la contribución que las reflexiones estéticas de Merleau-Ponty pueden hacer a nuestra definición de acción política democrática y sus derivaciones hipostáticas.

Paralelamente a la dependencia arendtiana del actor para con la red de relaciones intersubjetivas en la cual la acción es ejecutada, para Merleau-Ponty también «es en

los demás donde la expresión cobra relieve y se hace verdaderamente significado».<sup>24</sup> Acción y expresión son así los conceptos centrales del planteo de isomorfia arte/política que nos permite aquí desplegar una comprensión más rica, con una multiplicidad de contribuciones mutuas, del mundo de la pluralidad humana que ambos campos habitan. «Nosotros no podemos permanecer indiferentes al modo en que nuestros actos aparecen ante los otros», dice Merleau-Ponty<sup>25</sup> en la conferencia en la que presentó su masiva *Fenomenología de la percepción* ante la *Société Française de Philosophie*, pero, aunque esto sea así, agregaré, nuestra intención no puede reducirse a la complacencia de aquellos otros cuya aprobación no nos es indiferente. Más aún, del mismo modo en que para Arendt el sentido de la acción escapaba inevitablemente al actor, debido a que tomar parte de algo es por definición asumir una perspectiva parcial y no poder dar cuenta de la totalidad,<sup>26</sup> para Merleau-Ponty, «cuando el pintor ha pintado ya, y ha llegado a ser en algún respecto dueño de sí mismo, lo que le es dado con su estilo, no es una manera, un cierto número de procedimientos o de tics de los que él pueda hacer inventario, es un modo de formulación tan reconocible para los demás y tan poco visible para él como su silueta o sus gestos de todos los días».<sup>27</sup>

En breve, la «novedad de las artes de la expresión es que hacen salir a la cultura tácita de su círculo mortal».<sup>28</sup> Este círculo mortal de la cultura —es decir, lo que en este trabajo es el ya mencionado círculo vicioso entre acción y juicio en donde la acción niega su propia dimensión creativa al reducirse a una mimesis de lecturas empiristas de la opinión pública— es precisamente el resultado de la generalización de una práctica kitsch en la vida política. De todas formas, para Merleau-Ponty, la expresión, la posibilidad de introducir la novedad en el flujo de la vida social —y, por consiguiente, de salir del círculo vicioso que da muerte a la cultura por asfixia, siendo entonces capaz de cambiar el curso de los acontecimientos— no corre

peligro de desaparecer sin más, es un carácter constitutivo de la condición humana. «Proponemos... admitir el orden de la cultura o del sentido como un orden original del *advenimiento*»,<sup>29</sup> dice Merleau-Ponty, implicando la existencia de una dimensión instituyente del mundo cultural que vuelve a poner en paralelo a su teoría estética con teorías más directamente asociadas con el pensamiento político.

Quizá pueda, en términos generales, coincidirse con esto, es decir, con la idea de que no habría posibilidad de que la cultura careciera de dimensión instituyente. Pero lo que es claro, como explica Cornelius Castoriadis, es que para las sociedades democráticas la percepción de sí mismas como autoinstituidas es la piedra modular de su existencia. Por lo tanto, saber que incluso las sociedades cuyo principio ordenador se entiende como trascendente mutan lentamente no nos libera de los problemas de la autonegación de la acción en la esfera política que implica la política kitsch y la amenaza de ésta para la calidad de la deliberación pública en una sociedad democrática. Como Calinesco dice en relación con gran parte de la cultura contemporánea: «La singularidad, o incluso la rareza, se han convertido en cualidades anacrónicas, que no sólo desentonan con los tiempos que corren sino que también ilustran lo que [algunos defensores] del 'consumo cultural' llaman 'la ley de ineficiencia en arte'». <sup>30</sup> No sería difícil imaginarse estas palabras saliendo de la boca de un asesor de imagen argumentando en favor de la eficiencia que aporta el cálculo de los efectos políticos de determinada actitud, esto es, invocando la necesidad funcional y económica de una práctica política kitsch. La práctica kitsch puede resultar a veces efectiva en el corto plazo, pero resulta siempre irresponsable para con la dinámica de una sociedad democrática, como veremos más adelante en el caso de los Estados Unidos.

Quizá sea necesario aclarar en este punto una posible confusión que no debería prolongarse. Lo que aquí lla-

mos kitsch político no se refiere al *uso* que pudiera hacer la política de objetos o imágenes que en el campo del arte pudieran ser definidos como kitsch. Nuestra analogía isomórfica entre las prácticas política y expresiva permite nutrirnos de ciertos análisis estéticos para pensar mejor cómo la política trata de negar su propio carácter de indeterminación. Esto nos lleva a la posibilidad de pensar, continuando con nuestra analogía, un kitsch político análogo a lo que en arte se da a llamar kitsch. En este contexto, el kitsch debe considerarse estrictamente como forma, independientemente de los contenidos que puedan vehiculizarse mediante ella; seguimos en este punto la idea de forma social tal como Georg Simmel la entendió.<sup>31</sup> El kitsch es así un estilo de relacionarse con la significación, una «forma de ser»<sup>32</sup> que puede ser incorporada en cualquier tipo de obra de arte o posicionamiento político. Para algunos críticos de arte, y sobre todo para el habla coloquial, el kitsch suele ser simplemente el mal gusto,<sup>33</sup> pero son muchos los autores que han hecho su aporte –Kundera, Eco, Moles, Broch, Greenberg, Calinesco– para desarrollar una noción más elaborada, que es la que inspira el uso que aquí estamos haciendo del concepto.

Detengámonos ahora brevemente a considerar esta idea de kitsch como forma. El consenso entre estos autores muestra que el aspecto central del arte kitsch es lo que Umberto Eco resume en la frase: «prefabricación e imposición del efecto»<sup>34</sup> en el proceso de producción artística. Debido a esto, el kitsch es frecuentemente redundante, presentándose como arte novedoso cuando en realidad es planificado y repite fórmulas utilizadas con éxito en otras oportunidades. La diferencia entre una expresión original y la estandarización metodológica que es el kitsch es crucial para el análisis de la forma de práctica política que estamos describiendo: cada gesto kitsch imita la expresión original exitosa para así reducir la incertidumbre con respecto a su sentido final. Pero a

pesar de que la actitud kitsch busca obturar la brecha abierta entre toda acción y su sentido, esta intención nunca puede verse completamente realizada. Los gestos artísticos son estandarizados, pero la indeterminación de su sentido es irreductible. En realidad, todo gesto artístico emprende una búsqueda comunicativa de un otro, razón por la cual hasta el gesto kitsch puede ser leído como siendo, efectivamente, kitsch. Cuando esto ocurre, el gesto kitsch no sólo termina fracasando en su intento de obturar la brecha de sentido sino que se muestra como farsa ante la mirada pública. En este tipo de ambigüedad es en la que están pensando Calinesco o Kulka<sup>35</sup> cuando afirman que el kitsch es tanto imitación como negación del arte. Paralelamente, las actitudes políticas kitsch también tratan de abolir el riesgo que implica la creación y se limitan a repetir viejas fórmulas, aparentemente ya probadas como exitosas en la arena política. Pero del mismo modo que en el arte, el resultado de este movimiento es impredecible en sí mismo, dado que en un contexto democrático la política kitsch no puede evitar el hecho de ser ofrecida al juicio público. Lo único que la política kitsch logra en el mismo momento de su acción es proscribirse a sí misma la posibilidad de convertirse en una acción plenamente política.

De todas maneras, la productividad del concepto de kitsch no sólo reside en lo que ilumina sino también en aquello que nos permite evitar. Como puede verse, este concepto nos ofrece la posibilidad de criticar ciertos aspectos de nuestro presente político sin por eso caer en la crítica tradicional que usualmente se limita a expresar una reacción de disgusto ante la baja calidad de la política democrática sin tomarse el trabajo de elaborar qué es lo que exactamente se está criticando. Cuando ejercitada, la crítica de la política contemporánea tiende a concentrarse en una supuesta falta de contenido en la esfera política. Las campañas electorales, sostiene este tipo de crítica, son meras instancias en la producción de un nuevo tipo

de mercancía, convirtiendo así a los políticos en meros productos de consumo; una sofisticada elaboración de meras imágenes ilusorias, encubriendo de este modo la realidad; o, para tomar prestada otra idea del campo del arte, sólo obras de arte formalista que niegan el acceso público al contenido de las políticas que los políticos piensan aplicar una vez en el gobierno. Lo que estas críticas no logran percibir es que lo que está en juego no es un mero ocultamiento de políticas que efectivamente preexisten a las acciones de los actores políticos. Lo que está en juego es la política democrática misma, esto es, la capacidad de la esfera política de generar ideas y propuestas capaces de alimentar de forma plural y abierta la dinámica auto-instituyente de la vida social.



## CAPÍTULO 2

### LA CAMPAÑA ELECTORAL DEL 2000: UNA DESCRIPCIÓN ETNOGRÁFICA

#### Contexto económico y político

Las elecciones presidenciales norteamericanas del 2000 se desarrollaron en un marco de bonanza económica sin precedentes. Nunca antes los Estados Unidos habían protagonizado un crecimiento económico sostenido de tal envergadura y durante un período tan largo de tiempo (93-00.) El resultado de dicho proceso es que, por primera vez en tres décadas, Estados Unidos logró estabilizar su presupuesto, llegando incluso a alcanzar, durante los últimos tres años, un superávit fiscal también sin precedentes. El superávit proyectado para los siguientes 10 años era de alrededor de 4 billones y medio de dólares (4 millones de millones), y gran parte de la campaña electoral se concentró en cómo comportarse con respecto a dichas perspectivas. Las dos alternativas fundamentales que los Partidos Demócrata y Republicano mostraron ante dicho pronóstico de superávit fueron la de un gran recorte de impuestos propuesta por parte del candidato republicano y la de una mucho más módica y focalizada reducción de impuestos, pero en conjunto con un aumento de recursos para la educación pública y los seguros de salud y jubilación, por parte del candidato demócrata.

Otra de las situaciones que caracterizó la campaña electoral norteamericana del 2000 fue la sombra del

presidente Clinton. Desde 1999, sobre todo luego de que los recuerdos más inmediatos del juicio político que el Congreso llevó a cabo en su contra se hubieran de alguna manera disipado, comenzó a instalarse la idea, predominante en los medios periodísticos y los círculos políticos más tradicionales, de que «los problemas morales» del presidente se tenían que convertir en un arma fundamental de los republicanos durante la campaña. Esta tendencia se fue profundizando y terminó instalándose como un lugar común de ambas estrategias de campaña, llevando a Al Gore a tratar de despegarse del aura personal de Clinton y a Bush a insistir en la necesidad de «devolver decencia y honor a la Casa Blanca».

De todas formas, esta tendencia se vio modificada de varias maneras a lo largo de la campaña. Por un lado, hacia fines de julio del 2000, pocos días después de que la Convención Nacional del Partido Republicano nominara a George W. Bush como candidato a la presidencia – momento en el cual la ventaja del mismo llegó a las dos cifras en casi todas las encuestas– Al Gore designó a Joe Lieberman como candidato a la vicepresidencia, cambiando fuertemente las condiciones en las que la campaña republicana podía desarrollar su «crítica moral». No sólo Lieberman había sido el primer miembro del Partido Demócrata en criticar a Clinton cuando comenzó a saberse de su affaire con Mónica Lewinski, sino que además éste era un candidato intocable en aquellos aspectos en los que los republicanos se sienten fuertes cuando arremeten con su crítica moral. Los valores religiosos de Lieberman eran sólo comparables a los de los sectores más conservadores de la sociedad norteamericana, y su conducta privada y pública mostraba escasos o ningún flanco atacable desde el punto de vista del Partido Republicano. Estas ventajas se veían para colmo duplicadas por un valor agregado notable para la sociedad norteamericana en general y el electorado del Partido Demócrata en particular: Joe Lieberman era judío practicante, esto es,

miembro de una de las tantas minorías que conforman la base de su partido –como contracara del Partido Republicano, que representa mayoritariamente el voto blanco conservador protestante– razón por la cual su carácter de religioso políticamente de centro no operaba enteramente como un giro hacia la derecha del Partido Demócrata, sino más bien como una ampliación del acceso de las minorías a las listas de dicho partido, una lógica enteramente desarrollada durante las últimas dos décadas, la proporción de representantes provenientes de minorías en el Partido Demócrata es aún mayor que su contracara demográfica a nivel nacional. Esto permitía que la designación de Joe Liberman no generara demasiado desencanto en las bases del partido, que en su gran mayoría se encuentran a la izquierda del centro electoral y que abrumadoramente apoyaron y reivindicaron al presidente Clinton, sobre todo en lo que fuera el proceso de juicio político llevado a cabo en su contra.

La capacidad de los republicanos de utilizar la «crítica moral» se vio también lentamente socavada de otras formas, casi todas ellas más bien vinculadas con lo que de antemano era ya un mal diagnóstico. Clinton terminó su mandato con los índices más altos de popularidad con los que nunca un presidente haya alcanzado el fin de su gestión en los Estados Unidos. Esto se debe en parte a la mencionada bonanza económica, pero vale también la pena recordar que los mismos números caracterizaron la popularidad del presidente durante todos los meses que duró el proceso de juicio político impulsado por los diputados republicanos. Sistemáticamente, dos tercios del electorado manifestaron un apoyo a la acción de gobierno de Clinton y un rechazo a la postura republicana de removerlo de la presidencia por el delito del que se lo acusaba: haber mentido en un proceso judicial al respecto de su relación con Mónica Lewinski y haber desarrollado estrategias para que otros también ocultaran dicha relación. A la vez, los mismos números coincidían

en señalar a los diputados republicanos como impulsados por odio personal y actuar de forma fanatizada. En definitiva, podría decirse que el diagnóstico de que George W. Bush debía usar la presencia de Clinton como un arma en contra de Al Gore se fue lentamente disipando, comenzando con la elección de Liberman como candidato a la vicepresidencia y confirmándose con el discurso de Clinton el primer día de la Convención Nacional del Partido Demócrata, en el que el Partido se mostró consolidado y masivamente electrizado por las palabras presidenciales. Todo esto sumado a la notoria mejora de la situación económica con respecto a la anterior administración republicana y los sostenidos índices de popularidad mostrados por el presidente.

## **El sistema electoral**

El presidente de los Estados Unidos se elige por colegio electoral. Los electores de dicho colegio no surgen de una distribución de tipo proporcional de los votos obtenidos, ya sea nacional o estatalmente, sino de la suma de electores que representan en su totalidad al ganador de cada distrito. Es decir, en cada uno de los estados quien gana se lleva todos los electores. Muchas son las consecuencias inmediatas de dicho sistema. Más allá de la evidente posibilidad de que quien obtenga la suma mayor de electores no coincida con quien obtenga la mayor cantidad de votos a nivel nacional –como terminaría finalmente ocurriendo en estas elecciones– las influencias en la lógica política electoral son decisivas en otros aspectos fundamentales del proceso electoral estadounidense.

Por un lado, la posibilidad de que un tercer partido pueda obtener suficientes votos como para resultar significativo en el colegio electoral son irrisorias, dado que este partido tendría que ganar un estado completo para así

poder obtener algún representante en el colegio electoral. Además, esta situación genera la paradoja de que si uno de los partidos minoritarios de la izquierda o la derecha del espectro político llegase a hacer una elección relevante en algunos distritos clave, es muy probable que esto fuera suficiente para otorgar el resultado electoral al candidato del partido mayoritario más distante en el espectro político de las preferencias de los votantes de tal tercer partido. Debido a esta razón, potenciales votantes de dichos terceros partidos tienden finalmente a polarizarse y dar su voto al candidato que, de haber una segunda vuelta, sería el que preferirían. La situación es más ambigua cuando el «tercer partido» tiene un perfil ecléctico y menos nítidamente definido que los que aparecieron en la elección del 2000. Cuando Ross Perot hizo buenas elecciones en las últimas dos contiendas, su candidatura no erosionaba la base electoral de uno solo de los partidos mayoritarios sino de ambos. En el 2000, en cambio, el candidato del Partido Verde, Ralph Nader, sólo podía debilitar el resultado demócrata; mientras que el candidato del Partido de la Reforma, Patrick Buchanan, sólo podía quitarle votos al Partido Republicano.

Otra de las consecuencias de este sistema electoral se relaciona con la omnipresencia actual de encuestas de opinión pública. Esta medición por anticipado de las posibilidades electorales de cada candidato en cada distrito permite identificar con relativa facilidad aquellos estados a los cuales uno de los dos candidatos no puede ni siquiera aspirar a ganar. Esto hace que los partidos terminen haciendo campaña y garantizando publicidad política, sobre todo en la recta final, sólo en aquellos estados que todavía pueden considerarse peleados, es decir, no hacen campaña en los estados donde no tienen posibilidades, pero tampoco hacen campaña en los estados que van a ganar con comodidad. En el proceso electoral del 2000, no hubo ciudadano menos «atendido» que los de California, Nueva York –donde los demócratas

ganan siempre por lejos— y Texas —donde los republicanos tenían asegurado el triunfo— estados que, paradójicamente, son los más grandes y los que eligen la mayor cantidad de electores.

La tercera y quizá más relevante consecuencia del sistema electoral implementado en los Estados Unidos es que los Partidos Demócrata y Republicano son más bien coaliciones de sectores, grupos y candidatos individuales que partidos políticos propiamente dichos, lo que normalmente se denomina «catch all parties,» pero que, dada la muy débil estructura de los partidos estadounidenses, posee más bien la cualidad de una coalición de representantes de estados que de partido con una dirección mínimamente centralizada.<sup>36</sup> Si un grupo importante de ciudadanos de orientación progresista o socialdemócrata (*liberals* en los Estados Unidos) quiere tener alguna incidencia en la generación de políticas públicas, no le queda más alternativa que participar o apoyar al Partido Demócrata. Como contracara, si las organizaciones que luchan por ilegalizar el aborto, restringir el acceso de inmigrantes o reducir los impuestos directos desean tener algún peso político, no pueden dudar en acercarse al Partido Republicano. Esta tendencia ha establecido una situación en la que ambas «coaliciones» tienen garantizado el voto del centro a la izquierda el primero y del centro a la derecha el segundo, por lo que el discurso electoral tiende a concentrarse en la disputa del centro político. Este centro político, que organiza sus preferencias en políticas y valores de forma menos decidida puede, por lo tanto, ser inclinado hacia uno u otro lado por aspectos menos evidentemente conflictivos. Esta situación facilita en general las tendencias kitsch de los actores políticos, pero, como veremos más adelante, en estas elecciones este fenómeno generó estrategias discursivas notablemente distintas por parte de ambos candidatos.

## Los partidos

El centro articulador de la coalición que constituye el Partido Demócrata se parece bastante al de cualquier partido socialdemócrata europeo. Su base electoral está constituida fundamentalmente por clases medias y bajas urbanas. Las principales organizaciones sociales que le prestan apoyo militante y estructura institucional son los sindicatos, las agrupaciones de minorías étnicas, fundamentalmente las afroamericanas, y las organizaciones de la sociedad civil de carácter progresista: defensoras del medio ambiente, del derecho al aborto, y de los derechos civiles o del consumidor; organizaciones barriales, grupos gays y de lesbianas; y otros grupos reunidos alrededor de temas sociales o culturales puntuales, tales como la restricción a la compra de armas o, en forma focalizada en algunos estados, la descriminalización del uso de marihuana. También podría decirse que un sector difuso del que el Partido Demócrata logra obtener apoyo indirecto para sus políticas o posturas públicas es aquel que el Partido Republicano suele denunciar como la «inteligentzia liberal de Hollywood y la prensa», es decir, el mundo de la cultura.<sup>37</sup> Estas características generales del partido no son nuevas sino que se remontan de alguna manera a las primeras políticas de tipo redistributivas implementadas por gobiernos demócratas en la primera mitad del siglo xx. De todas formas, estas características se profundizaron con el surgimiento de una tendencia claramente liberal<sup>38</sup> en el partido a partir de la década del sesenta. La incorporación plena de los afroamericanos a la vida política como consecuencia de las luchas por los derechos civiles se dio decididamente a través de los demócratas y se consolidó debido a la natural confluencia entre las orientaciones socialdemócratas del partido y las demandas de las minorías, en su gran mayoría miembros de las clases menos favorecidas.

Como dije antes, la forma del partido se ve fuerte-

mente influida por el sistema electoral. La forma partido se caracteriza fundamentalmente por ser una coalición de agrupaciones a nivel estatal lideradas por candidatos individuales que llegan a sus cargos políticos también por elección uninominal, en la que el que gana se lleva todo. Los diputados y senadores, tanto nacionales como estatales, son elegidos en distritos unipersonales, por lo que la tendencia general se consolida también a nivel de los estados, en los que también es muy difícil que un tercer partido pueda romper la superioridad tradicional, organizativa y financiera impuesta por los dos partidos mayoritarios. De todas maneras, esta característica que impide el surgimiento de terceros partidos ha logrado consolidar una tendencia de incidencia directa en los partidos mayoritarios de lo que en otro contexto serían potenciales núcleos para la conformación de nuevas fuerzas. Ésta es la razón por la cual la incorporación de minorías al Partido Demócrata o la influencia del poder de los sindicatos son una regla casi general. Esta lógica se ha modificado levemente con respecto a las organizaciones obreras, ya que desde el ascenso de los llamados «nuevos demócratas» como Clinton, Gore o Liberman, el partido se ha despegado levemente de la presión sindical, adquiriendo así una versatilidad y capacidad de sumar nuevas voluntades que fueron fundamentales en las victorias electorales de Clinton en 1992 y 1996 sobre el Partido Republicano.

Dos son los temas aglutinantes de la coalición de candidatos, diputados, senadores y gobernadores que forman el Partido Republicano: una ortodoxia liberal en lo económico y una estricta orientación conservadora en lo social y cultural. La contraparte de esta bipolaridad temática del partido es el tipo de apoyos sociales e institucionales que recibe. Por un lado, es abrumadora la superioridad republicana a la hora de medir el apoyo de los sectores financieros y empresariales más poderosos de los Estados Unidos.<sup>39</sup> Por otro lado, la orientación cultural-

mente conservadora del Partido Republicano lo provee de una base electoral algo más heterogénea –en lo social– que la que le provee su orientación económica. Todo grupo religioso de derecha lo apoya directa o indirectamente, razón por la cual sectores norteamericanos de lo más diversos en lo económico-social terminan contribuyendo a la conformación de la base electoral del Partido Republicano. Casi sin excepción, las provincias menos pobladas, incluyendo muchas de las más pobres, tienen gobernadores republicanos, y todas fueron distritos asegurados para George W. Bush. El voto rural también es masivamente republicano, generalmente con independencia de la clase social a la que se pertenezca. Las organizaciones de la sociedad civil de tendencia conservadora conforman, además, el principal apoyo social y organizativo de la base republicana. Los grupos que luchan por la ilegalización del aborto o por la obsesiva<sup>40</sup> reivindicación del derecho a la tenencia y, en algunos estados como Texas, a la portación de armas, son sumamente activos en apoyo del Partido Republicano.

Todas estas organizaciones y sectores cortan de alguna manera de forma transversal el eje económico trazado más arriba, pero siempre limitándose fundamentalmente a la mayoría blanca. La excepción más importante a la estrecha relación entre la derecha religiosa y conservadora y los republicanos la constituyen los afroamericanos, quienes hasta en las congregaciones más fuertemente religiosas apoyan al Partido Demócrata casi sin fisuras. Esta afirmación podría extenderse al resto de las minorías étnicas, sólo que sucede a una escala menos espectacular. Una nota especial debe hacerse en relación con el voto hispano. Tradicionalmente, éste ha sido mayoritariamente demócrata –salvo en Miami, donde la comunidad de exiliados cubanos es sumamente influyente y pro republicana–, como lo es en el resto de las minorías, pero en estas elecciones se dio un crecimiento bastante considerable por parte del Partido Republicano, sustentado en el

apoyo que el gobernador Bush ya había logrado en Texas—casi el 50% del voto hispano en las últimas elecciones— y en una tendencia más a largo plazo, en la que tanto las posturas económicas de libre mercado como las conservadoras en lo cultural que caracterizan al Partido Republicano parecerían estar logrando aceptación en el voto hispano, ciertamente proclive a ver con buenos ojos muchas posturas tradicionalmente consideradas de derecha.

En estas elecciones no hubo un tercer partido que lograra una representación electoral relevante como sí había ocurrido en 1992 y, algo menos espectacularmente, en 1996, con el Partido de la Reforma (*Reform Party*). En esas oportunidades, el candidato Ross Perot, un multimillonario excéntrico y de posiciones difícilmente clasificables en un espectro derecha-izquierda, logró superar los límites históricos de las terceras fuerzas en los Estados Unidos e, incidentalmente, logró influir en el resultado de las elecciones generales, restando finalmente más apoyo al Partido Republicano que al Partido Demócrata y favoreciendo la victoria de Bill Clinton.

Dos fueron los partidos que, de todas maneras, se disputaron el lejano tercer puesto de las elecciones del 7 de noviembre del 2000: el Partido Verde y el Partido de la Reforma, que alcanzaban en las encuestas preelectorales hasta un 6 y un 3 por ciento respectivamente pero que en el resultado final no llegaron al 3 y al 1 por ciento respectivamente. La situación que se había generado, de todas formas, hacía previsible que, aunque baja, la incidencia de estos partidos terminara definiendo las elecciones, dado que la tendencia indicaba que un resultado probable era que el gobernador Bush ganara las elecciones, pero que lo hiciera por un margen tan reducido de votos que terminara colocando al Partido Verde como principal protagonista. La razón era que el candidato del Partido Verde, Ralf Nader, un reconocido luchador por los derechos del consumidor y el medio ambiente, había

logrado capitalizar el descontento y la frustración de algunos sectores de la izquierda más tradicional para con el Partido Demócrata en general y con el candidato Al Gore en particular<sup>41</sup>. Esto hizo que los potenciales votantes del Partido Verde provinieran fundamentalmente de lo que podrían haber sido en otro contexto votantes demócratas y, en menor medida quizá, de gente que de otra forma no hubiera votado por ninguno de los dos partidos mayoritarios.

La situación cambió en las dos últimas semanas de la campaña, debido a que algunas de las figuras que se habían acercado a Nader comenzaron a demandarle a éste el retiro de su candidatura, dado que el mencionado peligro de que Nader terminara dando el triunfo a los republicanos ya resultaba evidente para todos. Debe notarse, de todas maneras, que la política norteamericana no conoce antecedentes de acciones políticas como éstas y mucho menos de lo podría fácilmente imaginarse hubiera ocurrido en un contexto con otra cultura política y diseño institucional:<sup>42</sup> una invitación por parte de Al Gore a acordar en algunos de los muchos temas en los que había coincidencias entre Demócratas y Verdes – como la protección del medio ambiente, la reforma del financiamiento de los partidos políticos o la generación de nuevas políticas sociales– y negociar el apoyo a la candidatura del vicepresidente (volveré sobre este punto en el último capítulo).

En lo que hace al Partido de la Reforma, hace falta aclarar que un prominente y radicalizado –hacia la derecha– ex dirigente del Partido Republicano había logrado no sólo cambiarse de partido sino también cooptar la estructura del partido de Ross Perot y convertirse en su candidato a presidente. Este dirigente era Pat Buchanann, y se esperaba que su candidatura restara algunos votos al Partido Republicano. Pero ocurre que como los republicanos habían logrado consolidar sin problemas el apoyo de los sectores conservadores que normalmente forman su

base, las posibilidades de que este drenaje fuera significativo eran inexistentes. El odio a Clinton y a los demócratas luego de 8 años de gobierno —«liberal y pro abortista» como gustaban decir— era demasiado fuerte en la derecha conservadora como para que ésta terminara tirando su voto en un candidato sin ningunas posibilidades; o, peor aún, contribuyendo a una victoria del vicepresidente de esa misma administración.

## Los candidatos

Los candidatos de ambos partidos mayoritarios compartieron durante toda la campaña una característica fundamental: ninguno de los dos logró cautivar al público norteamericano. Ambos candidatos mostraron demasiadas debilidades personales y limitaciones intelectuales como para encender la imaginación de los votantes. En breve, puede decirse que Bush demostró conocer demasiado poco los detalles de las políticas que proponía como para poder comunicarlas con claridad y que Gore demostró carecer por completo de las capacidades comunicativas que le permitirían hacer de sus propuestas, conocidas por él con meticulosidad, un programa capaz de seducir a los norteamericanos. Pero más allá de esta ostensible incapacidad para presentar una candidatura completa y cautivante, los candidatos de ambos partidos no podían ser más distintos. El vicepresidente Al Gore tenía una personalidad detallista y era de apariencia formal y rígida. George Bush, en cambio, se mostraba disperso y vago —en ambos sentidos, de impreciso y perezoso—, pero aparecía como más espontáneo y relajado. El vicepresidente Gore parecía poseer una inteligencia y un conocimiento notables, así como un constante interés por la expansión de su saber a través de la lectura y el acceso a nueva información. El gobernador Bush era su contracara, daba la sensación de no ser demasiado lúcido y de carecer mu-

chas veces del conocimiento necesario –y algún interés por adquirirlo– como para ejercer la presidencia, y prefería descansar en sus colaboradores, haciendo alarde de su capacidad de rodearse de gente capaz. Característica esta última que no era resaltada ni resultaba evidente en el caso de Gore, que irradiaba una apariencia de autosuficiencia que no era demasiado atractiva para los votantes. Estas diferencias resultaban en una ventaja relativa de Bush en esa coyuntura, debido a que algunas figuras del Partido Republicano habían logrado rodearse de cierta aureola de efectividad y, se aseguraba, serían muy influyentes en un posible gobierno de Bush –como, por ejemplo, Dick Cheney, candidato a vicepresidente y ex ministro de Defensa durante la guerra del Golfo, o el ex adversario de Bush y perdedor de las elecciones primarias del partido, John McCain–, dando así la «tranquilidad» de que si a Bush la cosa se le ponía complicada siempre habría gente experimentada a su alrededor para acudir en su rescate.<sup>43</sup>

La forma en que Al Gore llegó a la candidatura es ciertamente interesante. Hijo de un afamado senador demócrata de Tennessee, Al Gore había rechazado la carrera política desde muy pequeño. Si bien la familia siempre había depositado grandes expectativas en su futuro político, él prefirió dedicarse al periodismo, y dicen que durante ese tiempo afirmaba no tener planes de dedicarse a la política. Por esos años transcurría la guerra de Vietnam, guerra a la que su padre y él se opusieron militantemente. En ese momento (1970), el senador Gore padre enfrentaba el riesgo de perder su reelección en manos de un candidato republicano muy fuerte, y ésa parece haber sido la razón fundamental que motivara a Al Gore hijo a «dar el ejemplo» y, a pesar de estar en contra de la guerra, enrolarse como voluntario para, según dice, evitar que alguien más tuviese que ir en su lugar, y de ese modo no debilitar la candidatura de su padre, que era atacado por derecha por el candidato republicano. Así fue

como terminó siendo periodista del ejército en Vietnam durante unos seis meses, lo que de todas formas no alcanzó para evitar la derrota electoral de su padre. Luego estudió abogacía y más tarde, sorprendentemente, decidió aceptar de manera abrupta la sugerencia de presentarse como candidato a ocupar un cargo que dejaría vacante un diputado demócrata. Allí comienza su carrera política, que saltaría a la escena nacional en 1988, cuando decide presentarse como candidato a presidente en las elecciones primarias del Partido Demócrata, convirtiéndose así en el candidato a presidente más joven de la historia de los Estados Unidos. Tenía en ese entonces 39 años. La candidatura fue un fracaso y perdió en las elecciones primarias de forma contundente. La frustración lo llevó a rechazar la política por segunda vez —ésta parece ser una característica de su personalidad, que lo lleva a aferrarse a la tradición familiar de la carrera política pero que termina enfrentándolo a ella, fundamentalmente debido a su falta de vocación por la palabra y la exposición pública<sup>44</sup> y decidió dedicarse a escribir un libro de lo que hasta ese entonces había sido su tema fundamental en el congreso: la protección del medio ambiente. El libro tuvo cierto impacto en la clase política y, paradójicamente, ése será luego uno de los motivos que, indirectamente, incidiría en su reaparición en la escena nacional.

Hacia 1992, cuando Bill Clinton ya había ganado las elecciones primarias para presidente y tenía que decidir a quién propondría como candidato a vice, ocurrió algo inusual. En los Estados Unidos, normalmente los candidatos a vicepresidente se escogen con el objetivo de contrabalancear la fórmula, casi siempre de modo geográfico, pero también para completar atributos de los que el candidato a presidente carece: experiencia, agresividad, línea política u otras cualidades de ese tipo. Esta vez Clinton decidió seguir una estrategia distinta y escoger un candidato a vice que tuviera básicamente sus mismas

características y que reforzara la fórmula consolidando sus cualidades, un joven moderado de un estado del sur. No se conocían demasiado, pero Clinton acababa de terminar de leer el libro de Gore y decidió proponerle la candidatura a la vicepresidencia. Más tarde, en noviembre de ese año, la fórmula Clinton-Gore finalmente derrotaría a la fórmula Bush (padre)-Quayle. La presidencia Clinton tendría luego varios altos y bajos, y enfrentó muchos conflictos de distinta naturaleza. Los hitos fundamentales fueron el fracaso en el Congreso de la reforma del sistema de salud impulsada por Hillary Clinton en 1993 –junto con los menos impactantes éxitos, pero que serían luego más influyentes en el largo plazo, del lanzamiento de su plan económico, la reforma del estado de bienestar y la firma del acuerdo de libre comercio con México y Canadá llamado NAFTA–; la arrasadora victoria republicana en las elecciones legislativas de 1994 y el comienzo de las investigaciones del caso «Whitewater»; el cierre administrativo temporario del Gobierno debido a un recorte presupuestario impulsado por ese mismo Congreso republicano en 1995; y, debido en gran parte a ese acontecimiento, la amplia victoria de Clinton sobre Dole en las elecciones presidenciales de 1996. Poco tiempo después, en enero de 1998 comenzaría el caso Lewinski y la agresiva arremetida del Partido Republicano y la derecha cultural en contra de Clinton, cuyas derivaciones fundamentales fueron la derrota de los republicanos en las elecciones legislativas de noviembre y el inicio del juicio político al presidente iniciado en diciembre en la Cámara de Diputados y concluido en febrero de 1999 con la absolución por parte del Senado. 1999 también vio la intervención de las fuerzas norteamericanas para detener la «limpieza étnica» de los albanos de Kosovo por parte del ejército serbio y el comienzo de la preparación para las elecciones primarias de ambos partidos. Allí es cuando Al Gore define lo que a esta altura ya resulta una rutina en la política norteameri-

cana: que el vicepresidente en ejercicio, luego de la reelección del presidente, se presente como candidato a reemplazarlo.

La participación de Gore en el gobierno de Clinton tuvo algunas características sobresalientes. En primer lugar, puede decirse que Al Gore había sido, hasta ese momento, el vicepresidente con más responsabilidades de la historia de Estados Unidos –lo que, por supuesto, luego Cheney llegaría a superar. En particular, temas como el medio ambiente y las innovaciones en el área de la informática fueron sus áreas más fuertes. En segundo lugar, y de modo más general, la presencia de Gore en el Gobierno se manifestó por su carácter de principal asesor del presidente, estando presente en casi todas las circunstancias en las que fueron tomadas medidas de importancia. En este contexto, ganar las primarias fue fácil para Al Gore –ganó todos los estados–, aunque en un primer momento la buena performance de Bill Bradley en los estados más madrugadores pareció amenazadora. La razón fundamental de su victoria nunca fue la fuerza de su candidatura misma sino la ascendencia que Clinton tenía en el partido, tan alta que resulta sumamente inusual para los Estados Unidos, país sin una tradición demasiado personalista y en el que los presidentes salientes no siguen conduciendo sus partidos ni definiendo con su presencia los pasos futuros de éste.

La carrera política de Bush era mucho menos larga que la de Gore. Las distintas narraciones de la biografía de Bush indican que nunca fue el estudiante brillante que fuera Gore y que no se dedicó a definir una carrera demasiado clara hasta entrados sus años cuarenta. Bush recuerda sus 20s y 30s como los años «nómades» y la historia dice que su consumo de alcohol llegó a tener características adictivas. Luego, siguiendo los pasos de su padre, intentó tener éxito en la industria petrolera de Texas, pero la suerte no estuvo de su lado. Finalmente, adquirió un club de baseball de Texas y, convenciendo a la

municipalidad de su ciudad, logró el financiamiento público de un nuevo estadio para su equipo. Más tarde vendió el club, amasando una fortuna de 15 millones de dólares en la operación. Éste es recordado como el mayor éxito de su carrera empresarial y el antecedente inmediato de su decisión de competir por la gobernación de Texas.

Bush ganó las elecciones a la gobernación derrotando al candidato demócrata y luego de cuatro años fue reelecto en el cargo. Como es obvio, la evaluación de su gobernación depende de la perspectiva política, pero algunas conclusiones parecen trascender dicho conflicto. Objetivamente, Bush logró modificar la actitud de los votantes de la minoría hispana hacia el Partido Republicano de Texas. Levemente en las primeras elecciones y notoriamente en las segundas, Bush parece haber roto una barrera en la tradición demográfica de la política norteamericana. Otro de los datos frecuentemente mencionados es la notoria recurrencia con la que Texas califica último o anteúltimo en cuanto a la proporción de la población con acceso a cobertura de salud o la calidad del medio ambiente. Una de las variables de su gobierno de la que Bush estaba orgulloso era la educación, pero éste resultaba también un aspecto conflictivo. Bush proponía en la campaña hacer en la nación lo que había implementado en su provincia: un sistema de «vouchers» que estimulaba el retiro de alumnos de escuelas públicas con malos resultados<sup>45</sup> y su envío a escuelas privadas. Este sistema retira recursos de la educación pública y lo deriva a la privada y es rechazado fuertemente por los demócratas y reivindicado por los republicanos.

En ese contexto, Bush tuvo más problemas que Gore en sus primarias. Inesperadamente –porque hacía tiempo que se lo consideraba el candidato seguro del Partido Republicano– fue derrotado en la primaria desarrollada en el primer estado (New Hampshire) y luego en un par de otros estados, pero finalmente terminó imponiéndose con comodidad en las elecciones. La otra novedad de

estas primarias fue el tema privilegiado por su contrincante: la reforma del sistema de financiamiento de los partidos políticos. El tema fue impulsado con tanta efectividad –en parte gracias a que está sumamente instalado como problema para muchos analistas de la política en Estados Unidos– que resultó luego una de las banderas del partido adversario, los demócratas, que eran quienes en ese momento habían sido más frecuentemente acusados de abusar de algunas de las características del sistema.

## Los temas centrales de la campaña

Como ya anticipé al comienzo de este capítulo, el qué hacer con el superávit proyectado se convirtió en el eje articulador de la campaña. Muchos analistas políticos y económicos auguraban que el superávit que se esperaba desarrollar durante los próximos diez años –calculado por una comisión bipartidaria del Congreso– era excesivamente optimista y dependía de la repetición de condiciones favorables internas y externas como las que Estados Unidos experimentó en la década del 90. Esta actitud de cautela no se reflejó, sin embargo, en los discursos de campaña, que prefirieron asumir el superávit proyectado como si fuera dinero en mano y se dedicaron a proponer modelos alternativos para su uso. Esta situación contribuyó a la elaboración de propuestas de campaña que resultaban ser algo así como los tipos ideales de lo que suelen ser las posturas políticas de ambos partidos: los republicanos proponían un recorte de impuestos del que se benefician «proporcionalmente» por igual tanto los sectores más favorecidos como las clases medias,<sup>46</sup> mientras que los demócratas proponían fortalecer y extender las políticas sociales y la educación pública.

Medicare es el sistema de salud pública de Estados Unidos. Lo usan casi exclusivamente los sectores más

pobres, pero es financiado con impuestos directos pagados por sectores medios y altos. En Estados Unidos no hay un sistema de hospitales públicos como en la Argentina, por lo que estar cubierto con algún seguro de salud, ya sea público o privado, es casi imprescindible. Las propuestas con respecto a Medicare de ambos candidatos no se diferenciaban mucho, puesto que ambos decían asegurar su continuidad. La diferencia fundamental era que Bush quería extender la cobertura de medicamentos a través de seguros de salud privados mientras que Gore prefería la extensión del seguro público y la creación de una carta de derechos del paciente para reducir la arbitrariedad con la que las compañías privadas de seguros de salud intervienen en las decisiones de doctores y pacientes.

El sistema de jubilación de Estados Unidos es, como siempre se esperó que fuera en todos los países en los que fue introducido, autofinanciado, constituyéndose en una especie de contrato entre generaciones en el que la generación activa financia el retiro de la generación pasiva. Pero como en casi todos lados, el sistema, que por ahora puede financiarse, tarde o temprano amenaza con llegar a la quiebra. Esto ocurriría en Estados Unidos en aproximadamente quince años. El diagnóstico era común, pero la diferencia en las propuestas de ambos candidatos no podía ser más clara. Por el lado de Gore, se planteaba la necesidad de no sólo convertir a los recursos del sistema de jubilación en una «caja herméticamente cerrada», sino también la posibilidad de alargar su vida futura mediante la constante reducción de la deuda pública – gracias al superávit, Estados Unidos viene reduciendo su deuda de una forma persistente en los últimos años– y de ese modo reducir los intereses de la deuda, generando mayores ingresos en las arcas públicas. Bush, en cambio, proponía medidas por muchos consideradas sencillamente inviábiles. Su propuesta parecía ignorar por completo la proyección de un quiebre futuro del sistema y la

agravaba, como finalmente ocurrió en la Argentina, mediante la promesa a los trabajadores jóvenes de «privatizar» en parte al sistema, permitiéndoles invertir el 20% de sus pagos de jubilación en la bolsa, «asegurándoles» así mayores beneficios futuros. Esto reduciría los ingresos del sistema durante los próximos años en 1 billón de dólares, pero Bush aseguraba que se honrarían los compromisos asumidos con las generaciones mayores, sólo que no decía de dónde se sacaría la plata para hacerlo; los críticos aseguraban que esto será posible sólo mediante el endeudamiento público, lo que modificaría la tendencia de los últimos años de reducir la deuda pública, o la baja de las jubilaciones.

La educación también fue uno de los temas de campaña debido a dos motivos. Por un lado, dado que las propuestas de Bush en la mayoría de los temas de campaña solían verse en minoría en las encuestas de opinión pública,<sup>47</sup> su campaña asumió que educación podría ser la excepción, porque él consideraba que el área había sido una de las más fuertes de su gobernación. Su consigna electoral con respecto al tema era «no dejar ningún niño atrás» y para eso proponía que en los casos de escuelas públicas con malos puntajes en las evaluaciones nacionales o estatales, las escuelas fueran cerradas y se le diera a los padres unos «vouchers» (dinero en mano) para ayudarles a pagar la educación de sus hijos en las escuelas privadas que ellos prefirieran. Aplicado en Texas, el gobernador insiste en que el programa fue un éxito, pero un informe académico publicado pocos días antes de las elecciones afirmaba que los resultados estaban lejos de confirmar su optimismo. La crítica de Gore al programa sostenía que el sistema desfinanciaría la educación pública y, peor aún, ni siquiera lograría ayudar realmente a los niños pobres a recibir una educación digna en escuelas privadas. Hay que notar aquí que las escuelas públicas enseñan al 90% de los alumnos de los Estados Unidos. La segunda razón por la cual el tema de

la educación fue central era la percepción relativamente general de que la educación pública está en crisis, que los niños norteamericanos reciben una enseñanza inferior a la de cualquier país comparable de Occidente, que sus aulas están superpobladas y que los maestros están subcapacitados y subpagos. La propuesta de Bush tenía su atractivo porque aparecía como una alternativa a este diagnóstico, pero estaba lejos de convencer a una mayoría de los votantes acerca de su viabilidad. Las propuestas de Gore en el área eran, por el contrario, más convencionales y «estadísticas», sostenían que la educación pública era la única garantía de «no dejar a ningún niño atrás», sólo que evidentemente requería de mayor financiamiento y de un notable aumento de la contratación y capacitación de maestros y la construcción de nuevas aulas, para así reducir el número de alumnos por clase y mejorar la relación docente-alumno.<sup>48</sup>

Es evidente para todos en los Estados Unidos que el fortalecimiento de las fuerzas armadas, tanto en cuanto al aumento de su presupuesto como por su lugar simbólico en el discurso público, es un tema de patrimonio republicano. En la Convención Nacional del Partido Republicano se llegó a mencionar que, luego de 8 años de gobierno demócrata, dos de los regimientos del ejército estaban tan faltos de presupuesto y entrenamiento de combate que no se encontraban listos para combatir si esto era requerido. Esta afirmación fue refutada por Gore y Clinton, afirmando que no sólo era incorrecta sino irresponsable, dado que hacía imaginar a sus enemigos la posibilidad de vulnerar a los Estados Unidos en su poderío militar. La respuesta demócrata pasó de allí a simplemente afirmar, casi como en piloto automático, que los Estados Unidos tenían el poderío militar más grande de la historia de la humanidad –lo que es una obviedad para todos– sin por ello poder negar que durante la administración Clinton el presupuesto militar, y sobre todo la presencia simbólica de los militares en el discurso público, fue claramente

inferior a lo que suele ser en un gobierno republicano. Esta respuesta de la campaña de Gore, como muchas de aquellas que, como mostraré en el capítulo siguiente, manifestaron un terror constante de los demócratas a intervenir en algún debate que pudiera restarle cualquier tipo de voto, incluso aquellos que de todas formas no conseguirían,<sup>49</sup> compromete un debate sumamente interesante: el de la razonabilidad o no de seguir invirtiendo sumas siderales de dinero en una fuerza militar que está increíblemente lejos de ser seriamente amenazada por nadie. Además, este autismo en una respuesta que ignora aquello de lo que se lo critica en vez de argumentarlo, exasperaba aún más a los militares, los republicanos y los conservadores en general, consolidando una tendencia de las últimas décadas que llamó la atención de varios analistas durante esta campaña: que los republicanos están hegemonizando el espíritu militar, y la tendencia de voto en las fuerzas armadas, de una forma que no era habitual en la tradición de ese país.

Lo que salvó parcialmente a la campaña de Gore en este terreno fue, sin embargo, la notoria falta de preparación de Bush en temas de política exterior. Sumado a su persistente incapacidad para pronunciar adecuadamente el nombre de casi ningún dirigente extranjero, estaba la ignorancia con respecto a la fragilidad de ciertos procesos de paz y otros conflictos internacionales en los que el gobierno de Clinton se había involucrado. El contraste de los planteos demócrata y republicano puede verse expuesto en los dos modelos de conflicto reciente: la Guerra del Golfo, llevada a cabo por el padre del gobernador Bush para liberar un pequeño reino petrolero ocupado por Irak, lo que ponía en riesgo el suministro y los precios del petróleo en Estados Unidos; y la intervención en Kosovo, llevada a cabo por Clinton para detener la limpieza étnica de los albanos a manos de las tropas serbias. En pocas líneas, las diferencias fundamentales expresadas en la campaña entre las posiciones de ambos

candidatos marcaban una tendencia a lo que en Estados Unidos se llama «aislacionismo» internacional y fortalecimiento militar por parte de Bush, y una tendencia a la presencia activa de Estados Unidos en la comunidad internacional, básicamente en lo concerniente a procesos de paz y violaciones a los derechos humanos, por el lado demócrata.<sup>50</sup>

Si bien el candidato republicano era quien asumía la iniciativa al plantear la posibilidad de una reducción drástica de impuestos, ambos candidatos tenían propuestas en este sentido. La propuesta de Bush residía en usar algo así como un tercio del superávit proyectado en un amplio recorte de impuestos. El recorte sería de 1,3 billones de dólares, pero su efecto real sobre el superávit sería de 1,6 billones, dado que reducir los ingresos incide en la proyección no sólo como recorte del total sino en el propio cálculo de la proyección, que obviamente está hecho sobre la base de la estructura impositiva vigente durante el gobierno de Clinton. El tipo de recorte propuesto era sobre los impuestos directos federales y, si bien contemplaba una reducción porcentual superior para los ingresos más bajos, el beneficio mayor sería fuertemente absorbido por el cuarto superior de la sociedad norteamericana. La filosofía en la que se inspiraba el recorte era clásicamente neoliberal –en el sentido de las políticas reaganianas y thacheristas de los 80– e incluso filosóficamente *libertarian*, y cabalgaba sobre la consigna de que el dinero de los impuestos no es del gobierno sino de «la gente» y que dado que el Estado estaba generando superávits, el beneficio de ello debía también volver a las manos de los contribuyentes. La propuesta de reducción de impuestos de Gore estaba inspirada en un modelo mucho más progresista y partía de la base de que la propuesta de Bush era altamente irresponsable y tendría como resultado más importante la reducción del crecimiento económico y la amenaza a la prosperidad alcanzada durante los últimos ocho años. De todas formas,

Gore también proponía una reducción de impuestos, sólo que mucho más reducida y fundamentalmente focalizada en los sectores medios. La reducción propuesta era de unos 500.000 millones de dólares –la tercera parte de la de Bush– y se utilizaría para fomentar distintas características de consumo y producción o para beneficiar distintos tipos de ingresos de los sectores medios.<sup>51</sup> En realidad, la idea de recortes propuestos por Gore era más que interesante y ayudaba a generar estímulos en distintas direcciones de la economía, fundamentalmente con recortes de impuestos para la educación o, por ejemplo, para aquellos que investigaran, produjeran o consumieran bienes que contribuyeran a mejorar las condiciones del medio ambiente.<sup>52</sup> El modo en que Gore solía presentar su crítica a la propuesta de Bush solía insistir en el hecho de que el uno por ciento superior de la pirámide social norteamericana recibirá más dinero gracias al recorte de impuestos del Partido Republicano que lo que Bush mismo dedicaría a salud, educación y seguridad juntos.

Los debates entre los candidatos no fueron solamente un contexto en el que las cosas salieron, una vez más, de un modo distinto al que lo habían imaginado los asesores de campaña, sino también un tema en sí mismo, precisamente debido a lo que los asesores imaginaban que allí ocurriría. En los debates, Bush se mostró como menos limitado intelectualmente e inexperto de lo que todos imaginaban, razón por la cual se vio favorecido por ellos. Gore, en cambio, quien todos esperaban que despedazara a Bush –o que al menos marcara notables diferencias de preparación con respecto a él– defraudó en sus expectativas y se mostró, una vez más, incapaz de conectarse con el público y de comunicar adecuadamente sus ideas, razón por la cual salió debilitado de los debates. Mostró «saber» mucho más que su adversario, pero no logró cautivar a la audiencia y volvió a confirmar una personalidad que tendía a generar rechazo, sobre todo por lo hipercalculado de cada palabra o slogan que repetía. Pero,

como ya sugerí, los debates fueron también un tema de campaña en sí mismo. Hacia fines de agosto y principios de septiembre, finalmente se supo que el equipo de campaña de Bush rechazaba la propuesta de tres debates en tiempo central –9 de la noche– y transmitido por las tres cadenas de televisión más importantes del país. La propuesta era el resultado del trabajo de una comisión formada por gente del Partido Republicano y el Partido Demócrata, y había llevado muchos meses de negociaciones con los canales televisivos para así asegurar la mayor cobertura posible. Bush rechazaba la propuesta –que Gore había aceptado inmediatamente– porque, por un lado, decía que no le gustaba el formato de los debates tradicionales y prefería conversaciones más informales con un periodista como moderador. Por otro lado, Bush rechazaba los debates propuestos porque uno de ellos se haría en los predios de una universidad de Boston en la que está instalada la Biblioteca J. F. Kennedy, que había sido un presidente demócrata. El rechazo era considerado superficial e injustificado, dado que los formatos de cada uno de los tres debates aún no habían sido decididos, y lo de la biblioteca no merecía siquiera consideración. Conclusión: la sensación de que Bush temía debatir con Gore no hacía más que crecer<sup>53</sup> e hizo que estos daños terminaran pareciendo a la campaña de Bush superiores a los que deberían enfrentar por los debates mismos, por lo que terminaron aceptando la propuesta de la comisión de debates.

El otro aspecto que hizo de los debates un tema de campaña fue la negativa a dejar participar de los mismos a candidatos de terceros partidos, sobre todo a los mencionados Nader y Buchanann. El reglamento de la comisión, generado hace más de diez años, indicaba que debía invitarse a participar en los debates a todos aquellos candidatos que registraran en las principales encuestas una intención de voto superior al 15%. Ninguno de ambos candidatos llegaba a ese piso, pero dado que la

comisión estaba formada sólo por los dos partidos mayoritarios el reglamento carecía de suficiente imparcialidad como para no ser cuestionado. Ambos candidatos mencionados lo hicieron, pero el caso de Nader fue el que más llamó la atención, no sólo debido a que era el que estaba tercero en todas las encuestas –con alrededor de un 5% de intención de voto– sino porque sus seguidores, mayoritariamente jóvenes universitarios, no dejaron de hacer sentir su voz.

El medio ambiente no fue un tema central de campaña, pero sí fue mencionado en varias oportunidades por el candidato demócrata, que tiene una larga trayectoria en el área. En las últimas semanas de campaña esto se vio fortalecido, en primer lugar, por la crisis que generó un fuerte incremento internacional del precio del petróleo. Y, en segundo lugar, por la necesidad, sólo tardíamente asumida por la campaña de Gore, de que éste debía restarle votos al candidato del Partido Verde para evitar perder algunos estados clave y, por consiguiente, las elecciones, como finalmente ocurriría en Florida. Con respecto a la crisis desatada por la suba del precio del petróleo, el tema del medio ambiente se ubicó en el centro de la escena gracias a que Bush, el candidato «de los grandes petroleros de Texas», no tuvo mejor idea que proponer explotar los yacimientos que se sabe hay debajo de la reserva ecológica más grande del país, ubicada en Alaska, el llamado «Refugio Polar de Vida Salvaje». El potencial del mencionado yacimiento no contendría más que el petróleo que Estados Unidos consume en seis meses, por lo que fue relativamente sencillo para Gore presentar la propuesta de Bush como irresponsable e incapaz de balancear el escaso beneficio obtenible si se lo comparaba en el daño ecológico que eso generaría, además de que se la veía como una propuesta atada a los intereses de las grandes compañías petroleras.<sup>54</sup> Por otra parte, Gore presentó sus propuestas de políticas de recorte impositivo orientadas a la investigación y producción

de formas alternativas de energía como un modo más inteligente de enfrentar la crisis del aumento del precio de la energía por el lado de la demanda, en vez de pensar obsesivamente en cómo aumentar la oferta de petróleo.

El otro acontecimiento relacionado con el aumento de los precios del petróleo fue el de la liberación por parte de Clinton (a pedido de Gore), de parte de las reservas federales de petróleo, para así impedir una escalada de precios que perjudicaría su candidatura. La medida tuvo éxito, dado que contuvo los precios y a los pocos días desplazó el tema a un segundo plano, pero fue presentada por Bush como electoralista e irresponsable, dado que despilfarraba reservas generadas para crisis de una envergadura muy superior. Finalmente, el tema del medio ambiente fue reactivado en los últimos días de campaña debido a la potencial pérdida de votos demócratas a manos del Partido Verde. El tema reapareció en los discursos diarios de Gore, pero sobre todo lo hizo debido a que se involucraron mucho más de lleno en la campaña las organizaciones ecologistas que apoyaban al Partido Demócrata y estaban presionando a Nader para que bajara su candidatura y no dilapidara su enorme mérito personal a través de lo que para muchos ya aparecía como una actitud sumamente irresponsable por los resultados que podía generar, esto es, hacer posible una victoria republicana.

Como dije más arriba, es muy amplio y no tan nuevo el consenso de los analistas políticos norteamericanos acerca de la necesidad de reducir la incidencia del poder económico en la vida política norteamericana; es claro para todos que los lobbies parlamentarios de los «intereses especiales» que contribuyen en las campañas, sobre todo las parlamentarias, son una de las influencias fundamentales en casi todas las políticas públicas. De todas formas, el impulso fundamental a la necesidad de reformar el financiamiento de las campañas electorales fue dado por el candidato republicano que perdió las prima-

rias a manos de Bush: John McCain. Ése fue su eje de campaña, pero luego de su derrota no fue abrazado como propio por Bush. El que sí decía estar comprometido a apoyar, impulsar y firmar el proyecto de reforma presentado por McCain, en conjunto con el senador demócrata Feingold, fue Al Gore, quién solía insistir en que ésa sería una de las prioridades de su gobierno. El proyecto de McCain y Feingold proponía<sup>55</sup> la prohibición del llamado «dinero blando», noción que surgió como contracara del llamado «dinero duro». El dinero duro es el sistema de financiamiento privado de las campañas de los candidatos, que se limitaba en ese entonces a contribuciones de 1.000 dólares por individuo y que puede ser utilizado explícitamente durante las elecciones. El dinero blando eran las contribuciones sin tope máximo que los individuos podían hacer a los partidos, pero que éstos estaban autorizados a usar solamente para la construcción de las estructuras partidarias. La realidad es que el dinero terminaba yendo a las campañas de los candidatos mediante publicidades indirectas u otras modalidades, inflando de esta manera el gasto de los procesos electorales y la influencia del dinero en la generación de políticas públicas. La ley propuesta y luego aprobada prohibiría por completo ese tipo de financiamiento y reforzaría el principio de que sólo los individuos pueden contribuir al financiamiento de la política, nunca las compañías u otras personas jurídicas.

Otro tema de campaña fue la Corte Suprema de Justicia. Se calcula que el nuevo presidente de los Estados Unidos tendrá la posibilidad de elegir de dos a tres miembros de la Corte, dado que podrían producirse retiros durante los próximos cuatro años. La Corte Suprema de Justicia es de una importancia estratégica enorme en muchísimos temas –como luego se demostraría inesperadamente durante los acontecimientos de Florida– pero el que se ha instalado como latente es el de la legalidad del aborto. Otros temas fueron la protección del

medio ambiente –que requiere intervenciones de políticas públicas en contra de iniciativas individuales o parlamentarias que muchas veces terminan siendo interpretada como anticonstitucionales–, la cuestión de la acción afirmativa, el tema de los derechos de los pacientes, la constitucionalidad de la legalización de la marihuana para uso médico o libre, o la continuación de una medida de lucha contra los crímenes inspirados en odios raciales, de género o religiosos que el presidente Clinton impulsaba hacia el fin de su mandato. La importancia del perfil de miembros de la Corte que el nuevo presidente propusiese era, entonces, altísima, y nadie dudaba –bueno, salvo Ralph Nader– que aquellos que saldrían de una administración demócrata o republicana tendrían posiciones muy distintas en cada uno de los temas mencionados. El asunto que apareció con más insistencia en relación con la Corte fue el del derecho al aborto, sobre todo porque es muy claro que la agenda republicana se propone su eliminación. Este quizá sea uno de los antagonismos más claros entre ambos partidos, pero también es aquel que más expresa una diferencia entre las tendencias de voto femenino y masculino. Muchas mujeres definen enteramente su voto en relación con lo que en Estados Unidos se plantea en términos de su derecho al propio cuerpo, sólo garantizado por los demócratas y claramente discutido por los republicanos. La hipótesis concreta era entonces que una Corte Suprema modificada por designaciones demócratas confirmaría el derecho al aborto y que una modificada por designaciones republicanas tendería a su anulación.

La composición de las cámaras de diputados y senadores no fue un tema de la campaña presidencial, pero se convirtió en una sombra omnipresente debido a las distintas combinaciones de poderes legislativo y ejecutivo que podrían resultar de la contienda. Los republicanos dominaban ambas cámaras desde 1994 –ésta es la razón por la cual muchos *liberals* que apoyaban a Clinton decían

que su principal obra no fue lo que hizo con sus políticas sino el ejercicio que pudo hacer de su poder de veto para impedir el avance conservador del Congreso republicano-, pero lo hacían con números tan ajustados que cualquier cosa podía ocurrir. Si ganaba Bush, lo más probable era que por primera vez en muchos años se diera la coexistencia de poderes legislativo, ejecutivo –y judicial– del mismo partido. Si ganaba Gore, había alguna posibilidad de que también el Partido Demócrata recuperara alguna de las cámaras. Éstas serían las tendencias más probables, pero incluso podían darse otras combinaciones. De todas formas, las elecciones legislativas del año 2000 se relacionaron con la campaña presidencial de modo indirecto, particularmente debido a la estrategia de campaña de los candidatos a presidente.

Por el lado del Partido Republicano, la enorme propuesta de recorte de impuestos de Bush no había sido acogida con gran entusiasmo por muchos de los candidatos a senadores o a diputados, sobre todo debido a que en muchos distritos no era vista por los votantes como una gran prioridad. En elecciones como las de senador por Nueva York, en las que se presentaban los candidatos Rick Lazio por el Partido Republicano e Hillary Clinton por el Partido Demócrata, el candidato republicano hizo todo lo posible por no aparecer nunca en público con el candidato a presidente de su propio partido. El motivo aquí no fue sólo el de los recortes de impuestos –que el candidato apoyaba pero no lo convirtió nunca en un eje de su campaña– sino la baja popularidad de Bush en el distrito, donde las encuestas ya anticipaban lo que luego ocurriría, esto es, que las elecciones resultarían en una victoria de Gore por casi 30 puntos de diferencia. Otros candidatos a puestos legislativos del Partido Republicano tuvieron complicaciones similares, sólo que casi nunca fueron manifestadas como un intento por despegarse del candidato a presidente sino mediante la puesta en un segundo plano de las propuestas menos populares en sus distritos.

Por el lado de los demócratas, el tema volvió a girar alrededor de la figura del presidente Clinton. Como ya mencioné en un par de oportunidades, la campaña de Al Gore estaba en gran parte inspirada en la premisa de que este último debía despegarse lo más posible del presidente, premisa que muchos analistas recién cuestionaron al final de la campaña y que para otros fue desde el comienzo el principal error de su estrategia. Este diagnóstico llevó al enfrentamiento velado entre Gore y muchos candidatos a legisladores, sobre todo en aquellos estados en los que las elecciones a presidente eran muy peleadas. En los estados en los que Gore o Bush estaban muy arriba en las encuestas, Gore no tenía grandes problemas en aceptar que los candidatos a legisladores invitaran a Clinton a sus distritos para mejorar sus posibilidades electorales, cuestión que nadie dudó en hacer en las elecciones legislativas; Clinton seguía siendo no sólo la figura más convocante entre los votantes tradicionales del Partido Demócrata, sino el político con más posibilidades de aumentar la asistencia a votar en las minorías, sobre todo los afroamericanos, y los votantes progresistas independientes. Pero el problema surgía en los estados peleados, donde la campaña de Al Gore insistía en impedir las visitas del presidente, mientras que los candidatos a legisladores de esos mismos distritos no dejaban de invitarlo. Dado que Clinton mantuvo un perfil bajo y durante toda la campaña otorgó la última palabra a la campaña de Gore, las potenciales visitas nunca llegaron a materializarse. Clinton siguió siendo durante todo el período de la campaña la figura política que más entusiasmo u odio generaba en los Estados Unidos, contribuyendo a la intensificación del conflicto político con cada una de sus intervenciones de una forma tan evidente que la tendencia general de evitar todo riesgo –la práctica kitsch–, predominante en la campaña a presidente del Partido Demócrata, no sabía cómo procesarlo. Pero ocurre que en muchos distritos el entusiasmo de los votantes

demócratas y de las minorías era tan importante para poder ganar –hay que recordar que el voto en Estados Unidos es optativo, por lo que el porcentaje de asistencia el día de los comicios es una variable de suma importancia– que los candidatos a legisladores no dudaban en tratar de incorporar la figura del presidente como única forma de despertar algún entusiasmo por parte de los potenciales votantes.

## Las etapas de la campaña

En retrospectiva, puede decirse que las semanas de mayor visibilidad pública de Bush motivada por la dificultad que encontró en las primarias republicanas en realidad lo terminaron beneficiando. La forma en la que Gore desapareció de la escena mediática desde su paulatina consolidación como triunfador de la primaria demócrata a mediados de la primavera (abril-mayo) hizo que Bush fuera lentamente creciendo en las encuestas a un ritmo sostenido, hasta llegar a su pico en los días de la Convención del Partido Republicano de fines de julio, momento en el que fue nominado formalmente como el candidato de su partido. La diferencia en las encuestas hacia esa fecha superaba los diez puntos, y las especulaciones empezaban a considerar que podría darse un escenario de relativa frecuencia en las elecciones presidenciales: aquel que sale fortalecido de las convenciones se despega en las encuestas y termina ganando cómodamente las elecciones. Pero ocurrió que pocos días después de la Convención Republicana tuvo lugar la Convención Demócrata, en la que Gore fue proclamado candidato de su partido. Además, el *timing* utilizado por éste para hacer conocer su candidato a vicepresidente –algo que suele suceder unos días antes de las respectivas convenciones– no pudo ser mejor. Sólo días después de terminada la Convención Republicana, Al Gore anunció que su com-

pañero de fórmula sería Joe Liberman, un senador demócrata por Connecticut de origen judío y de intensa práctica religiosa. Como dije más arriba, Joe Liberman es un moderado de su partido, y poseía la característica fundamental de poseer una moral privada intachable y de haber sido el primero y uno de los pocos que se había atrevido a condenar públicamente a Clinton por el *affaire* con Monica Lewinski. La situación fue relevante por dos motivos. En primer lugar, porque reducía a un mínimo la cobertura periodística posterior a la Convención Republicana y, en segundo lugar, porque limitaba notablemente uno de los argumentos de campaña que los republicanos habían perfilado como fundamental en su convención: la crítica a la «moral» de la administración Clinton-Gore.

La Convención Demócrata fue un éxito notable. Los objetivos logrados fueron básicamente dos: la consolidación de la base partidaria mediante la concentración, en los primeros dos de los cuatro días que duran las convenciones, de la aparición del presidente Clinton, que pronunció un poderoso discurso en la primera noche, y del desfile de discursos de los miembros más progresistas del partido en la segunda: Jesse Jackson, Robert Kennedy y Bill Bradley. Los días tercero y cuarto tuvieron como estrellas a Joe Liberman y a Al Gore respectivamente, y ambos sirvieron para fortalecer las candidaturas. En el caso de Liberman, porque éste respondió las críticas de sectores progresistas a su excesivo perfil moderado. Pero lo más relevante fue sin duda el discurso final de Al Gore, discurso en el que éste se presentó como un campeón de los menos favorecidos y un luchador en contra de los intereses de las grandes compañías petroleras y farmacéuticas, descritas como aquellas que definen la agenda republicana, poniendo en riesgo el interés general en favor de intereses especiales en áreas tan relevantes como el medio ambiente y la salud. Gore salió entonces tan bien parado de la Convención que al poco tiempo logró esfumar la diferencia que lo separaba de Bush en las

encuestas, llegando hasta superarlo en muchas de ellas, aunque nunca excediendo demasiado el error estadístico de 4 o 5 puntos. A partir de mediados de agosto y hasta comienzos de octubre, dicha situación pareció estabilizarse, viéndose reforzada además por los constantes problemas mostrados por la campaña de Bush. Estos problemas fueron fundamentalmente dos: el rechazo de Bush a participar en los debates propuestos por la comisión de debates y una serie de pequeños escándalos que rodearon a Bush y su equipo.

Pero la política siempre depara sorpresas. Los debates tan temidos por los republicanos y a los que Bush finalmente aceptó concurrir –al ser ya evidente que el daño que se estaba infligiendo a sí mismo al evitarlos podría llegar a ser definitivo–, finalmente lograron revertir el proceso que estaba instalando a Gore como favorito. Luego de los debates y a menos de dos semanas de las elecciones, ya podía afirmarse que la tendencia seguía cabeza a cabeza y que el resultado final sería sumamente ajustado. Los analistas predecían que las elecciones serían finalmente las más peleadas desde las de 1960, en las que Kennedy venció a Nixon por un estrechísimo margen. La volatilidad de las encuestas indicaba, además, que aunque Bush estaba levemente arriba en las encuestas, en ese momento todavía era muy difícil predecir un ganador. En ese punto, también evidente para muchos que una cosa había caracterizado a la campaña desde el primer momento: la presencia de la ausencia de Bill Clinton. Y se consideraba que ésa podía terminar siendo una de las variables más imprevisibles y relevantes de las últimas dos semanas. Una amplia mayoría de los periodistas, analistas políticos y asesores de campaña de ambos partidos habían considerado desde un primer momento que la cercanía con Clinton sería un talón de Aquiles de Gore. Debido a este motivo, los periodistas no se habían cansado de hablar de la «fatiga Clinton», los analistas políticos y los asesores de campaña de Gore no habían

cesado de pensar cómo iba éste a hacer para poder distanciarse del presidente y, finalmente, los asesores de Bush ideaban formas sutiles y no tan sutiles de referirse a la necesidad de «restaurar el honor y la decencia» a la Casa Blanca. Pero a medida que pasaba el tiempo, se hacía cada vez más difícil sostener dicha hipótesis de trabajo, por razones varias, pero sobre todo por el hecho de que, como describí al principio de este capítulo, los Estados Unidos disfrutaban en ese momento de una bonanza económica sin precedentes, además de que Clinton seguía teniendo todas las chances de terminar su mandato con los mayores niveles de popularidad de un presidente saliente en toda la historia.

Los primeros en dejar de criticar a la administración Clinton fueron los republicanos mismos, salvo en las marginales intervenciones del candidato a vicepresidente Cheney, que solían ser utilizadas más para fortalecer la base conservadora que para ganar votos de indecisos. En segundo lugar, fueron los periodistas y los analistas políticos, entre los que habían empezado a florecer artículos durante los últimos días de la campaña en los que se especulaba con cómo iba a hacer ahora Gore para lograr ser más claramente identificado con los éxitos de la administración Clinton, de la que él fue vice, pero que al luchar tanto por despegarse terminó lográndolo, favoreciendo la paradoja de que en los últimos días hasta los republicanos se daban el lujo de criticarlo por proponer volver a modelos demócratas pre-Clinton y a ser incapaz de proteger la prosperidad del momento. Finalmente, la reversión de la presencia de la ausencia de Clinton empezó a ocurrir en la campaña de Gore misma, que luego de excluir a Clinton por completo trató de usarlo para pelear algunos distritos clave, sobre todo aquellos en los que el voto afroamericano era muy fuerte<sup>56</sup>, pero del que nunca se puede dar por descontado que se presentará significativamente a votar, sobre todo cuando se cuenta con un candidato tan poco convocante como Al Gore. De

todas maneras, esta expectativa pública de que Clinton hiciera una fuerte aparición en los últimos tramos de la campaña nunca llegó a materializarse, sobre todo por la reticencia de Gore a que esto ocurriera.

## **La lógica diaria de la campaña y la cobertura de los medios**

Las campañas presidenciales estadounidenses tienen distintas lógicas en distintos momentos. La lógica de las primarias (enero-mayo) y la lógica de los últimos dos meses de campaña (septiembre-octubre) son bastante parecidas. El tiempo del verano (junio-agosto) es distinto, más concentrado en las convenciones partidarias en las que se lanzan las fórmulas y con acontecimientos de campaña más espaciados. Como en las primarias, durante los dos meses previos a las elecciones el ritmo de actividad de los candidatos y de la cobertura periodística se acelera notoriamente y alcanza una intensidad que implica múltiples apariciones públicas diarias por parte de los candidatos –muchas veces en varios estados y ciudades en un mismo día– y una cobertura periodística que en los principales diarios y programas periodísticos alcanza, y muchas otras supera, el 50% del espacio dedicado a las noticias nacionales. La multiplicación de programas especiales, como los debates entre los candidatos a presidente o los debates entre otros candidatos a cargos en el Congreso, así como los documentales u otras producciones televisivas que pueblan los canales, sobre todo las estaciones públicas y los cables de noticias, hacen que la intensidad de la campaña se haga sentir considerablemente en la comunicación mediática cotidiana. La publicidad televisiva posee una lógica relativamente más simple, pero paralela a la recién descrita. En estas elecciones, estuvo presente pero fue comparativamente escasa durante las primarias, desapareció durante el vera-

no, y pobló considerablemente el espacio televisivo comercial durante el último mes de la campaña.

Hay una importante dimensión de este ritmo de la campaña electoral que es importante resaltar. En consonancia con las características del sistema electoral descripto más arriba, los estados que no se consideraban peleables por parte de alguno de los candidatos adolecieron casi por completo de publicidad electoral o de apariciones públicas de los candidatos. Las elecciones se hicieron sentir a nivel legislativo en todos lados, pero las presidenciales se limitaron a la cobertura periodística de lo que los candidatos hacían a diario en los estados peleados y a la observación de los debates televisivos.

Una nota aparte es aquello en lo que consistieron las apariciones diarias de los candidatos. Éstas se limitaron casi en su totalidad a ser breves actos en pequeñas ciudades y ante grupos de gente reunida por los partidos, grupos que casi siempre son nada más que el universo de votantes ya asociados o movilizados por las estructuras partidarias. Los actos multitudinarios fueron una excepción absoluta. Un acto de Al Gore, en la ciudad universitaria de Madison, Wisconsin, en la que Gore peleaba miles de votos juveniles con el candidato del Partido Verde, los demócratas lograron reunir a más de 30.000 personas, lo que fue el récord de toda la elección. Los otros actos de importancia fueron reuniones de 5.000 a 10.000 personas, generalmente la máxima aspiración de cualquiera de los dos principales candidatos presidenciales. La excepción de los candidatos de partidos menores la representó nuevamente Nader, quien logró organizar actos semejantes, y algunas veces superiores, a los de la mayoría de los dos partidos principales.

Finalmente, es bueno resaltar una particularidad de la relación de los diarios con las campañas políticas. Alrededor de dos o tres semanas antes de las elecciones, luego de haber cubierto con mayor o menor imparcialidad los pormenores de las campañas de los distintos candidatos,

los diarios anuncian en sus páginas editoriales los candidatos a los que ellos apoyan. Lo interesante de esta práctica es que permite a algunos de ellos mantener neutralidad en su cobertura periodística –no todos, por supuesto, los hay insoportablemente tendenciosos– dado que hacia el final de las mismas podrán hacer saber su opinión de modo explícito y argumentado.

## Los *focus groups* y las encuestas

El incremento de la influencia de los *focus groups* y las encuestas de opinión en las campañas electorales durante los últimos años ha sido notable. No cabe duda que esta tendencia, al ser común a todos y cada uno de los principales candidatos, ha dejado de ser una herramienta que permita marcar diferencias importantes entre los mismos, dado que todos operan sobre una fuente de información muy semejante. Lo que sí es necesario pensar es la forma en que las campañas han consolidado su uso para la propia definición de discursos políticos y cómo esto afecta la calidad misma del debate democrático de ideas que debería caracterizar toda coyuntura electoral. La autoproscripción de un tipo de palabra política que no sólo se limite a lo que las encuestas de opinión y los *focus groups* dicen el electorado está preparado para escuchar, sino que también corra el riesgo de abrir espacios en los que nuevos argumentos o políticas puedan ser enunciados, ha caracterizado ambas campañas, pero sobre todo la del candidato demócrata Al Gore. En el próximo capítulo elaboraré detenidamente sobre este punto.

Por el momento, vale la pena mencionar el estado de las mediciones de opinión pública durante la campaña. Como anticipé más arriba, las encuestas favorecieron alternativamente a ambos candidatos. Hacia el fin de las primarias, Al Gore aparecía algo mejor posicionado, pero

lo temprano de la situación mantuvo las mediciones en un segundo plano de importancia. Hacia el momento en que las encuestas empezaron a ocupar un lugar central en la interpretación del estado de la carrera electoral –antes de las convenciones partidarias y hacia mediados del verano, esto es, durante el mes de julio– el gobernador Bush empezó a perfilarse como el favorito, alcanzando diferencias que luego no fueron repetidas por ninguno de los dos candidatos: de un 10 a un 15% de ventaja en los días de la convención en la que fue nominado, durante la última semana de julio. A partir de allí y hasta principios de septiembre las encuestas siguieron el vaivén de las convenciones –es decir, del candidato que estaba disfrutando de mayor cobertura periodística en el momento–, por lo que la convención demócrata, organizada unos días después de la republicana, modificó el tablero, no sólo ayudando a reducir la diferencia que tenía Bush sino eliminándola por completo, pasando Al Gore a la delantera en la mayoría de las mediciones. Esta diferencia se mantuvo hasta el comienzo de los debates, pero raramente superó los cinco puntos, por lo que casi siempre se mantuvo dentro del error estadístico. El último vaivén fue marcado por los tres debates presidenciales del 3, 11 y 17 de octubre, que inesperadamente parecieron favorecer a Bush, quien desde ese entonces se mantuvo en una situación semejante a la previamente disfrutada por Gore, algunos puntos de diferencia en su favor en casi todas las encuestas, pero raramente arriba del error estadístico.

Si hubiera que haber hecho un pronóstico faltando unos pocos días para las elecciones, se hubiera sostenido lo obvio: si no llegaba a producirse algún otro quiebre en esta tendencia, se imaginaba que el candidato George W. Bush se iba a imponer en las elecciones del 7 de noviembre por una diferencia de unos pocos puntos. Pero como las elecciones se definían realmente en el colegio electoral, restaba ver de qué modo se daría esta victoria, porque

bien podía ocurrir que el candidato con más votos en el total nacional no fuera el candidato con más electores, lo que generaría una situación con pocos precedentes y podría llegar a contribuir al necesario debate acerca de uno de los temas más relevantes de la reforma democrática en Estados Unidos: el sistema electoral. Esto fue lo que finalmente ocurrió, sólo que de modo inverso, puesto que las principales conjeturas imaginaban un escenario en el que Bush ganaría las elecciones en cuanto a suma total de votos pero perdería en el Colegio Electoral. Además, todavía estaba por verse qué ocurriría con la tendencia de voto del Partido Verde de Nader, que por el momento parecía poder superar el cinco por ciento, lo que representaba en muchas encuestas un número superior a la diferencia que Bush le llevaba a Gore. Hacia los días finales este número podía llegar a desvanecerse ante la evidencia de que, de mantenerse la situación, el voto a Nader estaba en condiciones de terminar catapultando nuevamente a la Casa Blanca a un hombre del Partido Republicano, algo que muchos votantes del centro hacia la izquierda no querían leer en los diarios del miércoles 8 de noviembre.

## CAPÍTULO 3

### UN EJERCICIO INTERPRETATIVO: EL KITSCH POLÍTICO EN ESTADOS UNIDOS

¿Son todavía relevantes la acción y el discurso políticos? Lo son, en el sentido de que el resultado de los acontecimientos políticos se ve siempre configurado por ellos. ¿Significa esto que la palabra y la acción pública son omnipotentes? De ninguna manera, pero sí significa que son potentes, esto es, que las acciones y discursos políticos, en interacción con otras acciones, discursos, interpretaciones, juicios y decisiones, son capaces de influir en el curso de los acontecimientos. ¿Implica esto, entonces, que las acciones y la palabra política pueden influir sobre el curso de los acontecimientos en la dirección deseada? Relativamente: cuanto más una acción o discurso político son inspirados por una interpretación reflexiva e imaginativa, más probable será que dichas acciones o discursos obtengan un resultado cercano al deseado. ¿Es este proceso tecnológicamente perfectible? No, no lo es, pero sí es políticamente perfectible. En el mundo de los asuntos humanos, las cosas siempre podrían haber sido distintas de lo que fueron, razón por la cual resulta fundamental recordar la forma en la que tanto nosotros como otros observadores interpretamos e interpretaron el mundo de lo posible durante la campaña presidencial del 2000 y el conflicto en Florida. Por supuesto que estos indicadores – el abanico de interpretaciones ya disponibles durante el transcurso de los acontecimientos– no son prueba de que

las cosas deberían haber ocurrido de otra forma. Lo que esto nos permite hacer es evaluar el mundo político en toda su complejidad, considerando la forma en la que los actores de los acontecimientos tomaron decisiones y actuaron ante distintas coyunturas y cómo todo esto finalmente determinó el resultado del proceso.

¿De qué forma la palabra y las acciones políticas determinaron el resultado de las elecciones presidenciales estadounidenses? Para poder contestar esta pregunta propongo ahora retomar la formulación de la tipología de prácticas políticas esbozada en el primer capítulo y luego ofrecer una interpretación que pondrá énfasis en el elemento del kitsch, pero que esbozará aquí y allá características de los dos elementos restantes. Como se dijo al principio, el primer elemento de la tipología es la *acción política democrática*, una forma de práctica que habita la tensión e incertidumbre que implica el actuar de acuerdo con principios y desde una perspectiva particular que son asumidos como correctos, pero al mismo tiempo sabiendo y reconociendo el hecho de que otras acciones, que se inspiran en principios distintos y son desarrolladas desde otras posiciones o perspectivas, comparten la misma convicción acerca de su propia validez. Esta reflexividad, inherente a toda práctica política democrática, se basa en la proyección de nuestra propia experiencia en un contexto de reciprocidad –un componente elemental de toda sociedad democrática– y es altamente «realista», dado que toma en cuenta la complejidad de lo real, cuya consistencia depende fenoménicamente del ser percibido e interpretado en un contexto de pluralidad intersubjetiva. Pero esta práctica política democrática es también altamente «principista», dado que actúa de acuerdo con convicciones, valores y estilos que no son necesariamente compartidos por los otros miembros del cuerpo político. Como ya se dijo, esta tipología se completa con el desarrollo de otros dos tipos de práctica, que en ambos casos se proponen superar la tensión que habita la

práctica política democrática, que en sí misma es una fuente constante de riesgo e incertidumbre, pero que también es la fuente de toda creatividad política y de la capacidad de generación de nuevos consensos ante nuevas situaciones.

A partir de este momento me dedicaré a los dos elementos restantes de la tipología, dado que son aquellos los que más han caracterizado los acontecimientos que estoy analizando, pero subrayaré sobre todo las prácticas políticas kitsch y la forma en que su manera de relacionarse con la dinámica de la institución de sentido interactúa con la política ideológica. Como desarrollé en el primer capítulo, el abordaje a este segundo elemento se desarrolla mediante la incorporación de un concepto proveniente del campo estético y la sociología de la cultura: el concepto de «kitsch». Lo que aquí llamo *acción política kitsch* se caracteriza por intentar escapar de la complejidad de lo real a través de una actitud que puede describirse como una política empirista. Los actores políticos kitsch tratan de encontrar una imagen de la realidad para convertirla en dato, y creen haberla encontrado en las encuestas de opinión, los grupos focales y otras formas de asesoramiento «científico» o meramente experto que se hallan disponibles en las estrategias de marketing electoral. A partir de ese momento, los actores políticos kitsch proceden a limitar su acción y palabra política a aquello que asumen es aceptable-porque-ya-aceptado. La forma kitsch de la acción y la palabra política sabe –es precisamente ese saber el que genera la incertidumbre a la que intenta dar respuesta– que no hay recetas que puedan garantizar el apoyo público a una determinada posición o candidatura. Sin embargo, la práctica política kitsch olvida este saber y se dedica obstinadamente a tratar de anticipar las posibles reacciones públicas ante diferentes propuestas o posturas. El resultado de este testeo previo deviene entonces guía para la acción. Los actores políticos kitsch actúan conse-

cuentemente en una especie de amnesia con respecto a las condiciones de laboratorio en las que las propias guías para su acción y discurso fueron elaboradas. Sus posiciones son testeadas en contextos imaginarios que carecen del elemento esencial de la palabra y acción políticas: su propia capacidad performativa. Ésta es la razón por la cual el entorno de los candidatos debe ser crecientemente protegido de cualquier contingencia. Pero, aun así, los políticos son constantemente sorprendidos en la desagradable situación de en realidad no saber por qué dicen lo que están diciendo, dado que su discurso no es auto-generado sino la mera resultante de un «contar narices» altamente sofisticado.

Si no fuera porque el periodismo está crecientemente caracterizado por una actitud semejante, la diversión que provocaría en el público la visibilidad de estas acciones políticas kitsch sería realmente inigualable. De todas formas, este autoengaño de los actores políticos, que creen poder definir sus acciones mediante la anticipación de su efecto y por lo tanto limitarse a aquellas cuyo efecto se «sabe» será el esperado, aparece como crecientemente evidente y resulta sólo tolerable para aquellos tipos de almas que se sienten cómodas en situaciones de casi completa heteronomía, esto es, para aquellos para quienes su palabra y acciones no son autodeterminadas en ninguna proporción considerable. Como le ocurre al kitsch en arte, la política kitsch puede ser juzgada en tanto que tal, y con mucha frecuencia lo es. Como consecuencia, el intento de escapar a la incertidumbre natural del juego democrático es muy frecuentemente juzgado en consecuencia y termina fallando en el logro de sus propios objetivos, puesto que aparece como diciendo lo esperado por el público, es decir, no como el resultado de una feliz enunciación política sino del mero cálculo estratégico. Ésta es la razón por la cual Al Gore fue constantemente juzgado como condescendiente. Por su-

puesto que decía lo que la mayoría del público piensa – sus propuestas coincidían notoriamente más que las de Bush con las de las preferencias de los votantes según la mayoría de los sondeos de opinión– pero el público lo que realmente esperaba era saber qué era lo que él pensaba. Esta anomalía constante en la forma de aparecer de Gore ante la mirada pública fue central en su fracaso en obtener la presidencia, y el hecho ejemplifica tanto el riesgo «práctico» de la actitud kitsch como la forma en la que desgasta y frustra la conversación pública que supone debe darse durante una contienda electoral en una sociedad democrática.

El tercero y último elemento de la tipología –que incluye las ya mencionadas política democrática y el kitsch político– es el que propongo llamar simplemente «política ideológica».<sup>57</sup> En este caso, el actor político trata de escapar de la incertidumbre del mundo político mediante la simplificación de la tensión de la política democrática, como hace el kitsch político, pero en la dirección opuesta. Las acciones políticas ideológicas se abrazan obstinadamente a principios, pero se niegan a considerar las consecuencias que sus acciones tendrán en la pluralidad del espacio político. De todas maneras, la idea misma de principios no debería ser usada de este modo, porque ella implica la aceptación de la pluralidad de perspectivas que caracteriza el mundo de la opinión y la política; ésa es la razón por la cual hablamos de «principios,» porque no sabemos en lo que todo va a terminar, esto es, cuál va a ser el resultado de nuestras acciones una vez lanzadas a la compleja interacción del espacio político. Así es como la política ideológica transforma los principios en premisas. Mientras los principios inspiran acciones que inauguran procesos cuyo final es desconocido e incognoscible porque serán determinados y condicionados por interpretaciones, acciones y juicios de muchos otros, las premisas ignoran la pluralidad y conflictividad del espacio político y pretenden desplegarse con la estricta simplici-

dad de la lógica, ilusoriamente restituyendo la certidumbre que se pierde en cualquier contexto democrático. Esta restitución de la certidumbre es ilusoria porque, a no ser que sea impuesta por la fuerza, las premisas ideológicas terminan irrevocablemente estrelladas contra la realidad de una pluralidad de valores, estilos y principios opuestos que funcionan como obstáculos para su despliegue.

Pero si tanto el kitsch político como la política ideológica tienden a terminar tarde o temprano confrontando sus límites en la conflictiva pluralidad del juego democrático, ¿por qué sería necesario criticar esas prácticas? Es necesario que sean criticadas porque tienden a reemplazar la reversibilidad<sup>58</sup> espontánea y la reciprocidad implícitas en la existencia de un cuerpo político democrático con un doble movimiento de radical objetivación de la realidad o subjetivación de la agencia. Las sociedades democráticas suponen una predisposición colectiva a verse-viendo y pensarse-pensando en un contexto de pluralidad, ésta es la razón por la cual en su constitución está el desarrollo de complejos sistemas institucionales y magmas de prácticas que no sólo no pretenden evitar esta situación sino que la acogen y celebran. En otras palabras, las sociedades democráticas no son entidades enteramente objetivas (porque no son solamente visibles y pensables), o enteramente subjetivas (porque no son solamente videntes y pensantes), por ello han creado y siguen creando espacios que hacen posible esta propia autorreflexión. De todas maneras, esta autorreflexión entra en un profundo corto circuito cuando los enunciadores y actores políticos, en vez de contribuir a su renovación con el aporte de nuevos valores, ideas y estilos políticos, prefieren «ir a lo seguro» y limitarse a aquello que se considera aceptable-porque-ya-aceptado. El kitsch político completa así un proceso circular en el que el juicio público es ejercitado sobre acciones y palabras que en realidad se inspiran en una lectura empirista de ese mismo juicio público. El vacío de sentido creado por esta

falta de una práctica política democrática inspirada en principios es ocupado por la simplicidad de la política ideológica, el único discurso político que no surge de *focus groups*. Lo paradójico es que la política ideológica tampoco es creativa sino que se inspira en una consistencia obsesiva con objetivos políticos definidos con independencia de la complejidad de lo social, razón por la cual logra una certidumbre semejante pero contraria a la certidumbre kitsch. Los actores políticos kitsch convierten el diálogo natural entre acción política y opinión pública en un círculo vicioso en el que una imagen cristalizada de la realidad es asumida como la única inspiración posible de la política. Así es como la idea misma de opinión pública se reduce a una mera abstracción sincrónica de un proceso dinámico en el que la generación de interpretaciones y consensos supondría su alimentación constante por parte de prácticas políticas que se espera vayan en busca de nuevos escenarios y perspectivas para el tratamiento de los asuntos comunes. De todas formas, dada la creciente falta de un *input* fresco, el juicio público experimenta una especie de asfixia discursiva en la que las encuestas y los grupos focales miden un estado de opinión que surge de una situación de vacío de enunciación creativa. De esta forma, las premisas autistas y su obsesiva repetición por parte de prácticas políticas ideológicas reemplazan el sentido común, ese tipo de sentido que surge de los intercambios y conflictos de acciones y discursos en un contexto de pluralidad institucionalizada como es la democracia.

Esta tipología no es, por supuesto, más que un marco analítico y no se puede esperar encontrar sus conceptos manifestados con exactitud en el mundo político. De todas maneras, los ejemplos de política norteamericana bajo análisis se encuentran a veces sorprendentemente cerca de los tipos ideales propuestos. Como vimos, la víctima obvia del fracaso del cálculo kitsch fue Al Gore. Lo sabíamos de antemano: Gore no era ningún genio, es

decir, ese tipo de persona dotada que, sin ignorar las reglas de juego del campo que habita, es sin embargo capaz de trascenderlas e instituir en el mismo acto nuevas formas de operar en dicho campo; definición que Immanuel Kant desarrollara en su *Crítica del juicio*. Ese tipo de genio dotado es una persona distinta del resto, que actúa y brilla en una forma que no puede ser ignorada. Es verdad que Al Gore también era un político notoriamente distinto de los demás, pero sin embargo era claro que no se trataba de un genio. Kant lo hubiera llamado «afectado». La afectación no era para Kant genialidad sino mera peculiaridad, y se caracteriza por una forma «ostentosa, contorsionada y afectada [adoptada] para diferenciarse de las personas comunes (pero que carece de espíritu)». Esa afectación es como «el comportamiento de un hombre de quién se dice que se escucha a sí mismo hablar o que se para y mueve como si estuviera en un escenario para ser observado». Y Kant concluye: «[este comportamiento] siempre termina traicionando al charlatán»,<sup>59</sup> esto es, Gore en carne y hueso.

De todos modos, el monopolio de fórmulas elaboradas, repetidas y testeadas hasta el cansancio no fue una exclusividad del candidato demócrata sino que se manifestó idéntico en ambos partidos mayoritarios. La diferencia radicó en la capacidad de formular sus programas en términos de principios devenidos en premisas. George W. Bush, a pesar de ser un político muy limitado por decir lo menos, se las arregló para seguir fórmulas prefabricadas que en el fondo se basaban en algunos principios característicos del mundo conservador norteamericano: una visión puritana de la moral, una tendencia aislacionista en el plano internacional y, fundamentalmente, una idea de libertad que se asocia exclusivamente con la propiedad y apropiación individual de todo aquello que sea producto de la cooperación social. En este último punto, el razonamiento usado durante la campaña era muy sencillo: si hay un superávit –como lo

hubo durante todo el segundo mandato de Clinton— el dinero de los impuestos debe volver a los individuos que ganaron ese dinero y no ser reinvertido en emprendimientos de tipo colectivo como la educación o la salud públicas. Si aquellos que pagan más impuestos porque son ricos reciben un beneficio increíblemente más alto del recorte de impuestos que se ponga en práctica —sigue el argumento— esto se debe simplemente a que ellos son naturalmente propietarios de una mayor parte de los beneficios de la cooperación social. Cuando durante la campaña electoral Al Gore hablaba en lenguaje técnico sobre políticas públicas —lo que Bush hizo famoso llamando *fuzzy math* (matemática confusa)— y proponía pequeños y localizados recortes de impuestos sin nunca afirmar el principio de que lo que se hace con el producto de la cooperación social debe ser, al menos en parte, sometido a la deliberación pública y a principios de justicia social y ciudadana, lo que hacía era perder una discusión que podía fácilmente ganar, mientras que en el mismo acto amenazaba seriamente la capacidad de una política progresista de crear condiciones de posibilidad para su propia existencia.

Cuando apenas asumido el gobierno, George W. Bush lanzó la propuesta de destinar parte de los recursos asignados para políticas sociales a congregaciones eclesiásticas para que éstas administraran dichas políticas, lo hizo gracias a la anticipada creación de un vacío relativo de enunciación democrática que hiciera de la redistribución de recursos que ejecuta un Estado moderno una cuestión de derechos y no de caridad. Por supuesto que la generación de este vacío no fue sólo responsabilidad de Al Gore sino de cierto comportamiento kitsch por parte del Partido Demócrata y otros sectores progresistas en general durante mucho tiempo. Pero en esta oportunidad fue Al Gore quien se prestaba como ejemplo paradigmático de la asfixia discursiva generada por la recurrencia de la práctica kitsch. Lo importante es que la consecuencia

de esto no era que Bush fuera capaz de implementar esa política a pesar de la oposición de los sectores más progresistas de la sociedad norteamericana. La consecuencia de la asfixia kitsch era y es la incapacidad de la mayoría en dichos sectores progresistas de articular una oposición que pueda expresar y ofrecer al juicio público buenas razones por las cuales oponerse a la implementación de una «política social basada en la fe».

En cuanto a la política ideológica, el ejemplo más claro fue el de la experiencia electoral de Ralph Nader, el candidato a presidente por el Partido Verde. Nader fue consistentemente fiel a la premisa de que ambos partidos mayoritarios representaban básicamente los mismos intereses y no le importó mucho cuáles fueran las consecuencias que sus acciones, inspiradas en tal premisa, provocaran en la distribución de poder político resultante de las elecciones del 7 de noviembre. La premisa era expresada constantemente por Nader mismo. En una de esas oportunidades, durante un discurso en la Universidad de Winsconsin varios meses antes de las elecciones, dijo: «Los intereses comerciales se han solidificado y tomado la forma de intereses económicos gigantes que han acumulado tal influencia que los dos partidos han convergido en un gran partido empresarial, con dos cabezas y distinto maquillaje».<sup>60</sup> El despliegue de esta premisa llevaría, en la cabeza de Nader, a la necesaria conclusión de que «los progresistas no se juegan mucho en la competencia entre Bush y Gore»,<sup>61</sup> por lo que no pareció importarle que su campaña pudiera costarle la elección a Gore y entregar la presidencia, junto con la mayoría en ambas cámaras del Congreso, al Partido Republicano, todo eso junto con la posibilidad de terminar consolidando la mayoría conservadora en la Corte Suprema.

No voy a considerar aquí la posibilidad de que esta posición estuviese más inspirada en un uso público hipócrita de un enunciado que ni siquiera Nader mismo

creía –que demócratas y republicanos son la misma cosa– que en una confianza ciega en una supuestamente innegociable consistencia con sus convicciones. De todas formas, luego de la asunción de George W. Bush en la presidencia de los Estados Unidos resultó obvio para casi todos, como ya lo había sido para muchos durante la campaña, que una actitud más razonable, invitando a Al Gore a asumir algunos compromisos con respecto a la reforma del financiamiento de la política o a políticas protectoras del medio ambiente a cambio de un retiro de su candidatura en los estados cuyo resultado estaba peleado –una práctica ampliamente conocida en otras democracias como «política de alianzas»– podría haber no sólo puesto a Nader mismo en el centro del escenario político electoral sino también haber obligado a Al Gore a enfrentar una situación muy comprometida. Si la respuesta de Gore a dicha propuesta era negativa, eso le podría haber costado la elección en ese mismo instante y haber otorgado a Nader su tan ansiado 5% de los votos, el umbral fijado para la obtención de financiamiento público para las elecciones presidenciales siguientes. Si la respuesta era sí, el resultado de las elecciones podría haber instalado en Washington a un gobierno con una agenda mucho más progresista que la de George W. Bush. Pero la política ideológica no opera de ese modo. Nada que pueda parecerse siquiera a un compromiso es aceptable para aquellos que están más interesados en una consistencia lógica y subjetiva que en las consecuencias reales de sus acciones. «Por el acto», dice Merleau-Ponty, «yo me hago responsable de todo, acepto [tanto] la ayuda como la traición de los azares exteriores... Yo pretendo ser maestro no sólo de mis intenciones, sino también de lo que las cosas harán de ellas.»<sup>62</sup> Y esto ocurre hasta cuando yo no lo acepto así, hasta cuando actúo sólo ideológicamente: las consecuencias de mis actos serán relacionadas conmigo, sin excusas, particularmente cuando el resultado potencial estaba tan a la vista.

[Lo que la acción implica] es un juicio de tentativa, de la empresa, o de *la obra*, no de sólo la intención o de sólo las consecuencias, sino del empleo que hemos hecho de nuestra buena voluntad, de cómo hemos evaluado la situación de hecho. [Lo que nos hace juzgar a un hombre] no es la intención y no es el hecho, es que haya o no hecho pasar unos valores a los hechos. Cuando eso sucede, el sentido de la acción no se agota en la situación que la ha ocasionado, ni en algún juicio de valor, sigue siendo ejemplar y sobrevivirá en otras situaciones, bajo otra apariencia. Abre un campo, a veces incluso instituye un mundo, en cualquier caso, traza un futuro.<sup>63</sup>

La política ideológica de Nader contribuyó a crear algunas de las condiciones que trazaron el futuro –lo que sería el resultado de las elecciones presidenciales y la instalación de un gobierno republicano– pero nadie podría sostener que sus acciones fueron de un tipo ejemplar, que abrieron un campo o que instituyeron un mundo, y esto ocurrió precisamente porque su acción falló tan claramente en lograr que sus valores pasaran a los hechos. Los valores que pasaron a los hechos fueron los de un conservadurismo norteamericano que asumió como primer objetivo el desmantelamiento de todo aquello que había sido hecho por un gobierno –el de Clinton– que Nader había acusado de ser idéntico a uno potencialmente republicano. Pero el presidente y la administración republicanas no cometieron el mismo error interpretativo y procedieron inmediatamente a nombrar miembros derechistas en el gabinete, a anular políticas de seguridad laboral, a dessecularizar las políticas sociales, a derogar políticas de medio ambiente responsables y, fundamentalmente, a desmantelar la progresista reforma impositiva de 1993 –en la que se había creado una franja superior que hacía a los grandes contribuyentes pagar más del 40% de sus ingresos en impuestos–, inaugurando así una

espectacular política redistributiva de favor de los obscuramente ricos.

Lo que hacía de la práctica de Nader ideológica no fueron sus consecuencias «inesperadas» sino su resistencia a evaluar su posibilidad (visible para –y enunciada por– muchos) y a tomar en consideración algo más que la premisa reduccionista que inspiraba su lógica y, como modesto objetivo de «política pragmática», su plan de obtener un 5% de los votos y con ellos algún financiamiento público para la elección siguiente.<sup>64</sup> ¿No es este punto un gran ejemplo del daño que puede hacer la influencia del dinero a la posibilidad de tener juicio independiente y lúcido en la arena política? Las acciones políticas, particularmente aquellas que están verdaderamente inspiradas en principios y no en premisas, no pueden rechazar explícitamente la consideración de la posibilidad de provocar un resultado que se opondría a todos los valores que yo sostengo me inspiran. Si no fuera por la diferencia de escala, se podría aplicar a la campaña de Ralph Nader lo que Isaiah Berlin decía acerca de algunas figuras históricamente algo más relevantes: «Debemos temer a aquellos duros reformistas que están demasiado obsesionados con su visión como para prestar atención al medio en el que operan, y que ignoran imponderables: John de Leiden, los puritanos, Robespierre, Lenin, Hitler, Stalin. Porque, en cierto sentido, literalmente no saben lo que hacen (y no les importa tampoco)».<sup>65</sup>

Más aún, algunos de los defensores de Nader llegaron a expresar una postura de política ideológica aún más irresponsable que la de Nader mismo. En una defensa poselectoral de una candidatura que fue rápidamente devorada y olvidada por la intensidad de las batallas políticas en relación con los recuentos en el estado de Florida, Katha Pollitt, de la revista *The Nation*, comentó: «No es culpa de Nader que a enormes números de votantes no les importe que Bush sea un imbécil

reaccionario y encuentren a este niño de 'fraternidad' cristiana atractivo». <sup>66</sup> Es cierto, eso no es culpa de Nader, pero él debería haber actuado de una forma que contemplara esa realidad. Cuando un partido sorprendentemente de derecha –al menos para los estándares de otras democracias liberales occidentales– es suficientemente poderoso como para ganar la presidencia y con ella llegar a controlar completamente los tres poderes a la vez, ser de izquierda es actuar de tal manera que se pueda evitar ese resultado, incluso si el ganador pareciera ser más moderado de lo que a uno le gustaría que fuera. Esto no es escoger entre el «menor de dos males» –frase que se convirtió en cliché de los «naderistas» cuando querían criticar a los *liberals* que planeaban votar por Gore, una frase que raramente fue usada por aquellos progresistas mismos para explicar su voto–, esto es entender el antagonismo político del momento. Derecha e izquierda son posiciones políticas relativas a un presente político, no absolutas e inscriptas en un espectro fijo y predeterminado.

De todas maneras, Nader no fue el único caso de política ideológica de estas elecciones. Durante la campaña electoral del 2000 y el conflicto poselectoral de Florida, los republicanos también se mostraron ciegamente fieles a una única premisa: los demócratas son inmorales y mentirosos, por lo tanto es aceptable evitar su triunfo de la forma que sea necesaria. La situación fue descrita por *The New Republic* de la siguiente manera:

Yo creo que nuestra obsesión actual con mentiras triviales y la creencia de que Bill Clinton y Al Gore pueden definirse por una tendencia común a mentir será vista, con el beneficio de la distancia histórica, como levemente histérica. De todas formas, las exigencias partidarias de los últimos años han llevado a los conservadores a tener una posición puritana con respecto a la cuestión de la verdad. Hasta las mentiras con

las más pequeñas consecuencias... representan, para la mirada conservadora, el tipo más profundo de la depravación moral.<sup>67</sup>

De todas formas, esto no fue cierto cuando los republicanos tuvieron que vérselas con mentiras con las más graves consecuencias. Durante la crisis de Florida, los conservadores aplicaron una estrategia sistemática para evitar la búsqueda de lo que podría haber sido una verdad sumamente inconveniente: el ganador de los electores del estado de Florida. Ni una sola vez a lo largo de los 36 días que duró la disputa de Florida el Partido Republicano aceptó que establecer sin ambigüedades quién había ganado las elecciones era y es siempre una condición necesaria para asegurar la legitimidad democrática. Aún más, la estrategia seguida por los republicanos se asemejó notablemente a aquella seguida durante los acontecimientos del juicio político al presidente Clinton. La semana después de las elecciones, Tom DeLay,

el líder republicano que arrastró a la Cámara de Diputados hacia el juicio político, envió un memorando al personal del bloque republicano en diputados señalando que tanto la Cámara de Diputados como la de Senadores [podían] rechazar los electores de un determinado estado si se decidía que esos votos estaban manchados... Otro republicano cercano a DeLay describió el memorando como similar al «*impeachment book*» que su oficina hizo circular en 1998 cuando DeLay empezó a proveer a los republicanos información acerca del juicio político y luego logró hacerlo aprobar en la Cámara. «Si hay una sensación de que [la elección] está siendo robada, muy probablemente haya un llamado a la acción» dijo este republicano.<sup>68</sup>

Pero en definitiva, lo que ocurrió fue que en el año 2000 Al Gore perdió dos batallas políticas prácticamente

imperdibles en un mismo acto: la elección nacional y su intento por lograr un recuento manual de los votos del estado de Florida. El Partido Republicano empezó a ganar las últimas elecciones presidenciales de los Estados Unidos en el escenario abierto por el juicio político al presidente Clinton. Pero esta afirmación no debería prestarse a confusión: esto no fue así porque los ciudadanos norteamericanos estaban esperando el día de las elecciones para finalmente castigar a un presidente demócrata que se las había arreglado para salirse con la suya. El Partido Republicano empezó a ganar las elecciones cuando logró convencer al candidato demócrata de que eso era lo que estaba ocurriendo e iba finalmente a ocurrir a no ser que él lograra distanciarse suficientemente del presidente saliente. ¿Qué es lo que los republicanos ganaron con esto? Crearon una situación sumamente difícil de conseguir: a pesar de que el juicio político al presidente Clinton será recordado como uno de los momentos más conflictivos de la historia política reciente, de que su significado público dista mucho de estar cerrado<sup>69</sup> y cuya gravedad para la salud del régimen político norteamericano demandó y todavía demanda una gran responsabilidad por parte de aquellos que comprendieron la gravedad institucional del fanatismo del Partido Republicano; a pesar de todo ello, el candidato oficialista a la presidencia y vicepresidente en ejercicio no mencionó públicamente ni una sola vez el tema a lo largo de toda la campaña presidencial. La negación de la realidad no suele ser presentada como uno de los más codiciados atributos políticos. Sin embargo, ésta resulta ser una de las recomendaciones más frecuentes de los asesores del político kitsch: no te metas en temas cuyo sentido pueda ser imprevisible e inmanejable. Pero todos los temas de debate relevante de una democracia abierta son relativamente imprevisibles e inmanejables. El resultado entonces es el de campañas vaciadas de todo intercambio serio de opiniones y de todo juicio conflictivo acerca de temas polémicos. En el

caso de la práctica electoral de Gore, parecería ser que los asesores convencieron al candidato, o el candidato se convenció a sí mismo, de que la mejor forma de actuar en el espacio político preelectoral era ignorar la enorme presencia del juicio político a Clinton –evidente para todos, por otra parte– hasta que llegaran las elecciones. Condensando magistralmente una situación que se convirtió en materia de análisis permanente para muchos analistas hacia el último tramo de la campaña, una caricatura política del *New York Times* presentó a un elefante gigantesco con la cara de Clinton entre dos minúsculos candidatos que hacían lo posible por hacer como si éste no estuviese allí. El elefante en este caso no se refería al conocido símbolo republicano, sino que ilustraba una columna de opinión en la que se sostenía que Clinton expresaba de la mejor manera posible un dicho famoso que habla de la presencia de un elefante en una habitación en la que nadie lo ve.

El proceso que llevó al juicio político de Clinton comenzó con la revelación de su relación extramatrimonial con Mónica Lewinsky en enero de 1998 y terminó con su absolución por parte del Senado en febrero de 1999. En todas las encuestas de ese período y hasta el fin de su mandato, aproximadamente dos tercios de los estadounidenses se opusieron a su destitución y apoyaron su labor presidencial. Desde todo punto de vista que tomara en cuenta esta situación, hacia los días de la campaña electoral el público norteamericano se inclinaba en su mayoría por la interpretación de los hechos que era mayormente favorable a los demócratas: 1) Clinton efectivamente había tenido una relación sexual con una becaria y luego mintió al respecto, pero esto no calificaba como el tipo de amenaza que la institución constitucional del juicio político pretende combatir. 2) Desde el comienzo de su gobierno, muchas figuras del Partido Republicano y de la derecha religiosa mostraron una animosidad inusual hacia el presidente y, cuando se les presentó la

oportunidad<sup>70</sup> –luego de cuatro años de infructuosa búsqueda de algo, de cualquier cosa, por parte del fiscal especial Ken Starr– no dudaron en usarla como medio para destruir la presidencia Clinton. ¿Qué pasó entonces? Pasó que un inseguro vicepresidente convertido en candidato a la presidencia, junto con un ejército de estrategias de campaña aterrorizados por el poder de Clinton de generar animosidad entre sus adversarios, más un ciertamente amplio número de periodistas acostumbrados a repetir lugares comunes, coincidieron en imaginar juntos un fantasma que decidieron llamar *Clinton fatigue*. El fantasma no apareció por ningún lado, pero todos estaban seguros que estaba por ahí.

Se afirma con frecuencia que la brillantez de Clinton consistió en tomar muchas de las políticas conservadoras de los republicanos y hacerlas suyas. Para muchos progresistas, ésta fue la traición originaria de su administración que los distanció para siempre de él. Pero esta crítica tiene el problema de funcionar en el marco de una completa espacialización del espectro político que lo estructura en términos izquierda-derecha y de acuerdo con planteos con ubicación predeterminedada en ese espectro. Para algunos, este corrimiento de Clinton «hacia la derecha» no fue otra cosa que el gesto más escandaloso de la exasperante moderación de los *New Democrats*, un grupo de centristas surgido al interior del Partido Demócrata. Para otros, sin embargo, este gesto fue sumamente exitoso e importante, porque logró recrear un nuevo espacio para el Partido Demócrata en la política norteamericana, espacio que había venido perdiendo en las últimas décadas por lo que muchos identificaban como su brutal dependencia de las visiones cerradas de los sindicatos y otros grupos sociales asociados con el Partido Demócrata.

De todas formas, ambas interpretaciones, si bien resaltan aspectos relevantes, resultan inadecuadas como forma de interpretar el período Clinton en su totalidad. La brillantez de Clinton en realidad consistió en tomar

sólo algunas de las *políticas* (*policies*) republicanas y convertirlas en *política* (*politics*) democrática. En los Estados Unidos, país de fuerte tradición y régimen institucional presidencialistas, la institución de la presidencia es el espacio más propiamente político de su sistema de gobierno. Las elecciones presidenciales, las campañas electorales para presidente, los juicios políticos a presidentes, las iniciativas presidenciales, etc., nunca son sólo acerca del individuo ni sólo acerca de sus políticas. La disputa y el ejercicio de la presidencia están ubicados en el centro de la disputa y la práctica de la hegemonía cultural de un determinado tiempo político.<sup>71</sup> Una presidencia exitosa no es, entonces, solamente aquella que ha logrado administrar eficientemente los recursos del Estado, sino aquella que logra *dar sentido político a sus políticas*, formulándolas de acuerdo con principios tales como los de la equidad social, la tolerancia moral, la diversidad étnica o la justicia distributiva, los principios que caracterizan a los demócratas. O bien de acuerdo con principios tales como la libre empresa, el orgullo militar, el interés nacional, la moral religiosa o la defensa del bienestar y la riqueza privadas, los principios que caracterizan a los republicanos. Cuando un presidente logra convertir sus políticas en una enunciación política de esta naturaleza, él o ella habrán sido exitosos en dar forma a su presidencia. ¿Por qué razón fueron los afroamericanos y los progresistas menos ortodoxos quienes se constituyeron en los grupos más fuertemente «clintonistas»? Eso fue así porque ellos lograron entender que en las condiciones cuantitativas y cualitativas de la presidencia de Clinton –esto es, con mayoría republicana en ambas cámaras del Congreso y con un presidente que lograba despertar y seguía despertando un odio masivo y militante en la derecha conservadora de su país– él de todas formas se las arregló para consolidar una política progresista para sus políticas.

La principal victoria de Clinton –y la razón fundamental por la cual no pudo ser derrotado por sus enemi-

gos— fue que enseñó mediante el ejemplo cómo ejercitar el buen juicio político y actuar en el marco de la complejidad de un espacio político plural. Actuó de forma imaginativa —ampliando su mente y ensanchando el espectro de perspectivas políticas a incluir en su evaluación de cada situación—<sup>72</sup> mientras seguía inspirándose en los mismos principios progresistas que han inspirado a otros progresistas en los Estados Unidos en las generaciones anteriores. Pero mientras Clinton entendió que hay una gran diferencia entre *políticas* y *política*, su vicepresidente no lo hizo. Gore condujo su campaña sólo en términos de políticas, cuando en realidad tendría que haberlo hecho en términos de política: la interpretación del *impeachment*, la necesidad de preservar la autonomía de la política con respecto a la esfera económica, el usar el superávit fiscal con criterios de equidad y responsabilidad con respecto a las generaciones actuales y futuras, y hasta la posibilidad de constitución de una alianza programática con el Partido Verde, y así evitar el drenaje pequeño, pero finalmente determinante, que terminó afectando directamente a los sectores sociales representados por ambos. Sólo un diálogo más profundo con el juicio público podría haber dado a Al Gore la cómoda victoria electoral que cualquier argumento de tipo economicista hubiera predicho en otro contexto. El célebre «es la economía, estúpido», que se hiciera famoso como forma de explicación para la victoria electoral de Bill Clinton en 1992, funciona solamente como slogan explicativo cuando el público coincide en el juicio de que es la economía lo más importante del momento. Cuando la mayoría de los votantes no está de acuerdo con ello, el slogan falla. Los acontecimientos y procesos políticos son fenómenos autoconstituidos que redefinen su centro de interés de forma distinta en tiempos y lugares distintos.

De todas maneras, luego de las elecciones la incertidumbre experimentada durante los acontecimientos de Florida creó una situación distinta a la de la campaña

electoral. En este nuevo escenario, el antagonismo se simplificó, pero la cantidad de actores se multiplicó y el ritmo se aceleró. Este tipo de circunstancias debería desaconsejar la actitud kitsch, porque el estudio empírico de los posibles efectos de posibles acciones se hace aún más difícil que en circunstancias de campaña electoral. Pero resultó igualmente difícil para Gore actuar de la forma que he propuesto llamar «práctica política democrática». Nuevamente, el vacío de sentido generado por la actitud kitsch de Gore creó las condiciones para que la política ideológica de los republicanos sonara razonable y principista.

La incertidumbre experimentada tanto por los actores políticos como por los ciudadanos y los analistas políticos durante los acontecimientos de Florida fue claramente expresada por Ronald Dworkin en un artículo publicado sólo un par de días luego de que la Corte Suprema de justicia de los Estados Unidos fallara a favor de George W. Bush en la disputa de Florida, pero que había sido escrito antes de que ello ocurriese. Dworkin decía:

Al momento que escribo estas líneas, la extraordinaria elección presidencial del 2000 sigue sin definirse, porque sigue siendo incierto qué candidato recibió los 25 electores de Florida. Para el momento en que este número esté en la calle, los votos emitidos en otros países, las batallas legales acerca de los recuentos manuales, o ambas, pueden finalmente haber dado a Gore la presidencia, o puede que él ya haya admitido su derrota ante Bush. O puede que la elección siga sin definirse porque siguen los recuentos en Florida o porque fueron solicitados en otros estados o porque hay todavía juicios pendientes en contra del proceso electoral en Florida...<sup>73</sup>

Cuando la campaña electoral terminó y la disputa por el resultado en el estado de Florida comenzó, Al Gore

«eligió, consistentemente, salvaguardar su imagen, y lo hizo muchas veces a expensas de la agresividad legal»,<sup>74</sup> dijo correctamente Kevin Sack, periodista del *New York Times*. Pero lo que muchos analistas generalmente no identificaban era el problema que Gore persistentemente se creó a sí mismo a través de su obsesivo intento de anticipación de los efectos que sus acciones podrían producir en otros actores y en el público en general. Intento que falló repetidamente. Los abogados de Gore, tratando de explicar lo que ocurrió con respecto a la falta de un pedido formal de recuento de todos los votos del estado de Florida,<sup>75</sup> dijeron reiteradamente que en los primeros y caóticos días luego de la elección había un palpable nerviosismo político acerca de la posibilidad de aparecer demasiado indiscriminado en el pedido de recuentos manuales.<sup>76</sup> Ese nerviosismo, que es la motivación fundamental de la práctica kitsch, los hizo aparecer, «imprevistamente,» como demasiado manipulativos e interesados, lo que finalmente sería fatal para su estrategia. Los abogados mismos de Gore explicaron inmejorablemente el tipo de experiencia de incertidumbre que puede llevar a una actitud kitsch, notando cómo

un gran número de decisiones cruciales fueron tomadas sobre la marcha, a menudo con información incompleta, a menudo al borde del agotamiento, y siempre bajo la presión de inminentes fechas de vencimiento. Bajo esas condiciones [...] los errores de cálculo fueron inevitables y enteramente humanos. Por ejemplo: ninguno de los abogados de Gore anticiparon hasta qué punto jueces en todos los niveles iban a ensañarse con su reticencia a solicitar formalmente un recuento manual de votos en todo el estado.<sup>77</sup>

No hay modo de anticipar el efecto que producirá cada acción, y ésta es la razón por la cual este tipo de anticipación no debería convertirse en la guía fundamen-

tal para la acción. Como trataré de demostrar, si Al Gore hubiese simplemente mostrado una mayor consistencia entre sus acciones y su discurso público acerca de que su principal objetivo era conseguir que se contaran todos y cada uno de los votos emitidos en Florida, su destino podría haber sido diferente.

Durante las primeras semanas luego de la elección, la situación en Florida era descrita como una en la que ambos partidos «estaban jugando fuerte mientras trataban de aparentar estar haciéndolo sobre la base de altos principios». De todas formas, lo que en realidad sucedía era que «lo que faltaba a ambos lados del conflicto era algún tipo de acción que, por ser tomada en nombre de principios, fuera en contra del interés propio, lo que quiere decir un acto principista». <sup>78</sup> De todas formas, para algunos como Jonhathan Schell, la situación cambió radicalmente cuando la Corte Suprema de Florida permitió los recuentos que Gore había solicitado. «Por primera vez desde la noche de las elecciones, el [Partido Republicano] enfrentaba la posibilidad de perder la elección. Su respuesta fue hacer una acusación incendiaria: que Gore se proponía ‘robar’ la elección, como dijo el jefe del [bloque republicano], el fanático del juicio político [a Clinton] Tom DeLay. La acusación iba acompañada de una campaña para deslegitimar la Corte Suprema de Florida. En un claro gesto de desafío, Baker —el jefe de del equipo de Bush a cargo de la batalla por frenar el recuento de votos— declaró que la decisión de Florida era ‘inaceptable’». <sup>79</sup> Lo que en realidad Schell está tratando de identificar es este proceso de conversión de principios en premisas que propongo llamar política ideológica. La premisa que sistemáticamente radicalizaba las posiciones republicanas implicaba una profunda negación del derecho de otros de antagonizar con ellos en la arena pública. Por ejemplo: los republicanos nunca consideraron a Clinton un presidente legítimo, incluso a pesar del hecho de que nunca hubo una sola razón para poder sostener esa

posición. «El mensaje [republicano se prolongó hasta las elecciones del 2000] sin cambios: nosotros tenemos el derecho de gobernar; dennos lo que queremos, o bien... La revuelta en [un edificio municipal de Florida] fue un ejemplo de lo que los republicanos [tenían] en mente»,<sup>80</sup> concluye Schell, dejando entender que algo de una naturaleza diferente –esto es, no un mero uso instrumental de principios– es lo que aquí tuvo lugar.

Contradiendo la famosa noción lefortiana de que el poder democrático es un «lugar vacío» que nadie ni nada puede reclamar le sea consubstancial, el Partido Republicano se ha comportado, al menos desde que perdieron las elecciones a manos de Bill Clinton en 1992, como si la democracia pluralista norteamericana tuviera que ser transformada en un sistema de partido único, cosa que, como veremos en el próximo capítulo, parecen haber finalmente logrado. Desde el intento de Newt Gingrich, en ese entonces líder de la mayoría republicana en el Congreso, de hacer a Clinton «irrelevante» para así poder gobernar desde el Parlamento, hasta los cuatro años de investigación sobre el caso Whitewater y luego en la arremetida principal del juicio político, el Partido Republicano trató consistentemente de recuperar el Poder Ejecutivo por casi cualquier medio. La contingencia dio a la Suprema Corte de los Estados Unidos la voz y el voto final en esta cruzada, pero las consecuencias de esto para el régimen democrático norteamericano son todavía muy difíciles de evaluar. La distancia entre la legalidad de la decisión y la legitimidad de la presidencia que tal fallo inauguró no podrá medirse sino hasta lograr cierta perspectiva histórica.<sup>81</sup> Pero lo que enseguida resultó evidente es que incluso los miembros de la Corte –como, por ejemplo, el juez Scalia– parecen haber subscripto completamente a esta teoría de la consubstancialidad republicana con el poder, al tratar de justificar la detención del recuento de votos en todo el estado que había sido ordenado por la Corte Suprema de Florida con el argu-

mento de la necesidad de proteger a George W. Bush del «daño irreparable» que podría surgir de un recuento que «oscurecería lo que él sostiene ha sido una elección legítima». Vincent Bugliosi, analista político de *The Nation*, ofreció una interpretación muy directa de la decisión de la Corte Suprema en general y de la justificación de Scalia en particular: «A pesar de que el resultado de la elección no estaba aún definido, el absolutamente increíble Scalia presuponía que Bush había ganado la elección –en realidad, que tenía un derecho a ganarla– y que cualquier recuento que mostrara que Gore había sacado más votos que Bush en el estado de Florida podría ‘oscurecer’ la presidencia de Bush».<sup>82</sup>

En definitiva, el resultado del conflicto de Florida fue fuertemente condicionado por dos circunstancias originarias: 1) El hecho de que los medios de comunicación habían dado la victoria a Bush en el estado de Florida aproximadamente a las dos de la mañana de la noche de las elecciones y lo habían declarado presidente creó una situación de hecho consumado que Al Gore nunca pudo revertir. 2) Y el hecho de que para el público el problema que primero se presentó y que fue más intensamente discutido en la elección de Florida fuera la famosa boleta «mariposa» de Palm Beach en la que miles de ciudadanos de la tercera edad habían votado, por error, al candidato derechista Pat Buchanann. Estas dos circunstancias definieron un campo en el que el status quo a ser modificado era la virtual victoria de Bush –ya instalada en la percepción pública– y el hecho de que las expectativas imaginarias sobre la posibilidad de cambiar esa situación hubieran sido depositadas en la tragedia de miles de ciudadanos del distrito de Palm Beach a los que se les había negado el derecho de votar por el candidato de su elección. Gore no podía hacer nada para cambiar estas realidades, pero hubiera sido mucho más conveniente para él haber actuado sin ignorarlas. La primera de estas realidades puso a Gore en una situación en la que su

propuesta de solución para un problema que fundamentalmente él identificaba –es decir, el hecho de que era el Partido Demócrata (y no ambos partidos) el que sostenía que todavía no se sabía el ganador del estado de Florida–, sólo iba a ser vista como claramente justa si sus posiciones se percibían también como claramente universales. En estas condiciones, esta universalidad estaba evidentemente ausente en sus primeros reclamos: el pedido de recuentos manuales en distritos fuertemente demócratas, para así lograr que el mero peso estadístico de su ventaja sobre Bush en esos distritos bastara para ganar la elección en todo el estado. Obviamente, esto no podía ser públicamente recibido como justo e imparcial.

La segunda circunstancia fue una en la que la equidad podría haber jugado en su favor aún más claramente, porque amplios sectores del público norteamericano percibieron inmediatamente como injusta una situación en la que muchos votantes, miembros de minorías étnicas, sobre todo de origen judío, fueron confundidos por una boleta electoral de diseño confuso y terminaron involuntariamente votando por un candidato que era ampliamente identificado con posiciones xenófobas y hasta antisemitas. De todos modos, dado que las soluciones imaginables e imaginadas para este problema no parecieron en ese momento poder ser viables,<sup>83</sup> Al Gore desestimuló la atención pública del caso, reforzando así la percepción inspirada por la primera de las circunstancias: que Al Gore no buscaba garantizar justicia para la elección y legitimidad para la futura presidencia, sino mero interés personal. Así como había ocurrido con el tema del *impeachment* durante la campaña electoral, durante los recuentos de Florida Gore volvió a dejar de ofrecer su propia posición acerca de lo que en la percepción pública aparecía como el acontecimiento más relevante del proceso. Palm Beach fue a la disputa de Florida lo que Clinton había sido a la campaña electoral: el elefante en la habitación que Gore no pudo ni quiso ver.

Al Gore perdió la disputa por Florida porque fue incapaz de ofrecer una posición consistente que pudiera estimular a la gente a superar los obstáculos voluntarios e involuntarios que debía enfrentar. Muchas de las demoras y fallos adversos fueron el producto de acciones de sus adversarios, pero muchos de ellos también lo fueron de una falta de convicción burocrática acerca del sentido de todo el proceso. Más aún, la estrategia de Al Gore llegó hasta a buscar explícitamente el ahogo de todo entusiasmo político por parte de sus partidarios, entusiasmo que se despertó espontáneamente en varias oportunidades durante los 36 días del caso, pero que fue sistemáticamente ignorado por Gore. Obsesionado con su apariencia –esto es, temeroso de que Gore apareciera como «mal perdedor»– el equipo de Gore llegó al extremo de tratar de impedir toda manifestación callejera por parte de los demócratas para así evitar que se los acusara de generar caos. La consecuencia inesperada –las acciones políticas siempre tienen consecuencias inesperadas, incluso las acciones kitsch– fue que los republicanos desbordaron a los demócratas en lo que los ciudadanos norteamericanos podían percibir como indignación ante una supuesta injusticia. «En cada manifestación callejera y cada sala de recuento, parecía que [los demócratas] eran superados en número, decibeles y organización por los republicanos.»<sup>84</sup> Esta falta de liderazgo político por parte de Gore y otros demócratas fue parcialmente responsable de una parte significativa de las constantes demoras ocurridas en el proceso y del muchas veces innecesariamente escaso apoyo recibido por parte de actores anónimos pero cruciales, como por ejemplo los miembros de los Concejos de Condado.

La situación en Florida demandaba que Gore ejercitara adecuadamente el juicio político y actuara tomando en cuenta otras perspectivas, proponiendo así alguna solución que se viera como ampliamente aceptable por el hecho de estar inspirada en principios ampliamente

aceptables. Pero sus acciones continuaron siendo guiadas por un cálculo excesivo de los límites empíricos, que se asumieron eran los siguientes: que la paciencia pública no toleraría un recuento de votos en todo el estado y que el caso de Palm Beach, el primero en cobrar visibilidad pública, no era ganable. Es posible que el caso de Palm Beach no fuera ganable, pero si consideramos retrospectivamente la tarea que los republicanos tenían por delante en el mismo momento, podremos ver cómo las acciones políticas pueden realmente crear condiciones para su propia posibilidad. El Partido Republicano necesitaba convencer a los ciudadanos norteamericanos y a los jueces de Florida que cuando no se sabe con precisión quién ganó una elección muy ajustada, el contar manualmente los votos es inaceptable, incluso a pesar de que ésa es la solución amplia y legalmente aceptada en Florida y en muchos otros estados y países. Éste también parecería ser –y debió haber parecido en más de una oportunidad durante el conflicto– un objetivo difícil de lograr.

De todas maneras, dado que Gore nunca persiguió una estrategia que fuera universalmente perceptible como imparcial, el argumento esgrimido por Baker acerca de que «las máquinas no son ni republicanas ni demócratas y, por lo tanto, no pueden ser ni consciente ni inconscientemente parciales»,<sup>85</sup> efectivamente logró ganar la batalla de la imparcialidad. Es verdad que las máquinas no pueden ser conscientemente parciales, y que tampoco pueden serlo inconscientemente: las máquinas carecen de ambos, tanto conciencia como inconsciente. Pero eso no quiere decir que no puedan ser groseramente parciales, y esto precisamente porque son incapaces de reconocer sus propios errores y pueden entonces repetirlos *ad infinitum*, convirtiéndose así en «inadvertidamente», aunque no inconscientemente, parciales. Por este motivo, lo que las máquinas en realidad no pueden ser es *imparciales* y lo que no pueden tener es sentido común. Por lo tanto, no las máquinas que conta-

ron los votos con tanto errores no tenían forma de determinar si era obvio que un ciudadano había intentado claramente votar por un candidato pero no logró hacerlo exactamente de la forma en que la máquina estaba programada para reconocer. Ésta es una idea comprensible pero levemente compleja que Gore podría haber defendido públicamente y ante un magistrado, pero eso no podía ser hecho cuando al mismo tiempo se perseguía una estrategia tan parcial como la de pedir el recuento de votos sólo en los condados en los que la mera estadística podía asegurarle la victoria. Incluso los republicanos pudieron disfrutar del placer de mostrar las contradicciones entre sostener que las acciones se fundan en el principio de que todos los votos todavía no contados deben ser contados cuando a la vez se pide el recuento de votos solamente en algunos condados favorables. «La vocero de Bush, Karen Hughes, dijo que todo lo que América [quería] era un recuento justo y preciso en Florida. Pero, agregó, 'estamos crecientemente convencidos de que el recuento manual que se lleva a cabo en este momento, selectivamente en condados fuertemente demócratas y escogidos a dedo, no puede producir ese resultado justo y preciso'». <sup>86</sup> El desprecio de Gore por la conversación pública, mostrado tanto en la campaña como en el conflicto de Florida, lo hizo incapaz de sentir la necesidad de responder clara y explícitamente a este tipo de críticas, que en realidad eran altamente hipócritas y podrían haber sido sencillamente desarticuladas. Baker y el equipo de Bush nunca quisieron un recuento justo y preciso en Florida, dado que ellos nunca dudaron que «el objetivo que gobernaría sus acciones en las cortes y el espacio político [era] bloquear el recuento». <sup>87</sup>

Cuando la Corte Suprema de Justicia de Florida le preguntó a Boies, jefe del equipo de abogados de los demócratas, por qué Al Gore nunca había solicitado un recuento de votos en todo el estado, éste respondió que no se suponía que defender a Bush de los errores de sus

propios abogados fuera su responsabilidad. Esta visión reduccionista de los intereses de su defendido fue sumamente costosa para los demócratas. En política democrática, la capacidad de formar el juicio propio a partir de principios que pudieran dar cuenta de la mayor cantidad de perspectivas es crucial. Esta respuesta de Boies puede ser inteligente en un contexto exclusivamente legal, pero sin duda no lo fue en este conflicto, cuya característica central era el ser un conflicto eminentemente público-político. Si Gore hubiera sido consistentemente identificado con una solución relativamente universalista, hasta los jueces hubieran actuado de forma diferente.

Bajo esta luz, la respuesta de Boies aparece incluso más equivocada cuando salimos de los tribunales y nos ocupamos exclusivamente del espacio público-político. No es claro que Bush haya necesitado ser defendido de sus abogados, pero sin duda alguien entre los demócratas debería haber defendido a Gore de sus asesores y probablemente de sí mismo y haber pedido formalmente un recuento general de votos en el estado de Florida. Tempranamente en el conflicto, sólo una semana después de las elecciones, Gore dijo en una aparición pública: «A pesar de que el tiempo es importante (refiriéndose a la urgencia de saber quién había ganado las elecciones), es incluso más importante que todos los votos sean contados, y contados apropiadamente». De todas formas, la pregunta surge y surgió inevitablemente: ¿por qué entonces no lo pidió? Es cierto que Gore propuso esa salida públicamente a Bush en un discurso pronunciado ante las cámaras de televisión el 15 de noviembre, pero Bush rechazó inmediatamente la propuesta<sup>88</sup> y Gore nunca volvió a mencionarla. Más o menos en los mismos días, los demócratas ofrecían extraoficialmente a los republicanos un recuento de votos en todo el estado como forma de llegar a un acuerdo, pero dado que Baker rechazó la oferta repetidamente, esta idea nunca se materializó. Baker dijo al respecto que si «tomó 15 horas contar los

votos de cuatro precintos en el condado de Palm Beach, tomaría una cantidad extraordinaria de tiempo contar 6.000 precintos manualmente». <sup>89</sup> El argumento era totalmente falaz, porque un recuento manual de votos en todo el estado tomaría lugar simultáneamente en todos los condados y no sucesivamente, como Baker implícitamente sugería. De todas maneras, ese tipo de enunciados nunca era respondido apropiadamente por parte de los demócratas, sin contar con que ni siquiera eran capaces de hacer su propuesta de compromiso de una forma suficientemente pública, de tal modo que la ciudadanía pudiera identificar al Partido Demócrata con el objetivo de encontrar una solución justa al conflicto. El asunto finalmente salió a la luz de forma notoria durante las argumentaciones finales ante la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, cuando el juez Rehnquist, presidente de la Corte, preguntó a Boies si él pensaba que la Corte Suprema de Justicia de Florida había ordenado un recuento de votos en todo el estado porque lo que el equipo de Gore había originalmente solicitado era injusto, el recuento manual de votos solamente en condados fuertemente demócratas. Su respuesta tuvo al menos la cualidad de la sinceridad: «Si, pienso que fue así».

Tratando de guiar sus acciones por 1) lo que ellos asumían –probablemente de forma equivocada, pero eso nunca lo sabremos con certeza, porque esas cosas sólo se saben en la dinámica de la enunciación y el juicio público– era la primacía de la paciencia corta por sobre la justicia en la expectativa pública, y 2) la convicción empirista de que, dado que los jueces son tradicionalmente reticentes a ordenar nuevas elecciones u otro tipo de soluciones para casos como el de Palm Beach, entonces era mejor ignorar el problema; tratando de guiar sus acciones con estos dos supuestos, el equipo de Gore aceptó el escenario que más favorecía a los republicanos. «[Al Gore] no debe culpar a nadie más que a sí mismo», dijo el comentarista Thomas Merrill durante el curso de

los acontecimientos, agregando que él debería haber demandado «que todos los votos fueran recontados manualmente con independencia de las consecuencias políticas de ello».<sup>90</sup> Al contrario, el equipo de Gore asumió que nada podía lograrse persiguiendo soluciones universales pero probablemente inviables, por lo que no había otra forma de actuar que desarrollando una estrategia interesada pero «realista». Pero el empirismo está casi siempre muy lejos de ser realista, entonces terminaron confirmando una «realidad» que finalmente terminaría derrotándolos. Las acciones de Gore no se inspiraban en lo que decían inspirarse –la importancia de que los votos de todos los ciudadanos fueran contados– sino en una lectura kitsch y autodestructiva de sus posibilidades públicas e institucionales.

La Corte Suprema de Florida finalmente defendió a Gore de sus asesores y de sí mismo y ordenó una solución justa. Así fue como el recuento de todos los votos no contabilizados de Florida comenzó inmediatamente después del fallo. Pero la cruzada ideológica de recuperar el Ejecutivo de cualquier modo en la que los republicanos estaban envueltos no iba a permitir que eso sucediera. Así fue como, según Ronald Dworkin,

la elección del 2000 [terminó] de la peor forma posible, no como la afirmación nacional del principio democrático sino como la acción de cinco jueces conservadores de la Corte Suprema [que] detuvieron el proceso democrático sobre la marcha, con miles de votos todavía sin contar, primero ordenando un injustificado «no innovar» en el recuento en marcha de los votos del estado de Florida y luego declarando, en una de las opiniones menos convincentes de la Corte Suprema que yo haya tenido oportunidad de leer, que no había tiempo suficiente para que el recuento continuara.<sup>91</sup>

Sabiendo que la sentencia era indefendible, peligrosa

y que no debería sentar precedentes, la Corte Suprema de los Estados Unidos hasta llegó a recomendar que su interpretación, usada en su argumentación final para justificar el fallo a favor de Bush, no fuera usada de forma semejante en casos futuros. Como dijo un espectador del canal de noticias políticas C-Span (que cubre acontecimientos políticos las 24 horas) apenas se supo la decisión de la Corte: «El estado de Florida, y con él la elección presidencial, fue ganado por una abrumadora minoría».<sup>92</sup>

Es probable que mi análisis del proceso electoral y el conflicto de Florida haya sido más crítico con Al Gore y el Partido Demócrata que con Bush y el Partido Republicano, pero esto se debe a la perspectiva adoptada, en la que preferí concentrarme solamente en uno de los elementos de la tipología en preparación –el kitsch político– y dejar para el próximo capítulo el desarrollo a fondo de la categoría de política ideológica. De todas maneras, de acuerdo con lo que en mi opinión es el aspecto más importante de la política democrática –la conciencia de régimen, es decir, el saber actuar en un contexto de reciprocidad y pluralidad institucionalizada– estoy convencido de que ambos partidos están en realidad en extremos opuestos del espectro de posibilidades. Baker, la cabeza del equipo de Bush durante los acontecimientos de Florida, se mostró constantemente como una figura protoantidemocrática por decir lo menos,<sup>93</sup> y su actitud con respecto a la Corte Suprema de Florida, por ejemplo, asegurando que sus fallos eran simplemente «inaceptables»,<sup>94</sup> simplemente mostraban el hecho de que «los republicanos en Florida y a lo largo de todo Estados Unidos [nunca hubieran aceptado] una victoria de Gore sobre la base de una decisión judicial».<sup>95</sup> Los demócratas sí aceptaron la victoria de Bush sobre la base de una decisión judicial, mostrando así una diferencia enorme de disposición entre ambos partidos con respecto al funcionamiento de las instituciones democráticas. «Entre los intereses comunes de los hermanos Bush, la legislatura

de Florida, la mayoría republicana en el Congreso y la facción 'Rehnquist' de la Corte, el poder electoral nunca había sido usurpado tanto y tan rápidamente de las manos del pueblo», dijo la revista *The Nation* en su primer editorial del siglo XXI. En ese momento todavía no se sabía que ese acontecimiento había realmente inaugurado, junto con el siglo, un capítulo que parecería ser enteramente novedoso en la política norteamericana, y mundial.

## CAPÍTULO 4

### KITSCH POLÍTICO Y POLÍTICA IDEOLÓGICA EN EL GOBIERNO DE BUSH

A poca gente llamaría la atención la afirmación de que muchos estadounidenses son provincianos y que les cuesta reconocer que el mundo más allá de sus fronteras es complejo, diverso y pluricéntrico. Esto es, ciertamente, así. Pero lo interesante es que el fenómeno no se limita en absoluto al arco conservador, sino que asume una forma análoga en lo que en Estados Unidos suele autodenominarse «izquierda». En este caso, el provincianismo se manifiesta en la convicción de que los Estados Unidos son el único agente global, que todo lo malo que ocurre en el mundo es su responsabilidad y, nuevamente, en su incapacidad de reconocer que el mundo más allá de sus fronteras es complejo, diverso y pluricéntrico. El resultado de ambas actitudes provincianas, tanto de derecha como de izquierda, es el llamado «aislacionismo», que promueve el abandono de un escenario mundial que o bien es simplemente hostil y no valora la bondad de los Estados Unidos, o bien es simplemente víctima y no experimentaría más que beneficios si la presencia norteamericana en el mundo pudiese desvanecerse por completo.

Vale la pena retomar como ejemplo una escena que tuvo lugar durante el último tramo de la campaña electoral de 2000. En protesta por no poder participar en los debates de los dos principales candidatos a la presidencia, el ultraderechista Pat Buchanann y el candidato de iz-

quierda Ralph Nader participaron de un debate propio organizado por uno de los principales canales de televisión. En dicha oportunidad, Pat Buchanan planteó claramente cuál debía ser, a su criterio, la política exterior de los Estados Unidos: retirarse de las Naciones Unidas, repatriar todas las tropas estacionadas en el exterior en misiones de paz o de cualquier otra índole y desplegarlas mayormente a lo largo de la frontera con México para evitar la inmigración ilegal, desconocer los tratados internacionales que impiden el desarrollo de políticas de defensa propias y dejar que los conflictos de Medio Oriente y los Balcanes lo resuelvan árabes, israelíes, serbios y kosovares por su cuenta. Mientras el candidato de la derecha se explayaba acerca de estos disparates, Ralph Nader se limitaba a escuchar en silencio y hasta a asentir amigablemente ante alguna de dichas afirmaciones. Cuando llegó el turno de Nader, en vez de confrontar con tales posturas, éste prefirió limitarse a repetir lo que ya para ese entonces era su único latiguillo de campaña: demócratas y republicanos son indistinguibles, por lo que es indiferente quién gane, la defensa imperial de los intereses empresarios norteamericanos seguirá guiando la política del Departamento de Estado.

Alrededor de un año después y sólo unos pocos días después de la masacre del 11 de septiembre de 2001, ambos provincianismos se manifestaron aún más espectacularmente. Esta vez no fueron los actores políticos quienes hablaron –en ambos casos, enteramente ausentes– sino sus más afamadas expresiones culturales: la *Christian Coalition* y Noam Chomsky. Ambas tendencias llamaron la atención por su capacidad reveladora, haciendo notar al mundo que poseían la clave para la explicación del fenómeno. La ultraderecha adquirió notoriedad indicando que esto pasaba por culpa de los homosexuales, los abortistas, los luchadores por los derechos civiles y, en general, por culpa de todos aquellos que habían secularizado a los Estados Unidos. Dios, afirmaron, nos

ha retirado su protección.<sup>96</sup> Pero la izquierda tampoco se quedó atrás, porque aquello que no puede explicarse en términos de voluntad divina, sí puede y debe en cambio explicarse enteramente por condiciones mundiales que serían responsabilidad exclusiva de la política exterior norteamericana. Además de a la pobreza y a la injusticia del mundo en general, según Noam Chomsky las acciones de los terroristas comandados por Bin Laden se debieron a que Bin Laden se opone «a los regímenes corruptos y represivos de la región, que para él son no islámicos... Bin Laden desprecia a Estados Unidos por su apoyo de éstos regímenes. Como otros en la región, él también está indignado por el prolongado apoyo de Estados Unidos a la brutal ocupación militar israelí, que ya lleva 35 años... Y, como otros, él contrasta el dedicado apoyo de Washington a este crimen con los diez años de asalto británico-norteamericano contra la población civil de Irak, un ataque que ha devastado a la sociedad, causado cientos de miles de muertos y fortalecido a Saddam Hussein».<sup>97</sup>

Este razonamiento, que a primera vista parece tener algún sentido, es en realidad falaz en cada uno de sus puntos. Es cierto que Bin Laden rechaza el apoyo de Estados Unidos a algunos de los gobiernos del mundo árabe, pero es absolutamente evidente que no lo hace porque sean «represivos» sino porque no son lo suficientemente fundamentalistas. En segundo lugar, es claro que el apoyo de los norteamericanos a los israelíes es uno de los aspectos centrales del asunto, si bien Bin Laden nunca tuvo demasiado interés en el tema y sólo en algunos de sus comunicados del 2002 hizo referencia a ello. Pero los fundamentalistas islámicos no están en contra de la ocupación militar de los territorios palestinos sino de la existencia misma del Estado de Israel. ¿Es parte del programa de Chomsky la «limpieza étnica» que harían los fundamentalistas islámicos si pudiesen lograr su objetivo de destruir el Estado de Israel? En tercer lugar,

también parecería razonable relacionar los ataques a las *Twin Towers* con las sanciones a Irak. Pero ni tales sanciones tienen como objetivo a la población civil ni Osama bin Laden tiene demasiados problemas con su fracaso —es decir, con la permanencia de Sadam Husseim en el poder— salvo por el hecho de que, de ser posible, él preferiría un régimen islámico y no uno secular en ese país.<sup>98</sup> Cada una de estas afirmaciones era una falacia puesta al servicio de la reinterpretación de un crimen masivo realizada paradójicamente por uno de los lingüistas y politólogos contemporáneos más obsesionados por la consistencia lógica. Es verdad que la mayoría de los regímenes del mundo árabe son corruptos y despóticos. Así como también lo es el hecho de que la idea de Dios que tienen los fundamentalistas de la *Christian Coalition* se opone a la secularización y por lo tanto tienden a asociar con ella todos los males de este mundo. Pero decir que Osama bin Laden es un luchador de la libertad asociable con las causas de la «izquierda» es sencillamente tan alucinado como asegurar que Nueva York es la versión moderna de Sodoma y Gomorra.

En definitiva, para Chomsky y una parte importante de la izquierda norteamericana no importa que Bin Laden mismo exprese, con acciones y palabras, que su causa no es contra la represión o la injusticia en el mundo. No importa que sus principios teocráticos y totalitarios antagonicen explícitamente con todo aquello que la izquierda ha siempre sostenido y que sus acciones hayan tenido por objetivo y logrado cometer un monstruoso crimen contra la humanidad. Lo único que importa es proyectar obsesivamente sobre todo aquel que ataque a los Estados Unidos las causas por las cuales la izquierda ideológica sabe que algo así puede y, naturalmente, debe ocurrir. Planear por años la propia muerte sin cambiar de opinión y viviendo entre aquellos mismos a quienes se iba a asesinar, para luego estrellar aviones de pasajeros contra edificios repletos matando a tres mil personas fueron, en

palabras de Chalmers Jonson para *The Nation*, un ejemplo del uso de la «estrategia de los pobres» que «mataron a testigos inocentes que devinieron enemigos sólo porque de antemano ya se habían convertido en víctimas». <sup>99</sup> Víctimas, imagino, del capitalismo norteamericano, aunque esto no se aclara por completo en el artículo. En fin, si hay alguna diferencia formal entre estas causalidades y la causalidad mesiánica establecida por la *Christian Coalition*, debo admitir que esa diferencia es cada vez más difícil de reconocer.

Dejaré ahora de lado al fascismo religioso norteamericano de la *Christian Coalition* para indagar solamente sobre este curioso fenómeno de los autodesignados intérpretes del «fascismo con rostro islámico» <sup>100</sup>. Mi interpretación es que la incapacidad de juzgar un acontecimiento de esta naturaleza manifestada por parte de la izquierda y la necesidad de reducirlo todo a una causalidad que no requiera tomar en cuenta las motivaciones de los actores, es el resultado de una experiencia particular. Esta experiencia probablemente esté relacionada con los casi cincuenta años de guerra fría, situación incómoda que le impidió a la izquierda norteamericana participar decididamente en la vida democrática nacional y devenir lo que tan temprano como la década del cincuenta Maurice Merleau-Ponty promovía en Francia con el nombre de «liberalismo heroico» o izquierda no comunista. Pero lo seguro, en definitiva, es que hace ya demasiado tiempo que la izquierda norteamericana abandonó la política. Me refiero, por supuesto, a la izquierda ideológica y no a aquella que luego de la lucha por los derechos civiles y las transformaciones culturales de los 60 ha creado una especie de socialdemocracia-a-la-americana llamado Partido Demócrata y que ahora enfrenta problemas de naturaleza kitsch más que ideológica.

La izquierda ideológica es el resultado de esta prolongada experiencia y el fenómeno es fácilmente interpretable en términos weberianos. La izquierda ideológica ha

evolucionado hasta llegar a ignorar no sólo la ética de la responsabilidad sino también la ética de la convicción. La responsabilidad requiere del esfuerzo por comprender y tomar en consideración la pluralidad de perspectivas, acciones, tendencias y fuerzas que operan en el escenario político en que se actúa. En verdad, la dificultad que la izquierda ideológica tiene para asumir una ética de la responsabilidad no es demasiado nueva, pero lo que es novedoso, y llama aún más la atención, es la notoria desaparición de toda ética de las convicciones en las formulaciones discursivas de la izquierda ideológica. Lo que diferencia a ésta de la izquierda política es mucho más que los principios que las inspiran. Lo que las diferencia es la relación que ambas establecen con la idea misma de principios. Igualdad, justicia, libertad, todas ellas ideas organizadoras del campo progresista desde el tiempo de las revoluciones democráticas, mutaron para la izquierda ideológica en premisas automáticas de otra naturaleza que, mediante su aplicación mecánica, permiten escapar a la compleja realidad de los acontecimientos políticos. Como vimos en los capítulos primero y tercero, esta mutación de principios en premisas congela el juicio político y convierte a sus seguidores en torpes –pero a veces también sumamente peligrosos– agentes sociales. Para la izquierda ideológica norteamericana, al igual que para la izquierda ideológica global, hoy todo aquello que hagan los Estados Unidos, sus aliados o simplemente suceda como consecuencia del proceso de globalización tiene un único sentido y no requiere de mayor análisis.

En pocas palabras, la izquierda ideológica sostiene poder explicarlo todo pero en realidad no entiende nada, porque se niega tanto a pensar y atribuir sentido al acontecimiento mismo como a interpretar adecuadamente los términos en los que está planteado el conflicto. Sostiene que sabe por qué los terroristas atacaron las *Twin Towers* y el Pentágono, pero se niega a considerar los motivos por los que los actores mismos dicen haberlo

hecho, los valores que éstos sostienen al presentar su causa ante el mundo y las consecuencias de un posible fortalecimiento de estos mismos actores. Los actores dicen *jihad* y la izquierda ideológica entiende *égalité*, lo que la lleva a entusiasmarse con acontecimientos que se contradicen por completo con los principios que originariamente la inspiraron. La transformación de los alineamientos políticos mundiales y locales promete ser irreversible y, coincidiendo con Hitchens en su respuesta a Chomsky para la célebre *The Nation*, yo tampoco dudo en describir «esta mentalidad, cuidadosamente y sin excitación, como indulgente con el crimen e indulgente con el fascismo. Ninguna coalición política es posible con ese tipo de gente y, agradezco poder decir hoy, ninguna coalición política con ellos es necesaria. Ya no interesa lo que ellos piensen».<sup>101</sup>

¿Pero qué es, concretamente, aquello que permite a la izquierda ideológica norteamericana asociar tan fácilmente su perspectiva con aquella del fundamentalismo islámico? Propongo referirme a este posible denominador común en términos de «panesencialismo». Este panesencialismo es el resultado de una segunda mutación: las tradicionales políticas universalistas e internacionalistas de la izquierda devinieron en un panesencialismo antiglobalización que comparte su espacio imaginario con un mosaico de otras perspectivas que también ven en el presente global un orden político a destruir y superar. En esto radica este curioso nuevo entusiasmo de la izquierda ideológica.

¿Pero qué quiere decir este entusiasmo? Para contestar esta pregunta quizá sea útil revisar aquello que Immanuel Kant dijera sobre la Revolución Francesa cuando se preguntaba si podía afirmarse que el género humano se caracterizara por un constante progreso hacia mejor. Luego de descartar varias alternativas, Kant llegó a la conclusión de que la respuesta podía ser de todas formas afirmativa, dado que el entusiasmo despertado por la

revolución en los espectadores del mundo, no comprometidos ellos mismos en los acontecimientos, indicaba una disposición del género humano hacia el progreso. Por supuesto, esta actitud «progresista» de Kant y sus espectadores se mostraba en la simpatía en ellos despertada por el intento de los franceses de fundar una república. De este entusiasmo, probablemente más que de ninguna otra cosa, proviene la idea de que aquellos que se inspiran en los principios instituidos por las revoluciones democráticas son necesariamente los mismos que aquellos que desean el cambio «en general», esto es, los progresistas.

Otro optimista acerca de la disposición humana que vale la pena revisar en este punto fue Borges. En su «Anotación al 23 de agosto de 1944» Borges decía que ese día le había deparado «tres heterogéneos asombros: el grado *físico* de mi felicidad cuando me dijeron de la liberación de París; el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble; el enigmático y notorio entusiasmo de muchos partidarios de Hitler». Aparentemente, Borges no tuvo problema en asimilar los dos primeros asombros de la lista, pero el tercero de ellos despertó una inquietud que requería una mayor inspección. «Noches después», diría entonces, «un libro y un recuerdo me iluminaron. El libro fue el *Man and superman* de Shaw; el pasaje a que me refiero es aquel del sueño metafísico de John Tañer, donde se afirma que el horror del infierno es su irrealidad... El recuerdo fue de aquel día que es el perfecto y detestado reverso del 23 de agosto: el 14 de junio de 1940. Un germanófilo, de cuyo nombre no quiero acordarme, entró ese día en mi casa; de pie, desde la puerta, anunció la vasta noticia: los ejércitos nazis habían ocupado París. Sentí una mezcla de tristeza, de asco, de malestar. Algo que no entendí me detuvo: la insolencia del júbilo no explicaba ni la estentórea voz ni la brusca proclamación. Agregó que muy pronto esos ejércitos entrarían en Londres. Toda oposición era inútil, nada podría detener su victoria. Entonces comprendí que él

también estaba aterrado. [...] Ser nazi es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena. Es inhabitable; los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad central de su yo, puede anhelar que triunfe».<sup>102</sup>

Imagino encuentros similares en todo el mundo, esta vez durante el martes 11 de septiembre del 2001. Los que «brindaron» y los que sintieron tristeza y asco se encontraron y se siguen encontrando a diario en El Cairo, Nueva York o Buenos Aires. ¿Pero podemos ser hoy tan optimistas como Borges y Kant? ¿No será que Kant no pudo prever que los espectadores del mundo podía entusiasmarse por acontecimientos como éste y que a Borges se le escapó que aquella estentórea voz y brusca proclamación no denotaban terror sino el profundo abismo moral que los separaba? O, para plantearse una pregunta de tipo arendtiana, ¿no será que la banalidad del mal no es un atributo exclusivo de los ejecutores de crímenes sino que puede ser compartida también por quienes juzgan los hechos? En este contexto, no hay que descartar que luego de tanto debate posmoderno, la izquierda ideológica termine preservando el lado más idiota –por tonto y por antipolítico– de la modernidad: la idea de que todo cambio o potencial revolucionario es necesariamente para mejor.

Podría decirse que al menos desde hace más de medio siglo que los principios seculares, republicanos y democráticos son hegemónicos en la mayoría de los países occidentales. También podría decirse que la globalización se encaminaba en el presente a una universalización de tales principios. De más está decir que tanto el logro de la hegemonía de dichos principios en Occidente como su amenaza actual a otros órdenes no fueron ni son procesos pacíficos o armónicos, ni que esos principios están siendo amenazados en los países occidentales mismos de manera creciente, como lo mostraron las características ideoló-

gicas y antiinstitucionales del gobierno de George W. Bush. No es ése el punto, sino el indicar que puede que no sólo en los Estados Unidos, sino también en gran parte del mundo, el cambio hoy pueda tener como enemigo existencial –no ya como objetivo final– al orden político secular y democrático. La pregunta es: ¿estamos ante una revolución? Podría decirse que el entusiasmo que provocaron en el mundo moderno las revoluciones francesa y rusa, la primera por la posibilidad de fundar una república democrática y la segunda por la posibilidad de eliminar la injusticia social, quizá sea hoy replicado –pero sólo en su forma– por una simpatía equivalente, esta vez despertada por la posibilidad de resegmentar el mundo a favor de políticas identitarias capaces de relacionarse entre ellas –¡por el momento!– en términos de una especie de panesencialismo. Pero la segunda pregunta, a la que volveremos enseguida, necesariamente es la siguiente: si estamos ante una revolución, ¿no será que en el nombre de la defensa del orden actual en realidad se están preparando las condiciones para una revolución con muchas más posibilidades de éxito, una revolución esta vez encabezada por las fuerzas de la derecha ideológica estadounidense, ahora en control de todas las ramas del Estado y en abierta amenaza del incipiente orden internacional?

El intento panesencialista no sería enteramente novedoso. Tendría como antecedente la expansión fascista en Europa que dio origen al holocausto y la Segunda Guerra Mundial. La derrota de tal experiencia occidental –una experiencia, no lo olvidemos, que encontró eco ideológico desde Tierra del Fuego hasta Alaska y desde California hasta Japón– fue tanto militar como simbólica. El fascismo siguió existiendo, pero nunca recuperó la legitimidad política o el poderío militar que necesitaría para volver a amenazar el orden político dominante en Occidente. La ofensiva hoy no tiene como único escenario a Europa y América sino que estalla ante la disolución de los marcos

de certidumbre que hoy la modernidad hace llegar al mundo islámico y que, confirmando a Lefort, nuevamente ha dado origen a una respuesta totalitaria. Hace tiempo que la idea de un panesencialismo se hacía crecientemente seductora para amplios sectores de la cultura y la política occidental. Pero, por supuesto, la ofensiva real tenía que provenir de un «otro» realmente otro, es decir, de alguien para quien la reivindicación esencialista de una identidad en contra de la secularización no fuera sólo una cuestión de moda intelectual sino más bien de antagonismo existencial, esto es, para el fundamentalismo islámico. La izquierda ideológica tendrá que saber de qué lado de ese conflicto está. Y esto no sólo porque el conflicto es real, sino también porque la otra revolución, aquella que encarna la administración Bush, requiere ser enfrentada con la mayor claridad de juicio y con las mayores habilidades políticas. Ante ambas revoluciones, una vez más habrá que tomar la decisión de sumar fuerzas con un mundo democrático que nunca asumirá la forma subjetivamente deseada por nadie, y que no lo hará, precisamente, porque siempre hay otros que piensan distinto y que sin embargo son bienvenidos. Ese era el liberalismo heroico del que hablaba Merleau-Ponty, el que acepta a los adversarios como legítimos y se piensa a sí mismo como tarea.

Pero lamentablemente este tampoco es el tipo de política de izquierda democrática que ha caracterizado recientemente a la otra expresión de la izquierda estadounidense: el Partido Demócrata. Como ya hemos visto, no lo ha sido durante la campaña electoral del 2000, pero tampoco lo ha sido en el proceso abierto por el ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001. Por eso es que la tipología elaborada a lo largo de este trabajo nos ayudará ahora también a comprender la frecuente incapacidad de los representantes políticos estadounidenses que se encuentran del centro a la izquierda del espectro político (esto es, el Partido Demócrata) de reconocer su propia

capacidad de incidir en el estado de la opinión pública y a través de ella en las condiciones que harían hoy posible el desarrollo de políticas local e internacionalmente más responsables que las presentes (esto es, que permitirían detener al Partido Republicano en su galopante militarismo y reducir los peligros que éste acarrea para los Estados Unidos y el mundo).

En realidad, lo que ocurrió es fácilmente comprensible. El 11 de septiembre se produjo el mayor atentado terrorista de la historia de los Estados Unidos y, para colmo, dicho atentado no podía ser fácilmente procesable en términos meramente criminales, dado que rápidamente se hizo evidente el hecho de que estábamos ante una acción largamente planificada y ejecutada por una organización que –independientemente de su realismo– decía proponerse la eliminación de los Estados Unidos, es decir, lo declaraba su enemigo existencial. Las posibilidades de que una situación como la descrita no despertara una furia nacionalista y guerrera en los estadounidenses eran realmente mínimas, por lo que no hubo mente despierta en Estados Unidos o el mundo que no temiera lo peor.<sup>103</sup>

Sin embargo, lo ocurrido en el período que fue del 11 de Septiembre de 2001 a la caída del régimen Talibán y la dispersión de Al-Qaeda en territorio afgano no fue, finalmente, lo peor. Es cierto que el Congreso estadounidense se apresuró por dotar al Ejecutivo de todo el apoyo que éste requiriera para emprender su esfuerzo bélico. Es cierto también que fueron pocas las voces críticas que se escucharon cuando la metáfora bélica dominó la interpretación del atentado, cuando en realidad hubiese sido mucho más adecuado describir los acontecimientos en términos de crimen contra la humanidad (es decir, de una comunidad humana que es ofendida en su pluralidad).<sup>104</sup> La interpretación que el gobierno republicano finalmente logró instalar en la opinión pública fue la de una iniciación de hostilidades por parte de una potencia extranjera (es decir,

como una nación que se ve obligada a responder al comienzo de una guerra ofensiva por parte de una nación extranjera). Pero, aun así, la respuesta inicial no fue la temida. La guerra fue limitada, el fin del régimen Talibán casi instantáneo, el júbilo de muchos afganos realmente sincero. En concreto, la respuesta exterior e inmediata no se convirtió en el desproporcionado emprendimiento bélico que los peores pronósticos anunciaban.

Pero lo que acabo de decir se limita solamente a un aspecto del proceso abierto por el atentado de Al-Qaeda en Nueva York. Me referí intencionalmente a la respuesta «exterior e inmediata» para así pasar luego a las dos dimensiones dejadas de lado por tal definición, esto es, los impactos interior y mediato del ataque terrorista en la vida política norteamericana. Es allí donde el doble movimiento producido por la ausencia de enunciación política creativa generada por la actitud kitsch del Partido Demócrata y la enunciación ideológica militante practicada por el Partido Republicano han caracterizado gran parte del proceso. La serie de iniciativas autoritarias –tanto en el orden local como el internacional– lanzadas por el gobierno de George W. Bush encontraron a los demócratas sin reflejos suficientes para actuar pública e institucionalmente como contrapeso. Se dirá que esto no se debe a una falta de reflejos sino a una coincidencia espontánea de programas. Pero tal visión, antes de ser aceptada como válida, debería poder explicar un fenómeno más vasto: el del amplio reconocimiento de aquellos sectores de la opinión –tanto periodistas especializados como intelectuales– que normalmente se ven expresados políticamente por el Partido Demócrata de que algo grave estaba pasando. En suma, como ha ocurrido ya muchas veces en la vida pública norteamericana, ante ciertos acontecimientos se produce una polarización cultural que rara o tardíamente logra una efectiva expresión en la vida política partidaria. Y este fenómeno es uno de los resultados más evidentes de lo que he llamado kitsch político.

La lista de iniciativas autoritarias emprendidas por el gobierno de Bush en el orden interno es larga. En el campo doméstico, la limitación del acceso al más mínimo asesoramiento legal por parte de cientos de inmigrantes de origen árabe detenidos durante los meses que siguieron a los atentados, la redacción de un decreto presidencial creando tribunales militares que violaban las más mínimas garantías jurídicas de los acusados<sup>105</sup> y, en el campo económico, la utilización de la recesión económica, profundizada por la «guerra», para motorizar aún más recortes de impuestos para los estratos superiores de la pirámide social –el neoliberalismo no es receta sólo para el Tercer Mundo–, para aumentar exorbitantemente el presupuesto militar y para acelerar las concesiones a los petroleros de Texas, autorizando la excavación y explotación en la reserva natural más grande y ecológicamente frágil de los Estados Unidos, situada en Alaska.

En el plano internacional, las iniciativas del Ejecutivo incluyeron el retiro del tratado que impedía la prueba y proliferación nuclear de las grandes potencias, las violaciones de principios establecidos de derecho internacional tales como la convención de Ginebra sobre el tratamiento de prisioneros de guerra y, fundamentalmente, el creciente unilateralismo que, a pesar de haberse atenuado durante los días que siguieron a los ataques –cuando Estados Unidos sintió la necesidad de sumar aliados en su «guerra contra el terrorismo»– hoy ha recuperado e incrementado sus viejos ímpetus hasta límites que sólo un par de años atrás hubieran sido inimaginables. Todo esto, junto con las lógicas repercusiones internacionales de la lista de iniciativas locales enunciada primero. El mejor ejemplo: hizo falta la intervención del célebre juez Baltasar Garzón para que el gobierno de Bush enfrentara la realidad de que al menos Europa no iba a extraditar a ningún terrorista vinculado con los ataques del 11 de septiembre a un país que no respetara garantías legales de reconocimiento internacional.

Estas iniciativas internas inmediatas y las perspectivas futuras de una política internacional estadounidense crecientemente marcada por el militarismo, son los principales peligros que la democracia estadounidense y la estabilidad global enfrentan desde los ataques de al-Qaeda. ¿Cuál fue la respuesta de la izquierda política partidaria ante estas amenazas? El apoyo incondicional inicial a un presidente que, naturalmente, debía representar a la comunidad agredida; el silencio posterior, cuando la perplejidad empezó a instalarse en las filas demócratas ante lo temerario de las iniciativas del Ejecutivo y lo sostenido de su apoyo en la opinión pública; y, recién promediando 2002, el comienzo de una tibia oposición que todavía no había llegado a tomar vuelo cuando la estrategia republicana de apuntar los cañones hacia Irak volvió a ponerlos a la defensiva, logrando nuevamente monopolizar el discurso público. El apoyo inicial luego del 11 de septiembre fue comprensible, sobre todo debido a que las primeras señales locales y globales fueron bastante prudentes: amplia y permanente actitud inclusiva ante las comunidades de inmigrantes de origen musulmán, junto a una respuesta internacional que contempló la necesidad de dotarse de aliados y de actuar a una escala prudente en su preparación para enfrentar al régimen Talibán. Pero el largo período de silencio posterior, producto exclusivo de una lectura del estado de la opinión que aterrorizaba a los demócratas – la mera posibilidad de decir algo que pudiera sonar como poco patriótico les resultaba impensable– han contribuido a la consolidación de una serie de sentidos y discursos que serán muy difíciles de revertir y que ya han generado resultados de suma gravedad.

En los dos años que siguieron a los atentados del 11 de septiembre y durante el debate por la guerra en Irak, una gran mayoría de los estadounidenses parecen haberse percibido como embarcados en una «guerra contra el

terrorismo» que no tiene por enemigo a un actor colectivo concreto sino a una calificación abstracta. Una guerra así no tiene, literalmente, conclusión posible. Cuando Bush enuncia su «cruzada» contra el mal, no hace más que demostrar cómo este conflicto está siendo procesado por su actitud política ideológica en términos de «movimiento» –en su sentido literal de mantenerse activo– que, si bien plantea tener un *telos* aparentemente utópico, en realidad lo único que hace es garantizar su permanencia en el tiempo, lo que constituye el sueño principal de la derecha estadounidense. Pero esta situación no está, por supuesto, consolidada; no hay momento en que deje de ser posible enunciar una oposición e incidir de ese modo en el rumbo de los acontecimientos. Los discursos públicos y las acciones políticas de algunos demócratas llegaron a veces a ser alentadores, dado que no sólo habían ocurrido –es decir, rompieron con la parálisis kitsch y se pronunciaron en contra de políticas de un presidente que, en las encuestas, gozaba todavía de un 80% de popularidad– sino que además parecían haber dado comienzo, como era de esperar, a una serie de críticas cada vez más elocuentes.

Hacia mediados de 2002, la actitud discursiva que adoptara el Partido Demócrata en sus campañas para las elecciones legislativas de noviembre era de una relevancia difícil de exagerar, pero tampoco había ninguna garantía de que, una vez más, no fuera la «prudencia» kitsch la que se impusiera. Así fue como la estrategia republicana dio nuevamente resultado, evitando que los demócratas pudiesen poner en marcha adecuadamente su plan de limitar su discurso de campaña a problemas domésticos –que, dada la fuerte crisis económica, les daba obviamente bien en las encuestas– y abrumando a todo aquel que osara cuestionar a Bush en temas tales como Irak o la guerra contra el terrorismo. Era de todas formas difícil que los demócratas perdieran mucha representación electoral; como expliqué en el capítulo segundo, en un

sistema de distrito uninominal, no hay alternativa de izquierda que pretenda preservar lugares de poder que no sea votarlos a ellos. Igualmente, las escasas bancas perdidas por el Partido Demócrata fueron suficientes para otorgarle al Partido Republicano mayoría en ambas cámaras, mientras que por fuera de las instituciones la parálisis kitsch seguiría generando los espacios que la derecha necesitaba para consolidar su coyuntural hegemonía discursiva. De esta forma fue como hacia fines de 2002 y comienzos de 2003, no parecía ya quedar más alternativa que seguir depositando la esperanza y los esfuerzos en una izquierda «pública» en lo doméstico (algunos sectores importantes del mundo periodístico e intelectual) y una opinión pública y muchos actores políticos internacionales que tenían por delante tratar de complicarle los planes a un Partido Republicano que, después de todo, parecía seguir empeinado en confirmar nuestro temor inicial.

Lo que se puso finalmente en juego en el debate sobre Irak no fue la cuestión de la guerra o la paz. Tampoco fue la distinción entre guerra justa o injusta. Y mucho menos –aunque a las posiciones más pacifistas o humanitarias todavía les cueste entenderlo– lo fue el enorme sufrimiento humano que toda guerra inevitablemente genera. Lo que se puso en juego en el debate sobre Irak fue la cuestión del *régimen político*. ¿Pero cuál régimen político? ¿El iraquí, como sostenían los que proponían la guerra contra Irak como una forma de «liberar» a millones de árabes y así generar un efecto democratizador en la región? ¿O el estadounidense, como advertían aquellos ciudadanos norteamericanos que interpretaban la guerra como la puesta en marcha de una doctrina de guerra ofensiva que cambiaría, quizás irreversiblemente, la naturaleza de su propia república?

Sería interesante poder considerar ambas posibilidades, que sin duda están estrechamente vinculadas con el problema que me propongo tratar ahora. Pero el régimen

político al que me refiero es otro y ése fue el que se puso inmediatamente en juego cuando la administración Bush hizo pública su decisión de inaugurar con Irak la doctrina de los ataques preventivos. El régimen político al que me refiero estaba siendo transformado desde antes de que la guerra en Irak se materializara e incluso con anterioridad a los ataques del 11 de septiembre, que hoy se intentan infructuosamente utilizar como excusa. El régimen político al que me refiero es aquel cuyo posible desmantelamiento había movilizadado a millones de personas en casi todas las ciudades del mundo y había forzado a ciudadanos de los países más remotos a seguir de cerca los debates del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. El régimen político que estaba en juego, en fin, era uno incipiente, poco desarrollado y que carecía de una fuerza de seguridad propia, pero que sin embargo ya demandaba –y demandó más que nunca durante los debates sobre la guerra en Irak– el monopolio del ejercicio de la fuerza *legítima* en un territorio de su jurisdicción. El régimen político que estaba en juego era el orden político internacional que se había ido desarrollando durante los más de cuarenta años que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial y que había entrado en una nueva dinámica en los diez años que separaban el fin de la guerra fría del año 2003, dinámica que el Partido Republicano de los Estados Unidos no estaba dispuesto a aceptar.

Ese régimen político daba distinto peso político a distintos ciudadanos del mundo, es cierto, pero sin embargo establecía también algunos criterios mínimos de reciprocidad. Ese régimen político que –como todo régimen político, vale aclarar– era ineludiblemente dinámico, parecería estar dando a los ciudadanos del mundo la sensación de estar viviendo un proceso de construcción política con cierta legitimidad propia que no tenía por qué desembocar en la aceptación meramente fáctica del poder de las fuerzas armadas más poderosas del mundo.

Ese régimen político daba a cinco de sus estados miembros más poder que a los otros, también es cierto, pero a la vez multiplicaba sus prácticas e instituciones de tal modo que muchas de ellas –como por ejemplo la corte internacional criminal que se encarga de juzgar crímenes de lesa humanidad, crímenes de guerra e, irónicamente, el delito de guerra ofensiva– no parecían poder reducirse a mera fachada de poderes de facto.

Pero lamentablemente, como afirmé más arriba, parecería ser que estábamos ante una revolución –o, mejor dicho, un golpe de Estado– que se proponía abortar dicho proceso. Los que normalmente analizan las relaciones internacionales desde lo que creen es un punto de vista enteramente realista, suelen desarrollar una visión exclusivamente sincrónica de la vida política contemporánea. Para ellos, hablar de régimen político internacional es simplemente inaceptable, porque saben desde Hobbes que de no haber un Leviatán común es imposible hablar de un régimen político común. Pero este tipo de realismo –que en realidad es empirismo– olvida toda diacronía cuando analiza el presente, a la vez que ignora toda sincronía cuando se trata de analizar el pasado. Esta perspectiva suele ignorar la contingencia de un pasado que fue presente cuando narra, con la seguridad de quien describe lo inevitable, los procesos de constitución de los estados-nación cuya aparición creó el escenario internacional que hoy nos resulta tan familiar. A la inversa, esta perspectiva suele ser incapaz de percibir la dimensión dinámica de un presente que se parecía más a un conflicto sobre la forma que asumiría el orden político mundial que a una repetición de escenarios pasados que había que emular con resignación.

El 16 de marzo de 2003, los jefes de estado de España, Gran Bretaña y Estados Unidos, reunidos en una isla en el medio del atlántico, decidieron dar a las Naciones Unidas veinticuatro horas de plazo para «demostrar» la relevancia de la organización. El Consejo de Seguridad podía alterar

el destino de lo que ya parecía una discontinuidad institucional inevitable si aceptaba la interpretación que de sus sucesivas resoluciones exigían estos tres gobiernos y «autorizaba» una guerra cuya puesta en marcha no estaba en discusión. Pero en realidad, el régimen político estaba amenazado de tal manera que ninguna de las alternativas posibles parecía estar en condiciones de salvarlo. Un cambio de último momento en la voluntad de los otros estados no podía salvar al régimen sino que, ahora sí, lo reduciría sin ambigüedades a un destino de mera fachada de los poderes fácticos. Mientras que un rechazo de la postura de estos tres estados ponía al régimen político ante la incontestable realidad de su fracaso; «las milicias» de uno de sus estados, mucho más poderosas que las de todos los demás estados miembros, iban finalmente a ignorar sus órdenes y confirmar su irrelevancia.

El nuevo régimen político a establecer ya tenía su constitución. Los «padres fundadores» se llaman Paul Wolfowitz y Richard Cheney, entre otros. El primer borrador de la nueva constitución, generado en 1992, un año después de la Guerra del Golfo y de la caída de la Unión Soviética, había sido presentado a George Bush padre, en ese entonces presidente de los Estados Unidos, y rechazado por éste de manera terminante; el documento no era conservador, como el presidente, sino revolucionario. Ese documento se convirtió en el diseño institucional del nuevo orden político mundial y se materializó en «La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América», manifiesto oficial de la política exterior del gobierno de George W. Bush. Entre 1992 y 2000, el proyecto tuvo que esperar, dado que «el sueño de dominación mundial –como decía Norman Mailer– no fue recogido por la administración Clinton, [lo que] podría ayudar a dar sentido al intenso e incluso virulento odio que tantos en la derecha sintieron durante esos ocho años. Si no fuera por Clinton [pensaban,] los Estados Unidos estarían gobernando el mundo».<sup>106</sup>

Pero un revolucionario no se limita a esperar sentado el advenimiento de un futuro que de todas formas considera inevitable. Un revolucionario actúa y no repara en instituciones, y mucho menos si se trata de instituciones, como las democráticas, que precisamente suponen prácticas y principios que son los que su revolución se propone desplazar. Los medios por los cuales los revolucionarios del Partido Republicano intentaron recuperar el poder político durante esos ocho años fueron tanto electorales –el llamado Contrato con América de 1994– como «institucionales», el juicio político a Bill Clinton de 1998-9. Pero ninguno de estos medios había logrado el resultado esperado cuando los revolucionarios se toparon con la crisis electoral de Florida durante las elecciones presidenciales de 2000. Fue allí que, como vimos, la radicalización ideológica del Partido Republicano forzó la primera discontinuidad institucional de lo que hoy ya es una serie, e instaló en la presidencia a un George W. Bush sin legitimidad democrática de origen.

Hoy el Partido Republicano se ha convertido finalmente en un actor político internacional y está dispuesto a seguir forzando las incipientes instituciones mundiales de manera análoga. El régimen a instalar no era, por supuesto, una réplica de aquel que los constitucionalistas de 1787 diseñaron para la confederación de 13 estados nacida en 1776 y que, por razones semejantes a las de esta coyuntura –básicamente, la incapacidad hacer valer su monopolio de la fuerza legítima– debió ser reemplazada por una república federal. Los principios que articulaban la nueva constitución eran básicamente dos: la doctrina de la guerra preventiva y la manifestación de un poder abrumador. La doctrina de la guerra preventiva sostiene un principio básicamente hobessiano, es cierto: en el estado de naturaleza internacional, cada Leviatán es soberano en su capacidad de decidir cuándo su seguridad se encuentra amenazada. La manifestación de un poder abrumador, en cambio, parecería ignorar el principio

hobessiano básico que dice que no importa cuán grande y poderoso seas, en el estado de naturaleza la muerte violenta en manos de un número indeterminado de los «débiles» es siempre una posibilidad que nos iguala a todos. La manifestación de este poder abrumador necesitaba a Irak, precisamente para manifestarse; el poder es, inevitablemente, performativo. La idea de la doctrina era garantizar, desde ahora hasta la eternidad, que ningún Estado o grupo de estados sobre la tierra pueda jamás amenazar la superioridad militar de los Estados Unidos.

La nueva constitución parecería ignorar el problema de la legitimidad y creer que el poder puede ser concebido como mera fuerza. Lo que indica que el realismo de la nueva doctrina es, al menos, cuestionable. Podría afirmarse incluso cuando la nueva doctrina recién acababa de ponerse en marcha, ésta ya había logrado debilitar de manera considerable la legitimidad del poder político de los Estados Unidos en el escenario internacional. En este nuevo escenario, muchos actores sociales y políticos, y gran parte de la opinión pública del mundo, parecen haber aceptado –a diferencia de lo hecho por el Partido Demócrata de los Estados Unidos durante la etapa doméstica de la radicalización ideológica del Partido Republicano– la incertidumbre de las nuevas circunstancias y haber decidido asumir los riesgos propios de toda acción política democrática. Puede que el resultado militar del proceso que se iniciaba fuera relativamente fácil de predecir. Pero el resultado político, en cambio, dista y distaba mucho de ser evidente.

## NOTAS

<sup>1</sup> Castoriadis, Cornelius. «Lo imaginario: la creación en el dominio histórico-social» en *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. (Barcelona: Gedisa, 1994), p. 64.

<sup>2</sup> Op. cit., p. 65.

<sup>3</sup> Entiendo por sociedad democrática aquello que Claude Lefort sugiere: una forma social más que un sistema político, es decir, un tipo de sociedad que asume y celebra su propia indeterminación. O, en palabras de Castoriadis: «Esas sociedades representan... una forma nueva de ser históricosocial y, en realidad, de ser sin más ni más: por primera vez en la historia de la humanidad, de la vida y, que sepamos, del universo, nos encontramos en presencia de un ser que pone abiertamente en tela de juicio su propia ley de existencia, su propio orden dado. Estas sociedades cuestionan su propia institución, su representación del mundo». Op. cit., pp. 76-77. Para Lefort, ver «The Question of Democracy» en *Democracy and Political Theory*. (Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, 1988), p. 9-20.

<sup>4</sup> Arendt, Hannah. *The Human Condition* (New York: Anchor, 1959). En el caso de todos los textos cuyo título de la obra citada está en inglés, las traducciones son mías.

<sup>5</sup> Merleau-Ponty, Maurice. *Phenomenology of Perception* (New York: Routledge, 1998), pp. 217-218.

<sup>6</sup> Calinesco, Matei. *Five Faces of Modernity* (Durham: Duke University Press, 1987), p. 249.

<sup>7</sup> Op. cit., p. 253.

<sup>8</sup> Kant, Immanuel. *Critique of Judgement* (New York: Hafner, 1951).

<sup>9</sup> Merleau-Ponty, Maurice, «El lenguaje indirecto y las voces del silencio» en *Signos* (Barcelona: Seix Barral, 1964), p. 88.

<sup>10</sup> Arendt, Hannah. *Lectures on Kant's Political Philosophy* (Chicago: The University of Chicago Press, 1982), p. 108.

<sup>11</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «Cézanne's Doubt» en Johnson, G. Ed. *The Merleau-Ponty Aesthetics Reader. Philosophy and Painting* (Evanston: Northwestern, 1993), p. 196.

<sup>12</sup> *Op. cit.*

<sup>13</sup> Merleau-Ponty, Maurice, «El lenguaje indirecto y las voces del silencio», p. 87.

<sup>14</sup> Merleau-Ponty, Maurice. *The Visible and the Invisible* (Evanston: Northwestern University Press, 1968.)

<sup>15</sup> Merleau-Ponty, Maurice. *Adventures of the Dialectic* (London: Heinemann, 1974), p. 4.

<sup>16</sup> *Op. cit.*, p. 3.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 6.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, pp. 7-9.

<sup>19</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «The Primacy of Perception» en *The Primacy of Perception* (Evanston: Northwestern Univ. Press, 1964), p. 25.

<sup>20</sup> Merleau-Ponty, Maurice. *Adventures of the Dialectic*, p. 22-23.

<sup>21</sup> Geertz, Clifford. *Interpretation of Cultures* (New York: Basic Books, 1973), p. 29.

<sup>22</sup> Tocqueville, Alexis de. *Democracy in America II* (New York: Vintage, 1990), p. 87-88.

<sup>23</sup> Merleau-Ponty, Maurice. *Adventures of the Dialectic*, p. 28-29.

<sup>24</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «El lenguaje indirecto y las voces del silencio», p. 63.

<sup>25</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «The Primacy of Perception», p. 25.

<sup>26</sup> Arendt, Hannah. *The Human Condition*.

<sup>27</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «El lenguaje indirecto y las voces del silencio», p. 64.

<sup>28</sup> *Op. cit.*, p. 93.

<sup>29</sup> Merleau-Ponty, Maurice. «El lenguaje indirecto y las voces del silencio», p. 80.

<sup>30</sup> Calinesco, Matei. *Five Faces of Modernity*, p. 247.

<sup>31</sup> Simmel, Georg. *On Individuality and Social Forms* (Chicago: University of Chicago Press, 1971).

<sup>32</sup> Moles, Abraham. *El Kitsch. El arte de la felicidad*. (Barcelona: Piados, 1990), p. 11.

<sup>33</sup> Eco, Umberto. *Apocalípticos e Integrados* (México: Tusquets, 1995).

<sup>34</sup> *Op. cit.*, p. 84.

<sup>35</sup> Kulka, Tomas. *Kitsch and Art*. (University Park: Pennsylvania State University Press, 1996.)

<sup>36</sup> Como veremos en los capítulos siguientes, el Partido Republicano ha logrado durante la administración Bush desarrollar una dirección política inusualmente concentrada e ideologizada, pero

esto se debe a razones más bien vinculadas, por un lado, con el régimen presidencialista y, por el otro, con la radicalización ideológica de la base y de los sectores más activos del partido durante el gobierno de Clinton.

<sup>37</sup> Este fenómeno es muy relativo. Si bien es cierto que muchos de los diarios y revistas de calidad, los actores y directores más reconocidos, y las universidades son notoriamente demócratas, también es muy claro que las empresas más poderosas de la industria cultural y los grupos más grandes de noticias son abrumadoramente conservadores. El período posterior al atentado terrorista del 11 de septiembre y los debates generados por la guerra contra Irak hicieron esto sumamente evidente.

<sup>38</sup> En el sentido dado al término en los Estados Unidos, que es algo equivalente a lo que en Europa o América Latina llamaríamos «socialdemócrata».

<sup>39</sup> En un discurso pronunciado por el en ese entonces gobernador George W. Bush en una cena anual organizada por el arzobispo católico de Nueva York, rito que se caracteriza por el humor sugerido a los oradores, éste se refirió a su audiencia con estas palabras: «Me encuentro ante representantes de aquellos que tienen y de aquellos que tienen aun más. Algunos los llaman la elite, yo los llamo mi base».

<sup>40</sup> El exitoso documental *Bowling for Columbine* es una perfecta descripción de este fenómeno social.

<sup>41</sup> Aunque el principal «responsable» de dicha decepción era claramente Bill Clinton, al que la izquierda tradicional nunca perdonaría las múltiples instancias en las que su administración alteraría posiciones políticas que la izquierda consideraba sagradas.

<sup>42</sup> En particular, pero no exclusivamente, en un sistema parlamentario.

<sup>43</sup> Resultaría más que evidente durante el debate sobre la guerra en Irak que el gobierno de Bush era en realidad el gobierno de Bush-Cheney-Rumsfeld-Aschcroft-DeLay.

<sup>44</sup> Veremos en el próximo capítulo cómo esta falta de «vocación política» es literalmente weberiana, puesto que lo puso constantemente a Gore en una situación sumamente complicada –por razones básicamente kitsch– con relación a la responsabilidad política.

<sup>45</sup> En Estados Unidos los alumnos de las escuelas son sometidos a frecuentes «tests». A partir de esos exámenes –y normalmente sin tener en cuenta el contexto social que rodea a cada establecimiento– se suele llegar a conclusiones acerca del «fracaso» o «éxito» de determinada escuela o grupo de escuelas.

<sup>46</sup> En Estados Unidos la estructura impositiva es inmensamente más progresista que en la Argentina, siendo que el IVA es un impuesto que sólo existe en algunos estados, es decir, que no existe en la estructura impositiva nacional, y generalmente es inferior al 10%, mientras que los ingresos de la base de la pirámide salarial casi no pagan impuestos directos. Debido a eso, las reformas impositivas de Bush terminaron beneficiando masivamente al 1% superior de la pirámide social.

<sup>47</sup> Como le gustaba decir a Clinton: «Bush está en el lado incorrecto en todos los temas».

<sup>48</sup> Como nota de color, vale la pena aclarar que los sectores más radicalmente anti-estatales y de la derecha religiosa del Partido Republicano sostienen que una alternativa igualmente válida es la enseñanza en el hogar y por sus padres. Esta es una de las más claras dimensiones de la agenda antiliberal (en el sentido norteamericano, pero también en el sentido filosófico), que de un solo tiro «recupera» el lugar de la mujer en el hogar, reduce la influencia del pensamiento liberal en sus hijos y rescata a los niños de un entorno «excesivamente diverso» (como se mencionó alguna vez en un evento republicano).

<sup>49</sup> Como en el caso del episodio Elián González, en el que Gore quiso quedar bien con la comunidad de exiliados cubanos de Miami, fanáticamente republicana y de derecha, quedando finalmente mal ante los más de dos tercios de norteamericanos con sentido común que creían que más allá del color del régimen del gobierno de Cuba el chico debía estar con su único padre vivo.

<sup>50</sup> Una nota aparte merece la situación con respecto a América Latina, que tenía tres aristas excluyentes. La de la ayuda financiera para la lucha contra el narcotráfico en Colombia, en lo que parecían estar de acuerdo ambos candidatos (con muy poco debate al respecto, lo que indicaba una peligrosa falta de consideración de una acción motivada por una ineficiente y poco reflexiva «guerra contra las drogas» en la que decía estar embarcado el gobierno de Clinton; hubo muchas críticas a esta política a lo largo de la campaña, pero ninguna tuvo una seria repercusión en la misma). La segunda arista excluyente era la de la presión contra un Perú sumamente inestable en esos días y cualquier otro intento de amenazar las instituciones democráticas en el continente. Éste tampoco fue un tema de controversia, pero la historia indica que los secretarios de Estado demócratas suelen ser más sensibles –y menos peligrosos– en la materia que los republicanos. El tercero y más picante era el de las sanciones comerciales a Cuba. La clara tendencia indicaba que el gobierno de Al Gore hubiera continuado la línea del gobierno de Clinton, que tendía a

reducirlas lentamente; mientras que un gobierno de Bush revertiría ese proceso. Con un lenguaje metafórico, muchos críticos solían decir que la política exterior norteamericana con respecto a Cuba estaba secuestrada por la electoral y económicamente poderosa comunidad de exiliados cubanos en Miami del mismo modo que el pequeño Elián González lo estuvo durante días por parte de una familia de la misma comunidad.

<sup>51</sup> Razón por la cual Bush disfrutaba de ironizar sobre el hecho de que la idea del Estado gigante de Gore iba tan lejos que hasta planeaba darles recortes de impuestos sólo a la gente que se comportara como el Estado cree que es correcto comportarse.

<sup>52</sup> Las ironías de Bush comenzaban por preguntar a sus audiencias: «¿Cuántos de ustedes usan autos a propulsión combinada de electricidad y nafta? ¿Cuántos tienen plaquetas de energía solar en sus casas?».

<sup>53</sup> Un conductor de un programa nocturno «cómico-político-de actualidad» que también había invitado a los dos candidatos pero había sólo recibido la aceptación de Gore, solía decir mirando a cámara: «Bush, si usted tiene miedo de venir a mi programa, termina pareciendo una niña pequeñita y, sabe, nadie quiere tener a una niña pequeñita de presidente».

<sup>54</sup> Bush finalmente acudió, aunque solo, al programa de televisión mencionado en la cita anterior y allí David Lettermann, conductor del programa, dijo: «El otro día me contaron una cosa delirante. Me dijeron que usted propone sacar petróleo del Refugio Polar de Vida Salvaje». A lo que Bush contestó que sí, que él proponía eso, lo que generó un silencio interminable y una cara de descreimiento por parte del conductor.

<sup>55</sup> Finalmente fue aprobado, con reformas, en el 2001.

<sup>56</sup> El voto africano resultó ser siempre masivamente incondicional a Clinton, a quien gustaban llamar «el primer presidente negro», esto es, alguien que tocaba el saxo, había nacido en un barrio pobre cerca del Mississippi y era hijo de madre soltera; además de haber sido el primer presidente que formaba un gobierno en el que los afroamericanos estaban fuertemente representados; y que, fundamentalmente, había tenido que luchar contra la persecución enloquecida de blancos fanáticos del sur.

<sup>57</sup> En este punto me inspiro en la noción de ideología tal como Arendt propuso entenderla. La diferencia en cuanto al uso que yo le doy aquí proviene de que me encuentro analizando sus formas de operación en el contexto de la política democrática contemporánea.

<sup>58</sup> La palabra es tomada de Merleau-Ponty, *The Visible and the Invisible* (Evanston: Northwestern University Press, 1968).

<sup>59</sup> Immanuel Kant, *Critique of Judgment* (New York: Hafner, 1951.), p. 163.

<sup>60</sup> Citado por Ruth Conniff en su «On the Road with Ralf Nader», *The Nation*, 07/17/00.

<sup>61</sup> Ruth Conniff, «On the Road with Ralf Nader», *op. cit.*

<sup>62</sup> Merleau-Ponty. «El lenguaje indirecto y las voces del silencio», p. 85.

<sup>63</sup> *Op. cit.*, p. 85-86.

<sup>64</sup> Con financiamiento público y todo, Patrick Buchanann logró menos de un uno por ciento de los votos. Sin posiciones políticas que despierten algún consenso, no hay fondos que sean suficientes. Es triste que un candidato que se dice progresista termine reduciendo la política a la posibilidad del financiamiento futuro de una campaña electoral.

<sup>65</sup> Isaiah Berlin, «Political Judgment» en Berlin, Isaiah. *The Sense of Reality*. (New York: FSG, 1996), p. 51.

<sup>66</sup> Katha Pollitt, «Don't Blame Ralph: Subject to Debate» en *The Nation*, 11/20/00.

<sup>67</sup> Jonhathan Chait, «Little W. Lies» en *The New Republic*. 11/04/00.

<sup>68</sup> Citado en Alison Mitchell, «A Memo from the House Whip» en *The New York Times*, 11/16/01. Muchos otros republicanos dijeron cosas similares: el diputado Dick Armey, de Texas, dijo que la legislatura del Estado tenía «el deber de involucrarse y restaurar la honestidad y el imperio de la ley», el senador Trent Lott, de Mississippi, dijo simplemente que el fallo de la Corte de Florida «no se sostiene en pie», y el diputado Tom DeLay, de Texas, dijo que «esta agresión judicial no debe quedar en pie». La pregunta es la siguiente: ¿qué es lo que significa «el imperio de la ley» en contextos en los que la cuestión de la legitimidad política es completamente ignorada, como lo fue durante el juicio político al presidente Clinton o durante los 36 días de la disputa por los electores de Florida?

<sup>69</sup> Como veremos en el último capítulo, la forma en la que el gobierno de Bush se relacionó con las instituciones internacionales durante el debate acerca de la guerra con Irak desarrolló analogías sorprendentes con la manera en la que el Partido Republicano usó la institución del juicio político para tratar de destituir a Bill Clinton.

<sup>70</sup> Toobin, Jeffrey. *A Vast Conspiracy. The Real Story of the Sex Scandal that Nearly Brought Down a President*. (New York: Touchstone, 2000.)

<sup>71</sup> Los republicanos estaban muy conscientes de esto, y ésta es la razón por la cual estaban tan unidos en el objetivo de recuperar la presidencia. Para un punto de vista republicano de este objetivo

ver Novak, Robert. *Completing the Revolution: A Vision for Victory in 2000* (Free Press, 2000.)

<sup>72</sup> En este punto estoy trabajando sobre la incompleta interpretación arendtiana de la *Crítica del juicio* de Kant. Ver, por ejemplo: Arendt, Hannah. *Lectures on Kant's Political Philosophy*. (Chicago: The University of Chicago Press, 1982.)

<sup>73</sup> Roland Dworkin, «The Phantom Poll Both» en *The New York Review of Books*, 12/21/00.

<sup>74</sup> Kevin Sack, «Inside the Campaign: Gore's Hard Strategic Calls,» en *The New York Times*, 12/15/01.

<sup>75</sup> A pesar de que finalmente la derrota de Gore iba a ser interpretada como el resultado de la falta de éxito de los demócratas en lograr el recuento manual de todos los votos del estado de Florida, la verdad es que el equipo de Gore nunca hizo ese pedido de forma clara y directa. Durante más de un mes que duró la crisis, el Partido Demócrata se limitó a buscar otras alternativas que, creían, serían más fácilmente aceptables por jueces y otros actores del proceso.

<sup>76</sup> David Barstow and Adam Nagourney, «Gore's Critical Mistake: Failure to Ask for a Statewide Recount» en *The New York Times*, 12/13/01.

<sup>77</sup> *Op. cit.* El énfasis es mío.

<sup>78</sup> Schell, Jonathan. «Vesuvius» en *The Nation*, 12/18/00.

<sup>79</sup> *Op. cit.*

<sup>80</sup> *Op. cit.*

<sup>81</sup> Muchos analistas se han referido al daño ya causado a la calidad del régimen democrático norteamericano. En algunas de esas referencias, los analistas han sugerido, sin demasiada exageración, que la política de los Estados Unidos se ha deteriorado en una dirección a la que llamaron, metafóricamente, «latinoamericanización». De todas formas, este fenómeno no debería ser considerado una novedad: la región de las «dos Américas» ha compartido históricamente muchas más experiencias políticas y culturales de lo que normalmente se reconoce: dominación colonial, guerras de independencia, procesos revolucionarios, guerras civiles, populismo, dictaduras y políticas democráticas de tipo presidencialista son nada más que los ejemplos más notorios de esta historia común.

<sup>82</sup> Vincent Bugliosi, «None Dare Call It Treason» en *The Nation*, 02/05/01. En este artículo, Bugliosi muestra una profunda preocupación por lo sin-precedentes y antidemocrático del fallo de la Corte Suprema. Afirma que «la Corte no basó su fallo en la ley», que los cinco jueces de la mayoría conservadora «deliberada y conscientemente decidieron anular los votos de 50 millones de norteamericanos», que «la institución en la que los norteamericanos más

confían para proteger sus libertades y principios cometió uno de los crímenes más grandes y serios que la nación nunca haya visto, pura y simplemente, el robo de la presidencia» y que «los perpetradores de este crimen deben ser considerados criminales». Acerca de la justificación del juez Scalia, Ronald Dworkin coincide con el punto de vista de Bugliosi: «[El extraño argumento del ‘daño irreparable’] no sólo asume que Bush hubiera perdido en el recuento sino también que no se puede confiar en los ciudadanos. El conocimiento público de que Gore hubiese ganado, si los recuentos hubieran continuado y sido aceptados, hubiera generado dudas acerca de la elección de Bush sólo si el público hubiese estado en desacuerdo con el juicio de la Corte acerca de que el recuento era ilegal; y es constitucionalmente inapropiado para la Corte ocultar información verosímil a la sociedad porque esa información podría llevar a la conclusión de que la elección fue un error y la Corte se equivocó». Dworkin, Ronald. «A Badly Flawed Election» en *The New York Review of Books*, 01/11/01.

<sup>83</sup> De todos modos, Dworkin sugirió un estándar que podría haber sido propuesto a los jueces de Florida con relación al caso del condado de Palm Beach: «Una elección no será declarada nula por errores no-fraudulentos salvo que las siguientes cuatro condiciones sean claramente demostradas: (1) que el proceso electoral violó requerimientos legales; (2) que esa violación haya tenido altas posibilidades de haber creado un resultado significativamente diferente de aquello que los votantes claramente se propusieron; (3) que, basado en evidencia disponible, incluyendo evidencia acerca de totales electorales y disputas en otros estados, el resultado general de la elección —en este caso, la elección del presidente— hubiera sido diferente si la violación no hubiera ocurrido; y (4) que pueda prepararse una nueva elección de tal modo que sea razonable esperar que su resultado sea más aproximado a lo que los votantes originalmente se propusieron votar». Op. cit. Más aún, mucha gente también le insistió a Gore que el caso de Palm Beach era ganable. De todas formas, su equipo decidió concentrarse solamente en los recuentos, independientemente de la cuestión de la quita de derechos de los votantes de Palm Beach. Ver Don Van Natta, Jr., «Gore’s Lawyers Put Palm Beach Ballot in Their Sights» en *The New York Times*, 11/16/01.

<sup>84</sup> Adam Nagourney y David Barstow, «Inside the Campaign: G.O.P.’s Depth Outdid Gore’s Team in Florida» en *The New York Times*, 12/22/01.

<sup>85</sup> Citado en «Palm Beach Board Does the Unthinkable» en *The New York Times*, 11/13/00. Y los demócratas sabían que los republicanos también tenían que defender una posición difícil. Como dijo el

secretario de prensa del Comité Nacional del Partido Demócrata, Jenney Backus: «Lo que motiva a los republicanos es claro: 'Acá se trata de sembrar las semillas de la duda en un proceso que la ley federal, la ley del estado y la ley local –y ambos, republicanos y demócratas– han siempre apoyado'.» Citado en Don Van Matta Jr., «Republicans Blast New Rules About Dimpled Chads» en *The New York Times*, 11/20/01.

<sup>86</sup> Citado en Kevin Sack, «Federal Judge Defers to State Court» en *The New York Times*, 11/14/01.

<sup>87</sup> Nagourney y Barstow, «Inside the Campaign».

<sup>88</sup> Igualmente, Bush trató de no aparecer rechazando una propuesta obviamente justa, entonces decidió simplemente mentir: «Desafortunadamente –dijo– lo que el vicepresidente ha propuesto es exactamente lo que ha estado proponiendo desde el principio: continuar con recuentos manuales selectivos que no son ni justos ni precisos». No, eso no era lo que Gore proponía, pero los demócratas nunca se tomaron el tiempo de responder dicha falsedad porque en realidad ellos mismos no habían aún tomado la decisión –ni nunca lo harían, salvo cuando esto fuera impuesto por la Suprema Corte de Florida– de correr el riesgo y aceptar un resultado tan incierto como el de un recuento manual de todos los votos aún no contados en el estado de Florida.

<sup>89</sup> Citado en Todd Purdum, «Democrats Dispute Friday Deadline» en *The New York Times*, 11/15/01.

<sup>90</sup> Citado en Barstow y Nagourney, «Gore's Critical Mistake».

<sup>91</sup> Dworkin, «A Badly Flawed Election». Un número sorprendentemente alto de académicos también criticaron fuertemente el fallo. El conservador Terrance Sandalow, por ejemplo, dijo que el no innovar era «una decisión inconfundiblemente partidista sin ningún fundamento en la ley»; el profesor de derecho de la Universidad de Georgetown, David Cole, dijo que la Corte había creado «un nuevo derecho completamente nuevo y se aseguró que éste protegiera solamente a una persona: George W. Bush»; y el profesor de derecho de Harvard Randall Kennedy llamó a la decisión simplemente «escandalosa».

<sup>92</sup> El comentario aludía, por un lado, a la frase «abrumadora mayoría» y, por el otro, al poder abrumador que una posición ideológica radicalizada había sido capaz de lograr.

<sup>93</sup> El periodismo llegó a referirse al fenómeno, en forma «metafórica», de la siguiente manera: «Había un aire desafiante de los republicanos en todo el Congreso que tenía características casi bélicas. Sus esfuerzos eran claramente alimentados por el llamado a las armas proclamado a la medianoche por James A. Baker III en nombre del equipo de Bush». Davis Barstow y Somini Segupta,

«Florida Legislators Consider Options to Aid Bush» en *The New York Times*, 11/23/01.

<sup>94</sup> Citado en Frank Bruni, «Bush Camp Angrily Vows to Fight Ruling» en *The New York Times*, 11/22/01.

<sup>95</sup> Jeffrey Rosen, «Florida's Justices Went Too Far» en *The New York Times*, 11/23/01.

<sup>96</sup> Esta posición, que generaría un escándalo mayúsculo que los obligaría a retractarse parcialmente, sin embargo continuó siendo la interpretación oficial de la *Christian Coalition* de los atentados del 11 de septiembre de 2001, como pudo verse en la conferencia organizada por esa institución en marzo de 2003.

<sup>97</sup> Entrevista realizada por Svetlana Vukovic y Svetlana Lukic de la *Radio B92* de Belgrado.

<sup>98</sup> ¿Qué podríamos decir ahora, entonces, cuando de lo que se trataba era de una invasión a Irak que solamente era resistida por aquellos que mantendrían el régimen de sanciones e inspecciones que estuvo funcionando desde el fin de la guerra del Golfo?

<sup>99</sup> Chalmers Johnson, «Blowback» en *The Nation*. Octubre 15, 2001, p. 13.

<sup>100</sup> La frase es de Christopher Hitchens.

<sup>101</sup> Christopher Hitchens, «Of Sin, the Left & Islamic Fascism» en *The Nation*. On line.

<sup>102</sup> Jorge Luis Borges, «Anotación al 23 de agosto de 1944» en *Obras Completas II*. Buenos Aires: Emecé, 1989, p. 105-106.

<sup>103</sup> Un e-mail que recibí, esa misma mañana, de Osvaldo Pedroso, definía lúcidamente el ataque como «fascismo que clama por más fascismo», aludiendo así a la respuesta que pudiera despertar el hecho en los Estados Unidos.

<sup>104</sup> Uso aquí palabras de Hannah Arendt en su interpretación del juicio a Eichmann llevado a cabo en Jerusalén a principios de los años 60. Ver Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*. Nueva York: Peguin, 1992.

<sup>105</sup> El decreto se siguió reformando por varios meses, pero su primera redacción suponía la posibilidad de juzgar a cualquier extranjero sospechoso de pertenecer a –o de haber colaborado de cualquier forma con– al-Qaeda ante tribunales militares nombrados especialmente por el Poder Ejecutivo. Estos tribunales actuarían en secreto, podrían condenar a muerte a un acusado con mayoría simple de los votos presentes (5 miembros, quórum 3 miembros) y sus sentencias no podrían ser apeladas ante instancia nacional o internacional alguna. Dado su carácter secreto, en teoría, juicios como éstos podrían incluso haber ocurrido ya, pero hay cierto consenso en que éste no es el caso.

<sup>106</sup> Mailer, Norman. «Only in America» en *The New York Review of Books*. Marzo 2003, p. 51.